A. MARTIN
DE LUCENAY

los paraísos artificiales



TEMAS SEXUALES

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

40

A. MARTIN DE LUCENAY

LOS PARAISOS ARTIFICIALES

Los venenos de la humanidad.—Propagación de la toxicomanía.—El opio.—Los fumadores de opio.—Morfina, cocaína y compañía. El tráfico de estupefacientes.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
DICIEMBRE 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

Todos los venenos eufóricos son los mejores aliados de la sexualidad y muchas veces, en casos determinados, sus sucedáneos absolutos. El hastiado de los placeres del amor en todas sus formas, hastiado, porque a fuerza de abusar de sus energías mentales y físicas, agotó la copa de los placeres normales, encuentra en las drogas heroicas el recurso supremo para sus ansias inextinguibles de voluptuosidad.

El toxicómano es siempre un enfermo: o es una enfermedad lo que le empuja hacia la droga, o es la droga el elemento causal de la enfermedad. De todas maneras, cuando el tóxico llega a constituir un elemento necesario para el bienestar—completamente artificial—del enfermo, los medios curativos no siempre son eficaces, e incluso pueden dar lugar a la producción de otros trastornos tanto o más graves que aquellos que se pretenden curar.

Todo lo que se diga acerca de los terribles efectos de las drogas heroicas—opio, morfina, cocaína, láudano, éter, heroína, hatchis, etcétera—jamás será bastante para dar a conocer la influencia funesta que su empleo produce en la raza humana, especialmente en Asia, la parte del mundo en que la acción del opio y otras drogas semejantes se refleja en la destrucción moral de muchísimos millones de seres humanos. De esto, digámoslo en justicia, la mayor parte de responsabilidad cabe a la civilización que, hasta por medio de una guerra, impuso el vicio al pueblo chino.

En la civilización, el consumo de todos esos productos se efectúa en el ambiente en que prosperan todas las perversiones sexuales, y hasta puede decirse que representa una perversión más. Los prostíbulos, cabarets, teatros, clubs galantes y hasta las capas sociales más elevadas y respetables, están sometidas a la influencia de los tóxicos voluptuosos. Estos venenos sociales han dado lugar a un tráfico

más o menos intenso, pero constante, que no hay medio de atajar por completo, pese a todos los esfuerzos de las autoridades, la ciencia y los organismos internacionales que se han propuesto tan ardua tareo. Y esto es porque, para el toxicómano, la droga no es menos que el pan que se come, el agua que se bebe y el aire que se respira. Tan necesaria es para el equilibrio objetivo de su organismo, que hasta pudiéramos decir que representa un nuevo instinto más fuerte que el de conservación; ya se han dado casos de individuos a los que nada importó arriesgar la vida, y perderla inclusive, con tal de procurarse un gramo del dulcísimo veneno.

Todo esto obedede al anhelo potente de sobreponerse a las amarguras y aspectos duros de la vida por medio de un artificio, de una ficción, de la creación de una existencia más bella que la que se encuentra en la realidad. Este fenómeno se observa en todos los pueblos, en todas las razas, en todas las civilizaciones, es como una ansiedad universal refinada al ritmo de las diferentes etapas de la cultura.

No siempre se relaciona el empleo de las drogas eufóricas con la sexualidad, ni siquiera en calidad de estimulante erótico; hay artistas—escritores, pintores, músicos—, abogados, médicos, oradores, etcétera, que recurren a la inyección de morfina en demanda de la necesaria inspiración que no encuentran en los estados normales. El evidente estímulo que estas drogas producen en el desarrollo de las facultades intelectuales, dando lugar, en muchos casos, a una superactividad magnífica, determina la toxicomanía con absoluta independencia de la erótica. Ahora bien, aparte de esos intelectuales en los que el estímulo, si no fuera perjudicial, podría estimarse necesario, existe una legión inmensa de viciosos, pervertidos sexuales de todas clases, que, en sus ansias inmoderadas de placeres, no hacen más que buscar por todos los medios imaginables la suma de nuevos placeres, producto, casi siempre, de la pérdida sensible de todo sentido moral.

Y a estas gentes desdichadas vamos a referirnos principalmente. Vamos a estudiarles en su psicología, en su enfermedad, en sus pasiones, en su vida, en sus procedimientos y hasta en sus guaridas situadas en terrenos fuera de la moral, de la virtud y de la ley, en pleno drama, en toda la trágica expresión de sus locas actividades.

Aunque en España es muy poco lo que se ha hecho en este aspecto, y muy escasa la bibliografía existente (1,) *no pretendemos realizar una labor eminente; porque, en primer lugar, el carácter de divulgación de la publicación nos lo impide, y, por otra parte, por estar persuadidos de que este vicio funesto no alcanza en nuestro país proporciones desmesuradas, no porque no exista un ambiente adecuado para su desarrollo, sino porque contamos con una Policía inteligentísima, bien organizada, eficaz y conocedora de estos asuntos, que impide, con su actuación constante y meritísima, la prosperidad del aspecto económico del vicio, sostenido, más que por el vicio mismo, por la ambición de los traficantes, y, en último recurso, porque el mercado de las drogas heróicas se ejerce por organizaciones aisladas que no cuentan, como en otros países, con la protección más o menos velada de los poderes.*

(1) Existe una obra meritísima del Dr. Antonio Pagador titulada *Los venenos sociales*, en la que se refiere a la psicopatología de los intoxicados por el opio y sus derivados y tratamiento de la intoxicación, amén de otras de carácter científico, inspiradas en las observaciones de la clínica. Otro libro reciente, *Tóxicos y toxicomanías*, del doctor en Farmacia Sr. Avila Mata, es también muy interesante desde el punto de vista de divulgación en el aspecto profesional del problema, aunque escasamente original en otros órdenes; reproduce todo lo legislado en nuestro país sobre la materia.

LOS VENENOS DE LA HUMANIDAD

Los «filtros de amor».—El mago medieval y el «barman» moderno.—Los antiguos fabricantes de drogas eufóricas.—Plantas narcóticas.—El estramonio.—El «hatchis».—El origen de la palabra «asesino».—El Viejo de la Montaña.—Los bandidos armenios.—Cómo se embriaga el mundo.—La prostitución y los tóxicos.—Lo que se ha hecho en España.—Consecuencias de la guerra europea.—La espía alemana.—Cómo entra la morfina.—Toxicomanías de origen terapéutico.

Refiriéndonos a los venenos eufóricos, es decir, a aquellos cuyo fin primitivo era producir la voluptuosidad y no la muerte, sino, por el contrario, una vida artificial de bienestar y placeres, nos encontramos con los denominados "filtros de amor", que fueron conocidos en los tiempos más remotos de la historia de la Humanidad, y que alcanzaron su máximo apogeo en la Edad Media, en su alianza con la magia de los nigromantes, y de lo que la Historia nos da pruebas con las causas de la muerte de don Fernando el Católico, el cual ingirió un filtro de amor o "elixir de juventud", mejor dicho, con la intención de tener un nuevo hijo, cuando ya las energías naturales le habían abandonado para siempre. De algo parecido, según el historiador Lafuente, murió el rey de Aragón, don Martín *el Humano,* que también bebió un filtro amoroso en demanda de las necesarias energías para dar satisfacción a sus impulsos sexuales, completamente agotados por una existencia que no fué muy casta.

Estos filtros amorosos, no tendían, por sí mismos, a procurar ningún placer: seguramente, eran las cantáridas, la belladona, la menta y otros afrodisíacos el elemento esencial de su composición, que no producían sueños voluptuosos, sino, simplemente, la congestión de los órganos genitales, o sea el necesario estado de turgescencia para poder llevar a cabo el acto sexual.

Dice el doctor Avila Mata: "Desde los galos y germanos, que se

embriagaban con el humo desprendido de hierbas aromáticas, que fumaban en rudimentarias pipas de barro, hasta el civilizado de nuestros días, que se inyecta bajo la piel unos centímetros cúbicos de solución de morfina, o aspira una dosis de cocaína, existe una legión inmensa de toxicómanos, que ha constituído en todos los tiempos y lugares una verdadera plaga social. Desde aquellos brujos de la Edad Media que atraían prosélitos para sus satánicos aquelarres—como verdaderos traficantes de venenos eufóricos—hasta el elegante *barman*, el camarero de *dancing* o la *femme de chambre* de nuestra época, apenas si existe diferencia, sino en los medios en el fin perseguido."

No obstante, hay que señalar también, a nuestro juicio, otras diferencias científicas para relacionar debidamente ambos hechos históricos.

En los primeros tiempos, es decir, hasta que la química moderna no descubrió las propiedades de los derivados de los productos básicos, el filtro de amor del nigromante no era lo mismo que el paquetito que disimuladamente expende el *barman*. El mago medieval, que facilitaba un compuesto de cantáridas, lo hacía, absolutamente siempre, con una finalidad sexual; el *barman* no siempre atiende a necesidades de este orden, puesto que tampoco es ésa la exclusiva finalidad de la morfina o la cocaína. Modernamente, los filtros de amor, es decir, los afrodisíacos, no se expenden en secreto ni su adquisición es difícil para nadie: basta leer los anuncios de los periódicos para encontrarse con los que prometen devolver las energías sexuales perdidas mediante la ingestión de multiplicidad de drogas casi siempre perjudiciales, aunque no tanto como aquellas que ocasionaron la muerte del rey de Aragón y de don Fernando el Católico.

No obstante, los brujos de la Edad Media pueden ser considerados como los predecesores de los actuales traficantes de drogas. Conocían las propiedades narcóticas del cáñamo indio, de la adormidera, del beleño, del acónito, la belladona, el estramonio, etcétera, con los cuales preparaban diversas sustancias líquidas y grasas. Todas estas unturas actuaban por la absorción de los poros cutáneos, lo que producía la narcosis del individuo previamente preparado por estos siniestros personajes que tenían pacto con los demonios.

Los filtros de amor eran facilitados por estos sujetos, lo que no era considerado como un delito, sino como los aspectos de una profesión noble. Los brujos eran de dos clases; magos y brujos propiamente dichos. Los magos conocían la astronomía, eran los astrólogos que pretendían solucionar todos los problemas humanos por medio de las consultas que hacían al firmamento; pero los brujos eran muy distintos: se albergaban en lo más recóndito de las ciudades, y sus laboratorios eran algo infernal. Eran gentes sin moralidad de ningún género, verdaderos bandidos que vivían al margen de todas las leyes, pero que gozaban del respeto y el temor de las gentes, ya que, en efecto, demostraban estar en posesión de ciertos poderes sobrenaturales.

Nadie mejor que ellos, ni aún los mismos *físicos*, o sean los médicos, curaban ciertas dolencias y aplacaban dolores valiéndose de los preparados cuyas fórmulas ellos sólo conocían, pero que se elaboraban siempre a base de plantas y hierbas salvajes, y a veces, con ciertos productos minerales, como el arsénico.

Con anterioridad a dicha época, muchos autores hacen alusión a diversas plantas que poseen propiedades narcóticas. Las semillas del cáñamo eran utilizadas por los escitas, según Herodoto, para procurarse sueños voluptuosos "que les sumín en un bienestar letárgico". Al efecto, después de secar al sol las semillas, las reducían a pequeños fragmentos, quemándolas entre dos piedras calentadas al rojo. Los vapores desprendidos de esta combustión eran aspirados por los viciosos, que no tardaban en ser presa de una especie de embriaguez que terminaba en el sueño.

El estramonio lo emplearon los tebanos para procurarse sueños voluptuosos, y lo mismo hicieron los sirios con los preparados de belladona. También la famosa Helena de Troya hizo ingerir a sus guerreros unos compuestos de estramonio, con el fin de hacerles olvidar la pesadumbre que les produjeron sus derrotas, y Plinio afirma que la raíz de la "aquimenea" daba al vino ciertas propiedades muy apetecidas, ya que su ingestión producía alucinaciones agradables durante el sueño.

Los egipcios conocían el uso de drogas que tenían propiedades estimulantes de los sistemas muscular y nervioso. Para tener sueños agradables, acostumbraban a aspirar los vapores de ciertas infusiones de las que se habla en algunos papiros de tan remotos alquimistas, empleando también tinturas y pomadas aromáticas que tenían virtudes narcóticas.

Los más remotos exploradores de Asia refieren que en la India era conocida una planta llamada hierba del diablo, cuyas semillas maceradas en vino daban a éste propiedades altamente narcóticas.

Los efectos eran rápidos y muy duraderos. Producían el sueño letárgico durante más de veinte horas, y la mayor parte de este tiempo transcurría en un sopor que a veces degeneraba en violentos accesos eróticos. Por lo general, el preparado producía un sopor pródigo en alucinaciones de todo género.

También en Siberia y en la región del Thibet se conocía hace muchos siglos un hongo que los indígenas denominaban *moskumor*. Esta planta era ingerida en infusión, lo mismo que el té, y casi siempre la tomaban cuando tenían que acometer empresas de guerra o de caza, pues parece ser que su propiedad principal era producir una gran excitación nerviosa, y, sobre todo, que daba a los que la ingerían un valor y una audacia singulares que les hacía mostrarse infatigables en la lucha o en la persecución de los animales feroces.

Avila Mata cree que dicha planta producía los mismos fenómenos para el *hatchis*, o sea el cáñamo indio, de cuyo empleo se deriva la palabra *hatchichino* o *asesino*. Esta historia es curiosísima, y vamos a referirla.

Allá por el año 1080 de la Era Cristiana, cuando el poderío del Islam estaba en su apogeo y más ardientes eran las luchas de las Cruzadas, hubo un individuo, llamado Hassen-ben-Sabah, que, procedente de la más humilde cuna, logró ocupar un puesto de influencia en la corte del monarca selucida Alaf-Alsar, cuyos poderosos ejércitos estaban bajo su mando.

Hassan-ben-Sabah realizó por su cuenta varias empresas que contrariaron al monarca, por lo que éste hizo una división en sus ejércitos, con el fin de reducir la influencia de su generalísimo, que iba siendo tanta como la de Alaf. El general, no pudiendo soportar esta humillación, huyó, yendo a refugiarse en el seno de la secta de los *Ismaelitas*, individuos fanáticos, que tenían aterrorizada a la parte occidental de Asia y buena parte de Europa; la secta radicaba en Persia.

Todos los que ingresaban en la secta, hacían voto de obedecer ciegamente en todo, sea lo que fuere, al jefe supremo; el cual tenía como principal finalidad religiosa matar a cuantos individuos creyera contrarios a sus ideas.

Para más asegurarse del buen cumplimiento de sus órdenes, el jefe hacía que sus secuaces fumasen cáñamo indio y bebiesen licores compuestos con estas hierbas, lo que producía en ellos un estado de delirante exaltación homicida.

El antiguo general de Alaf logró bien pronto ser elevado a la

categoría de los Ismaelitas, pues siempre había dado pruebas de gran audacia y crueldad, y, a partir de entonces, se obstinó en superar el poder de los propios califas. El cuartel general de estos bandidos, cuyo jefe supremo fué llamado por los europeos "Viejo de la Montaña", estaba situado, en efecto, en un castillo de las montañas del Kuhistán, que logró arrebatar a un poderoso personaje, asesinándole a él, a sus mujeres, a sus servidores y a una buena parte de sus tropas, pues las restantes se pasaron a la secta vencedora.

En este castillo, que era una imponente fortaleza, se organizaban todas las expediciones criminales, diabólicas empresas, cuyo resultado eran la desolación y la muerte. La menor señal del "Viejo de la Montaña" era obedecida ciegamente por sus exaltados secuaces, que asesinaban a las víctimas fijadas de antemano valiéndose del puñal.

Tantos fueron los crímenes que se cometieron por orden del terrible "Viejo", que los sultanes no podían ocultar su terror cuando se hablaba de cualquier hañaza cometida por los *hatchichinos*. Los criminales tenían tal habilidad, que, valiéndose de todos los medios imaginables, lograban introducirse en los palacios de los poderosos sentenciados a muerte, bien como criados o como emisarios de otro importante personaje. Cuando habían logrado captarse la confianza de los condenados, realizaban el crimen y huían sin dejar rastro.

También los reyes occidentales "temblaban ante el peligro de caer en el enojo del sectario musulmán", y, aunque organizaron expediciones contra él, no fué posible apoderarse de uno sólo de sus secuaces.

Una curiosa particularidad de los fumadores y bebedores de hatchis consistía en que la droga les insensibilizaba el sistema nervioso hasta tal extremo que, cuando alguno de ellos era apresado, no había suplicio ni procedimiento alguno eficaz para hacerles confesar su crimen, ya que parecían en absoluto indiferentes al dolor. "Cuando se detenía al agresor—dice un comentarista—, era en vano pretender arrancarle su secreto: los sufrimientos más atroces, los martirios más crueles, todos los tormentos que pudiese imaginar la maldad más refinada, resultaban ineficaces; porque, al no poder quebrantarse su insensibilidad, era imposible conseguir la revelación de sus secretos".

Todo esto contribuyó a rodear a la secta de un prestigio mágico de sobrenaturales poderes. El "Viejo", que tenía a su servicio va-

rios alquimistas, y que, por lo visto, él también conocía muchas artes de brujería oriental, estaba persuadido de que las propiedades del hatchis eran insustituíbles. Por esta razón, facilitaba a sus secuaces el consumo de la droga, de paso que les exhortaba constantemente a cumplir con sus mandatos.

No sólo eran estas plantas y el conocimiento de sus composiciones lo que contribuía a inspirar tan severo respeto a sus gentes; también la astrología y el dominio de otras ciencias ocultas le rodeaban de una sabiduría que no parecía terrenal, por lo que se le consideraba como la encarnación de los más grandes poderes divinos.

Avila Mata dice que, "en realidad, aquellos asesinos eran simplemente seres degenerados por una embriaguez crónica, debida a la acción estupefaciente del cáñamo indiano. Saturado el cerebro y embotado el sistema nervioso, se convertía el intoxicado en un energúmeno, con la idea fija de obedecer ciegamente a su jefe, por atroces que fuesen las enormidades que le ordenase".

Las características de la intoxicación narcótica producida por el hatchis no son las que se reflejaban en la conducta de los sectarios del "Viejo de la Montaña". Realmente, si es cierto que da lugar a cierta euforia y al desarrollo de un impulso muscular extraordinario, esto no quiere decir que los aficionados a esta droga tengan que ser, necesariamente, criminales. Para que ocurra esto, es precisa la asociación de otros elementos que, para la ciencia actual, puede decirse que son desconocidos. Desde las fechorías de los ismaelitas, no se han vuelto a registrar casos parecidos ni en Persia ni en la India, en cuyas montañas han actuado siempre partidas de terribles bandoleros, que siempre trajeron en jaque a las autoridades. No obstante, según las narraciones del explorador inglés Hawkins, en las montañas de Armenia se crían unas plantas aromáticas que fuman y beben maceradas en vino aquellos indígenas, "especialmente los que se dedican a la caza y al bandolerismo, tan abundante en aquellas montañas por las que, difícil y arriesgadamente, se abren paso las caravanas." (Lámina I.)

El autor no dice más acerca de tales plantas, pero nada de particular tiene que sea el moskumor e incluso el cáñamo indio, ya que sus efectos parecer ser muy semejantes, aparte de que se producen en casi toda el Asia central. El hatchis produce el embotamiento de la sensibilidad y, seguramente, la anulación de la voluntad de quienes lo emplean en abundancia, ya sea fumándolo o

bebiendo sus compuestos. En una ciudad del Norte de Marruecos conocí a un comerciante indio, invertido, a pesar de su apariencia completamente viril. Un moro que tenía con él frecuente trato carnal, aseguraba que hacía de él lo que quería, sobre todo después de haber fumado unas hierbas que se parecían al *kif*, producto que fuman los moros (1).

El cáñamo indio sirve de base para la composición de líquidos, polvos y pomadas narcóticas; las célebres "Aguas de Leteo", usadas en Grecia y Roma, producían una embriaguez cuyos atractivos principales estaban en las ilusiones ópticas y acústicas que experimentaban sus bebedores. En Siria se emplean con mucha frecuencia, sobre todo en los casos de dolores neurálgicos; en El Cairo hay un barrio de bares, prostíbulos y cafetines, en los cuales se expenden estos preparados narcóticos, por lo general, mezclados con infusiones de té y café, que consumen especialmente los individuos nubios.

El más conocido de todos los venenos eufóricos es el alcohol. En todos los países, desde los tiempos más remotos de su historia, se han consumido productos de base alcoholica, ya sea del zumo de la uva, la manzana, el plátano, el coco, el arroz, la caña dulce, el madroño, la piña, la naranja, la acacia y múltiples más, que sería prolijo enumerar.

Además de estos productos, que pudiéramos llamás vírgenes, siempre se han elaborado agregando mezclas de hierbas o productos animales de propiedades narcóticas o estimulantes sexuales, como, por ejemplo, la estricnina, la nuez de kola, polvo de cantáridas y otros insectos parecidos que desconoce la farmacopea civilizada. El ilustre hombre de ciencia español, doctor Antonio Pagador, hace así el resumen de los venenos eufóricos consumidos por la Humanidad: "En todas las épocas—dice—, aun en las más antiguas, el

(1) El hatchis no produce esa anulación de la voluntad más que cuando la intoxicación llega a un grado avanzado, y menos la actividad muscular, la cual resulta en los períodos normales, es decir, cuando no se está bajo los efectos inmediatos de la droga, que produce sueño, y, sobre todo, anula la facultad de dominio de las piernas, que quedan como insensibles incluso a la acción de las quemaduras, los traumatismos o cualquier otro mecanismo, aunque ocasione hemorragia. En algunos casos, y tratándose de individuos muy nerviosos, puede presentarse un delirio furioso, una especie de locura, que lo mismo será lúbrica que homicida; estos efectos no duran más de una hora, cayendo después el intoxicado en un profundo letargo. De aquí se deduce que los sectarios del «Viejo de la Montaña» no es posible que recurrieran al hatchis en tales dosis para realizar sus crímenes.

género humano ha encontrado el medio de crearse una vida artificial con que velar por un tiempo las severas realidades de la existencia. Los galos y germanos se embriagaban con el humo desprendido de toscas pipas de barro, en donde quemaban hierbas aromáticas, y la embriaguez les hacía pronunciar frases incoherentes que aquellos guerreros tomaban por sagradas."

En los libros de hechicería, de la Edad Media, se encuentran las fórmulas absurdas y bárbaras de pomadas, bebidas, ungüentos de composición criminal y destinados a producir excitaciones eróticas y perversiones de todo género. Se empleaba la infusión de raíces de mandrágora, que producía trastornos generales, especialmen místicos (1).

La variedad de excitantes de mayor o menor intensidad es enorme. Dos terceras partes de la Humanidad hacen uso de todo aquello que les eleva o les aisla por unos momentos de la vida normal.

Los polinesios se embriagan con el *kawa;* los samoyedos beben la infusión de la *amamita muscaria;* los turcos, la *acacia niopo;* los annamitas mascan las hojas de *betel;* los indígenas de la América del Sur mascan las hojas de *coca;* el *datura estramonio,* hierba de los brujos o hierba del diablo, es empleada por los indios en Asia, consiguiendo con su uso un delirio furioso, con alucinaciones y priapismos, debidos estos efectos al principio activo de la planta, la *daturina,* con la que emponzoñan la punta de sus flechas.

Los aldeanos de Styria y el Tirol, que comen *arsénico* para combatir la fatiga de las ascensiones a las altas montañas, y que las mujeres de aquellos países utilizan, también, para dar a su cutis un tinte de frescura.

Los que fuman tabaco, que en la antigüedad quemaban los indios del Yucatán en sus cruentas ceremonias, considerando a la planta como a un dios, absorbiendo el humo por la boca y narices, hasta caer en completa embriaguez.

---

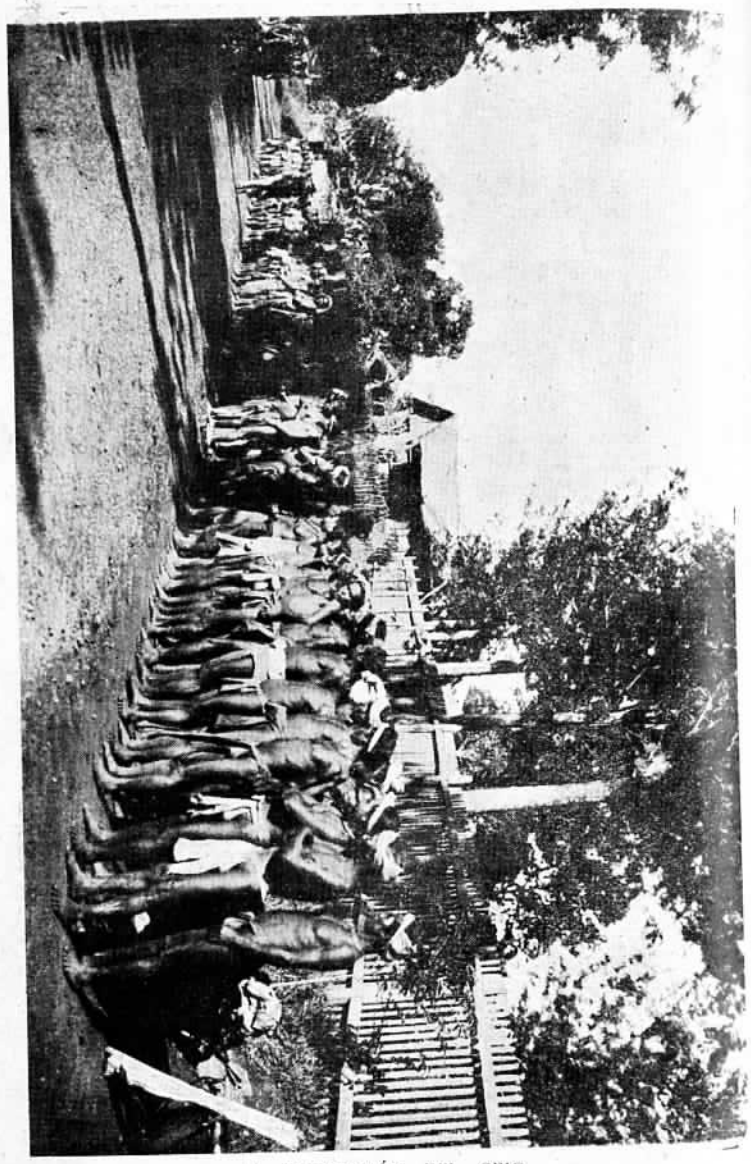
(1) Es una planta solanácea de cuya raíz salen muchas hojas de color verde oscuro, de más de un pie de longitud y de muy mal olor, lo mismo que las flores, en forma de campanillas, y el fruto, parecido a la manzana, pero muy pequeño y de olor fuertemente nauseabundo. La raíz de la mandrágora, una vez seca, adopta formas extrañas que algunos han comparado con las actitudes que adopta una persona retorcida de dolor. Sus propiedades narcóticas fueron explotadas por los magos medioevales, contribuyendo así a aumentar el prestigio terrorífico de la planta, que aún no ha desaparecido en el ánimo de las gentes supersticiosas del centro de Europa. (M. de Lucenay).



BANDIDOS ARMENIOS

El «hatchísa», droga que se extrae del cañamo indio, parece ser un voluptuoso estimulante de la criminalidad que usan los bandidos de Asia para adquirir el valor y la audacia necesarios a sus empresas, lo mismo que hacían los antiguos «hatchichinos» de la secta ismaelita que dirigía el «Viejo de la Montaña».

LAMINA I



LA FABRICACIÓN DEL OPIO

Indígenas de la Indochina empleados en las fábricas saigonesas de elaboración del opio durante la revista de los capataces para impedir la sustracción de la droga al abandonar el trabajo.

LAMINA II

El alcohol, el café, el té, el mate, esparcidos por todo el mundo en todas sus formas y en todas sus variedades; los que toman *éter*, inhalado o bebido; los que toman *opio* en píldoras; los que mascan la pasta del opio; los que beben soluciones de opio; los que fuman el *chandoo;* los que toman morfina por vía hipodérmica; los que toman cocaína, el mortal alcaloide de la *coca,* por inyección o en polvo por la nariz.

Esta es la lista de los venenos—termina diciendo—, de los excitantes, de los adormecedores que sumen en la degeneración o conducen a la muerte al ser que ocupa en la escala zoológica el primer lugar, al que puso Dios en el Paraíso, y al que fué preciso echar al poco tiempo por el primer acto ilícito del Código humano y social: "Desobedecer".

Todos estos productos, estas drogas, casi siempre mortales y a veces de efectos peores que la misma muerte, ya que, desgraciadamente, en vez de acaban con la vida, sumen al individuo en enfermedades y vicios que les convierten en seres inútiles y tristes, constituyen lo que ha sido justamente denominado los "paraísos artificiales". En ellos se buscan siempre estímulos para vivir, para eliminar de la existencia las amarguras y pesadumbres, para crearse un mundo artificial en el que puedan encontrarse deleites que normalmente es imposible hallar en la vida cuando el desequilibrio se apodera del alma.

La enorme convulsión que en el mundo entero produjo la Gran Guerra, ha sido una de las causas primordiales de la espantosa difusión de las drogas necesarias a los paraísos artificiales. Hasta entonces no se conocieron en España muchos alcaloides que antes fueron del exclusivo dominio de la Ciencia, pero cuyo uso se ha divulgado especialmente en los ámbitos del placer y del vicio.

El vehículo de transporte más eficaz es la prostitución; porque, generalmente, estas drogas se consumen más en esos círculos donde la moral no ha sido nunca la ley mejor. París, Berlín y Londres sobre todo, albergaron de siempre a una multitud de toxicómanos de todas las especies, no porque tales vicios se manifestasen espontáneamente en la población indígena, sino por haber sido importados de los lejanos países donde esas naciones poseen colonias, como ocurre con el hatchis y el opio y sus derivados.

Hasta antes de la guerra mundial, el toxicómano pasaba inadvertido entre la inmensa falange de viciosos de esas grandes urbes, porque él mismo procuraba ocultar su debilidad denigrante;

pero luego, al desatarse el torbellino de la contienda, como si el mundo entero se hubiera sumido en un estado de angustiosa desesperación, lo que antes se consideraba como placeres ilícitos y vergonzosos, llegó a tomar un estado de naturalidad que ya no sorprendía más que a las autoridades sanitarias y a la Policía; a aquéllas, por lo que significaba en la salud de la raza, y a ésta, por los desórdenes sociales a que daba lugar la libertad de los intoxicados, que terminaban siempre por perder en absoluto todo sentido moral, convirtiéndose en candidatos propicios a toda clase de delincuencias.

Las primeras disposiciones dictadas en España acerca de la represión del tráfico de estupefacientes, son muy recientes; datan de 1918, publicándose en la *Gaceta de Madrid* un Real decreto con fecha 31 de julio, reglamentando el comercio y dispensación de las sustancias tóxicas "y en especial de las que ejercen acción narcótica, antitérmica y anestésica".

Como ha ocurrido siempre en España, en tal ocasión no se hizo más que no desmentir el sentido del dicho popular que afirma que, "después de la liebre ida, dar palos en la cama", porque en esa fecha ya hacía cuatro años que Madrid, y sobre todo Barcelona, habían empezado a experimentar los efectos de los innumerables vicios que importaron a nuestro país los aventureros de todas las nacionalidades, que vinieron a ampararse en la neutralidad española para aquí continuar su existencia cómoda y libre desarrollando toda clase de negocios ilícitos.

En el año de 1915, en cualquier cabaret del Paralelo barcelonés era sumamente fácil procurarse la cocaína, la morfina y otras drogas parecidas, sin que las autoridades se mezclasen para nada en estos negocios. Un empleado de una droguería cambió cinco kilos de magnífica anilina alemana, de los laboratorios Merck, por la misma cantidad de cocaína legítima de procedencia inglesa; este individuo huyó a la Argentina, donde tuve ocasión de encontrármelo once años más tarde, dedicado a la trata de blancas.

Verdaderamente, al referirnos a la historia de estos venenos de la Humanidad en nuestro país, puede decirse que la prosperidad inicial de su desarrollo fué debida al snobismo, al afán de imitación, a la imbecilidad, en una palabra, a la incultura de la gentuza que pulula en la gusanera de los cabarets y prostíbulos "de postín". Aquellas cocotas francesas, inglesas, italianas, rusas, etc., casi todas ellas a sueldo de las organizaciones del espionaje internacional,

no cabe duda que eran mujeres inteligentes y de cultura universal, que nada más llegar se adueñaron del campo de la "honesta" mundana española, cuyo mundanismo apenas si pasa de ser peninsular.

La atracción de lo exótico, que no es nada menos que un fenómeno antropológico, dió al traste con la prosperidad de las rameras de nuestras grandes ciudades incapaces e impotentes para resistir las embestidas de las verdaderas mundanas extranjeras que, por lo general, disfrazaban su profesión de espías con esa otra menos honesta del comercio de sus encantos.

El infeliz juerguista español, procedente, por lo general, de los estratos sociales más bajos, se sintió atraído por el encanto de las hetairas exóticas, que ya conocían, en su hastío de la vida de los placeres, los deleites que proporcionan las drogas eufóricas. Luego, por esa extraña impulsión que induce a todos los viciosos a hacer nuevos prosélitos de su vicio, la prostituta elegante iniciaba a sus amigos, sembrando la mala semilla de los placeres desconocidos.

Una bellísima joven alemana, que se hacía pasar por francesa, ya que hablaba esta lengua a la perfección, se hizo amiga de un negociante francés que desde Barcelona enviaba a Italia avituallamientos para el ejército. La muchacha inició a su amante en los placeres de los paraísos artificiales, y, de esta forma, lograba enterarse de la hora de partida y del rumbo de los barcos con el tiempo necesario para que estas noticias pudieran llegar a conocimiento de los comandantes de los submarinos que acechaban en la costa el paso de los barcos mercantes. El comerciante aseguraba que nadie conocía sus secretos, no explicándose cómo podían saber los alemanes el rumbo de los barcos que eran torpedeados antes de que los capitanes hubieran podido abrir los pliegos que sólo debían conocer a una cierta distancia del puerto, cuando al llegar a la misma altura otros buques que iban con dirección a puertos españoles, no eran molestados siquiera por los piratas. Huelga decir que la alemana tenía la habilidad suficiente para arrancarle estos secretos cuando se hallaba en plena embriaguez cocaínica.

De las prostitutas extranjeras copiaron las nacionales su afición a todos los estupefacientes entonces tan en boga: la morfina, la cocaína, la heroína, el pantopón, etc.; podían obtenerse en los cabarets y lugares nocturnos de toda la capital de Cataluña. Hasta los limpiabotas se hicieron traficantes de estas drogas, que recibían por Perpignan, principalmente, pasando la frontera con toda facilidad.

La morfina entraba—y sigue entrando—por Bilbao, procedente

de Cardiff, Newcastle y, principalmente, de Londres, donde están las principales fábricas de este alcaloide del opio. La vigilancia en los puertos españoles es muy deficiente, y la droga pasa los cordones aduaneros con la mayor facilidad, ya que el tráfico corre a cargo del personal de los barcos que llevan hierro y traen carbón, y que, por lo general, están en buenas relaciones con quienes no sospechan siquiera de la honorabilidad de algunos tripulantes, que se valen de la amistad o las influencias para eludir toda investigación seria que, por otra parte, es fácil que resultase completamente ineficaz, ya que un kilogramo de morfina en polvo, o unas cuantas cajas de inyectables, que pueden venderse en poco menos que una fortuna para un marinero, ocupan muy poco lugar, y se desembarcan fácilmente, según veremos en otro capítulo.

Aparte de la adquisición voluntaria y deliberada del vicio, su desarrollo se debe muchas veces a los mismos tratamientos médicos en los que se emplea la morfina como analgésico, especialmente en el reumatismo, las neuralgias, cólicos, etc. Durante las últimas campañas de Marruecos, la morfina causó tantos estragos como las balas de los moros y la imprevisión característica de aquellos jefes militares. Me refieren que en algunos hospitales, especialmente en ocasión del terrible desastre de Annual y los que le sucedieron, el número de heridos era tan elevado y tan escasos los medios de asistencia que, para calmar los dolores que en aquellos desgraciados producían sus carnes desgarradas, no había más solución que el pinchazo de morfina asestado a diestro y siniestro, y, generalmente, no por los médicos, sino por los enfermeros, por gentes inexpertas.

Todas las guerras modernas han multiplicado estos ejemplos. En los hospitales del frente durante la contienda de 1914-1918, se recurría a la morfina o el pantopón para dormir a los heridos o insensibilizarles al dolor de las heridas y quemaduras. Este procedimiento que, de momento, producía magníficos resultados, acababa por convertirse en un hábito para el herido que, en adelante, no podía prescindir del pinchazo liberador.

Después de curados, el vicio ya se había arraigado tan fuertemente que, cuando faltaba la droga, no había otra solución que procurársela por todos los medios. Se refiere que, durante los últimos meses de la guerra, nueve soldados alemanes, antiguos heridos que habían adquirido el vicio de la morfina, como no encontrasen posibilidad de encontrar la droga, una noche asaltaron un botiquín, asesinando a un soldado que lo custodiaba. Después, se apoderaron de una gran cantidad de morfina, y, para borrar toda huella del suceso, hicieron explotar una granada, que destruyó el botiquín. El hecho fué descubierto, lo que dió lugar al fusilamiento de todos ellos.

La experiencia clínica demuestra que, un gran número de casos de toxicomanía, tienen su origen en los tratamientos médicos imprudentes, sobre todo en los hospitales y sanatorios, donde el personal subalterno es inculto y no está suficientemente preparado para comprender cuántos perjuicios pueden derivarse de la administración indebida de estos narcóticos. Me refieren que, en un sanatorio de enfermedades generales, las enfermeras acostumbran a inyectar morfina a los enfermos o recién operados tan pronto se quejan de sus dolores, al objeto de que durante la noche no molesten con sus lamentos a estas subalternas ignorantes o incapacitadas para el ejercicio de una profesión que requiere tanta abnegación como paciencia. Y como este establecimiento hay muchos, que más que sanatorios son verdaderas escuelas de toxicomanía.

Cuando la toxicomanía es de origen terapéutico, y el enfermo estaba afectado sólo de una dolencia física, es decir, sin complicaciones neuropáticas, es fácil arrancarle del vicio. Mas a veces es el mismo tóxico lo que produce la neurosis en mentalidades predispuestas de antemano, en cuyo caso el individuo se habitúa rápidamente al veneno, resultando una tarea poco menos que imposible o muy difícil hacerle volver a la virtud.

Pero el resto de los toxicómanos son viciosos, neurópatas casi siempre y hastiados de los placeres normales, que no pueden experimentar si no es con la alianza de una perversión sexual cualquiera, generalmente la inversión y el sadismo, a cuyas modalidades se entregan sin la menor conciencia y a veces con la más refinada maldad, ya que el sentido moral e incluso la sensibilidad física llegan a perderse casi por completo, como se observa en infinitos casos, que pudiéramos denominar históricos en la evolución de las toxicomanías.

PROPAGACION DE LAS TOXICOMANIAS

El ambiente del vicio.—La literatura tóxica.—Toxicómanos y literatos.—Descripciones exageradas.—Tomás de Quincey.—La opiofagia de Coleridge.—Fumaderos en París.—El chalet de la avenida de Madrid.—La «cocó».—Una cocainómana que se intoxica con bicarbonato.—Las toxicapatías.—El elemento erótico en las toxicomanías.—Los efectos de los narcóticos.—La leyenda del opio.—Los chinos, contra la droga.—Papel criminal de la civilización.

En el desarrollo de las intoxicaciones por las drogas eufóricas influyen diversos factores, especialmente en lo que se refiere a los civilizados. La prostitución, con sus aspectos del cabaret, el dancing, el café galante, el teatro frívolo y otros semejantes, representa el principal factor de difusión de estos vicios que tanta boga han adquirido en todas las clases de la sociedad, especialmente entre aquellos individuos que, no teniendo quehaceres más importantes, atienden con preferencia al lado grato de la vida.

Después de la prostituta, el literato llamado galante, que en ocasiones merece mejor el apelativo de pornógrafo, es el otro elemento que mayor influencia ejerce en la propagación de los vicios de la voluptuosidad por medio de estas sustancias químicas, de gran valor terapéutico cuando son empleadas por el médico, pero de terribles efectos en cuanto su empleo trasciende fuera de la esfera clínica.

Es rara la novela erótica, especialmente en estos últimos tiempos, que no se refiere a los paraísos artificiales. Frecuentemente, el autor es un vicioso, un decidido propagandista de su toxicomanía, que conoce por experiencia los deleites que proporcionan las drogas, pero que no advierte los estragos que produce en su organismo psicofísico, o no quiere reparar en ellos por atribuirlos a otras cau-

sas distintas que, en realidad, son siempre la consecuencia lógica de la intoxicación.

Hay otros autores que hablan del vicio sin conocerlo, pero que no por ello representan un peligro social menor que el de aquellos otros que lo conocen por experiencia.

A principios del siglo pasado, empezó a producirse este nuevo género de literatura, particularmente en Francia, que, después se extendió a otros países, lo mismo en traducciones que en obras originales, pero inspiradas en las mismas fuentes que bebieron los literatos franceses. La bibliografía de este género es extensísima: Aynard, Baudelaire, Claudio Farrere, Miraven, Borys, Gautier, Quincey, Gerardo de Nerval, Barbey d'Aureville, Poe, D'Estoc, Rossie, Laurent Tailhade, Talmeryr, Wernich y múltiples más, han escrito libros en todos los tonos y traducidos a muchos idiomas, en los que su magnífica literatura gira alrededor de los deleites producidos por los venenos eufóricos cantando sus excelencias pródigas en todo género de extrañas voluptuosidades.

Todos los libros escritos, seguramente con mejores fines o acaso sin pensar en los que pudieran tener, han hecho más daño a la sociedad que la literatura pornográfica más soez que se vende en sobres cerrados a la puerta de los cuarteles. No cabe duda que la mayor parte de sus narraciones son insinceras o, por lo menos, exageradas. La fantasía, puesta al servicio de la producción de estas novelas, no es menos peligrosa que la de un médico loco.

El doctor Pagador, que ha estudiado con el mayor interés clínico casi toda la literatura hecha acerca de las toxicomanías, realiza una crítica serena e intachable, no sólo de las obras, sino de la personalidad de sus autores. Tan interesantísima resulta esta parte de su libro, tan original y de brillante estilo, *Los venenos sociales*, que titula "La literatura y los venenos", que pasamos a reproducirlo casi en su totalidad:

"El siglo pasado fué el de iniciación de los venenos, y, si no fué pródigo en cantidad, lo fué por la calidad de los escritores de personalidad reconocida, que se dedicaron a reflejar en sus libros las excelencias y encantos de los paraísos artificiales, bien ajenos, seguramente, a la nociva influencia que habían de ejercer al correr de los tiempos.

Es innegable el talento y el poder imaginativo de los cultivadores de esta literatura, que pudiera llamarse tóxica, pero lo es también

que el ingenio, el talento y la cultura pudieran haber tenido mejor aplicación y destino más honrado y más noble.

Quincey, Coleridge, Baudelaire, Edgar Poe, Gautier, admirables escritores, juntamente con Gerardo Nerval y Barbey d'Aurevilly, fueron, como hombres, seres tarados por una herencia psicopática, y de la admirable labor que hicieron queda en pie, sobresaliendo, la que emana del veneno o lo ensalza y abre los ojos de los incultos para que se asomen a un jardín de espléndidas flores que matan después de exhalar su perfume.

Las descripciones que hacen de sus delirios tóxicos son exageradas. Y, aunque no lo fueran, cabe suponer que la fantasía del poeta suple en las páginas de sus libros lo que falta de realidad. Ellos fueron las primeras víctimas de su psicopatía, y, tras el breve espacio de felicidad e inspiración artificiales, cayeron en el pozo sin fondo de su degeneración, malogrando la obra que aún podían haber realizado y que daba derecho a esperar."

El estudio que hace acerca de Tomás Quincey, el célebre escritor inglés a quien se le llamó "el comedor de opio", es interesante en extremo: "Tomás de Quincey es el primero que describe en las páginas de su libro *Confesiones de un comedor de opio*, las delicias de la droga. Floreció a principios del siglo XIX, y su obra, traducida a todas las lenguas y presentada en ediciones variadas, lujosas y económicas, está al alcance de todas las manos y de todas las fortunas.

Quincey se inicia en el opio a causa de una neuralgia facial. A las primeras dosis de láudano el dolor desaparece, y la tranquilidad renace. Continúa el uso como aficionado buscando la euforia y la excitación cerebral en momentos determinados. Afirma que, durante seis u ocho años, el empleo de la droga es intermitente; pero, más tarde, el aumento gradual se convierte en carrera desenfrenada, hasta tomar diez mil gotas diarias. Confiesa que, aterrado y merced a un esfuerzo supremo, baja la dosis a la cuarta parte; pero, un año después, vuelve a la dosis máxima. Y desde los diecinueve años que comenzó su intoxicación, salvo breves fases de disminución, tomó láudano hasta los setenta y cinco años, en que murió.

La cantidad de veneno ingerida durante este lapso de tiempo, y la edad avanzada en que murió, son elementos que hacen dudar acerca de la veracidad de la intoxicación. Un escritor francés, Teodoro de Wyzewa, niega la opiomanía de Quincey, al que considera como un ensayista del opio, cuyas pequeñas alucinaciones o excita-

ciones le han servido de base para elevar su potente imaginación creadora de fantasmagorías. Aynard, que ha anotado la vida de Colerigde, niega, asimismo, la opiofagía de Quincey, y además lo califica de mitómano y de haberse servido de documentos de Coleridge, toxicópata indiscutible, para la publicación de su libro. Y también el docton Guerrier afirma que era solamente un pequeño opiófago.

Pero lo cierto es que, en mayor o menor cantidad, hizo uso del veneno, y, de su vida reflejada a través de la obra que le ha dado renombre, se desprende que era un sujeto de marcado fondo neuropático.

En este libro, Quincey se muestra al desnudo. Corre por sus páginas un afán inmoderado de presentar todas las facetas de su cultura, de su talento y de su inteligencia. Detalla minuciosamente su vida de colegial, deteniéndose en consideraciones profundas acerca de cosas nimias.

Sus fantasmagóricas alucinaciones, sueños y delirios, son enormemente literarios, y les concede una gran importancia, por ser él quien las experimenta.

Algunos autores, por no quitar veracidad y méritos a sus descripciones, creen que es el alcohol que entra en la composición del láudano, la causa principal de los trastornos. Es posible, pero las descripciones que hace de los conciertos de la Opera de Londres no son propias de la embriaguez del acohol, que, según un proverbio árabe, convierte al hombre, primero, en león, y después en cerdo. Las impresiones terroríficas y angustiosas del capítulo "Las torturas del opio", revelan a un hombre en tal estado de degeneración mental y de espanto espiritual que, únicamente, el suicidio y la muerte pudieran ser el suicidio y el consuelo.

En todo su libro nada dice de su estado físico, que, a juzgar por el moral que describe, debía ser un derrumbamiento orgánico que le impidiera moverse, escribir, etc., ya que la característica esencial de los trastornos orgánicos del opio, en este período, es el desgaste general, la fatiga completa, la inercia absoluta, producidas por el poder hipostenizante del veneno. Tomás de Quincey fué un neurópata típico, desequilibrado, impulsivo, hipersensitivo, solitario, con gran poder de asimilación de ideas morbosas, melancólico y soberbio, hasta el punto de adjudicarse el título de "Papa del opio".

Este es el hombre, el literato cuyo talento y cuya inteligencia son indiscutibles; pero es el hombre cuya conciencia había eliminado todo lo que fuera nobleza y generosidad, y en cuyo espíritu enfermizo, soberbio, degenerado, no cabía la idea del daño, de la semilla que arrojaba a la sociedad, al público, para satisfacer su fondo neurótico, el libro de sus confesiones que, al cabo de cien años, aún sigue produciendo opiómanos, tuberculosos, locos e idiotas."

Acerca de Coleridge, Pagador escribe: "Su vida es breve. Antes de dedicarse al opio, escribió obras admirables, y algunas poesías suyas se conservan en el Christ's Hopital de Londres, donde se educó."

Ningún hombre—dice Carpenter—ha reunido en más alto grado que Coleridge la potencia del razonamiento del filósofo, la imaginación del poeta y la inspiración del vidente. Pero no supo aprovechar tantos dones naturales, y no ensayó nunca formalmente la ejecución de uno sólo de sus numerosos y gigantescos proyectos.

Coleridge padecía trastornos psicósicos intermitentes, maníacodepresivos. Su reumatismo fué la causa ocasional que le llevó a emplear el láudano, y su fondo neuropático indiscutible, lo que le hizo contraer el hábito.

Era de carácter bueno, amable, débil en sus resoluciones. Su afección reumática le hacía caminar vacilante, en actitud encorvada. Era elocuente y de expresión artística en su conversasión; pero ésta era vaga, abundante y con tendencia al monólogo. Su producción literaria decae notablemente desde el momento en que ingiere grandes cantidades de veneno, al que le era preciso acudir para producir el menor trabajo; pues su memoria se hallaba extinguida, la voluntad aniquilada y su poder creador llegó a una torpeza increíble.

El opio y el alcohol transformaron su poder mental voluntario, en automático. El fragmento poético de *Kubla-Kham* fué creado en sueños, después de una dosis de láudano, y, al despertar, tuvo la sensación de que había compuesto doscientos o trescientos versos; pero, al ponerse a escribir, sólo pudo componer cincuenta y cuatro líneas, que fueron escritas con la mayor rapidez que pudo dar a la pluma, conservando un vago recuerdo del conjunto general de su visión; y de las cincuenta y cuatro líneas, sólo ocho o diez versos eran aprovechables, el resto había desaparecido completamente.

No gustó los placeres y los ensueños que Quincey relata; sólo sufrió las torturas que la droga produce. Sus intentos de curación y regeneración fueron inútiles, y a los cuarenta y dos años tenía el aspecto de un viejo prematuro."

Con referencia a Edgar Poe dice que en las obras de este nota-

ble escritor, raras veces se habla del opio o del alcohol; pero las alucinaciones que describe son las características reflejas de ambos venenos. "Los personajes que describe—dice—, de facultades sobreexcitadas, de nervios relajados, son el mismo Poe, que, en muchos de sus cuentos, se complace en dar su espíritu desequilibrado al protagonista. Antes del abuso del alcohol, y seguramente antes del del opio, Edgar Poe era un escritor fecundo, profundamente imaginativo; pero después el veneno mata al poeta y el hombre, y, como Coleridge, muere, sin haber dado al mundo la obra esperada. Murió en 1849. Era un heredo-alcohólico, y el alcohol lo mató. Su literatura es enfermiza. La vida sale del plano normal, no es un propagandista del opio ni del alcohol; pero el reflejo de estos venenos en sus libros son la prueba de los trastornos y sufrimientos que padeció y le llevaron al sepulcro. Era taciturno, de sensibilidad triste, sombrío, con obsesiones necrofílicas, de imaginación ardiente y pasional, profundamente erotómano y dotado de un amor propio intenso, susceptible e irritable a la menor contrariedad."

Carlos Baudelaire, el célebre poeta autor de *Las flores del mal*, no pudo sustraerse al dominio del ambiente de su época, que es cuando en Francia se puso de moda el uso de los estupefacientes, sobre todo entre los artistas, literatos, poetas, cómicos y profesionales del amor en todas sus formas. Entonces, allá por el año de 1850, hasta la guerra franco-prusiana de 1870, existían en París fumaderos de opio y clubs en los que se rendía culto a todas las drogas narcóticas orientales y a las fabricadas en las orillas del Támesis cuyo acceso a Francia era facilísimo.

El famoso "Club de Hatchichinos", fundado por un rico protector de artistas, era el punto de reunión de todas las celebridades de aquel tiempo, entre quienes Baudelaire, Gautier, Honorato de Balzac y otros sobresalían con el brillo de su gloria y su talento. Sólo Balzac no sucumbió a las excitaciones de aquel club extraordinario; pero Baudelaire y Gautier, opiómanos, morfinómanos, alcohólicos y, sobre todo, fumadores y comedores de hatchis, se destacaban entre los asiduos del club, lo mismo por la cantidad de veneno que ingerían, que por la tremenda belleza de sus concepciones literarias, particularmente Baudelaire, cantor de todas las miserias y vicios humanos.

Los fumaderos de opio y otros establecimientos semejantes, no se han cerrado aún en París. Su concurrencia es casi siempre selecta y de los dos sexos. D'Estoc dice que, no hace muchos años, tres

de los más importantes fumaderos de opio estaban establecidos muy cerca del Arco de la Estrella; uno, en la Avenida de Hoche; otro, en la Avenida Jena, y el tercero, en la calle de Lauristón; un "Eter-Restaurant", en Neuilly, y otro, para opio, éter y hatchis, en la calle Rívoli.

En la actualidad, que yo sepa, existen muchos más en la misma aristocrática barriada que se abre entre las Avenidas de la Grand Armée y Wagram, además de otros establecimientos semejantes, situados en los barrios extremos de París e inmediaciones del Bosque de Bolonia, que son visitados por prostitutas de alto bordo, aristócratas y viciosos de todo el mundo, entre los que no faltan los literatos y artistas.

La Avenida de Neuilly, que se extiende desde la Porte de Maillot hasta Neuilly, goza de la peor fama en este aspecto. En la Avenida de Madrid, y no muy lejos del castillo de Saint-James, hay un chalet, que acaso sea el mismo a que se refiere un autor, y que yo tuve ocasión de visitar en unión de un compañero, agente de la Represión del tráfico de estupefacientes, afecto a la Oficina Internacional de Higiene pública, de París. Dicho autor, escribe lo siguiente como nota autobiográfica: "Sucedía durante la guerra en un hotelito de Neuilly, en casa de una bella dama cuyo marido, que marchó a Rumania como intérprete, había muerto de tanto beber champán a la salud de los aliados. A media noche, todo el mundo estaba en pijama. *Cocó*, a discreción. Entonces comenzaban las excentricidades. Uno realizaba grandes viajes sin abandonar el diván. La dueña de la casa velaba con sus medias, de seda, las bombillas eléctricas. Una de sus buenas amigas, viuda de la guerra como ella, olvidaba sus pesares en los brazos de un "gigolo". Una mujer cantaba el "Claro de luna" con una música absurda. En otro rincón, una muchacha, que se parecía mucho a la protagonista de "La Garçonne", con flores en los cabellos y las uñas de los pies pintadas de rojo, llamaba suspirando a Thais, mientras se revolcaba sobre un cojín. Un señor viejo y elegante, que se había enrollado a la cabeza la combinación de su vecina, se creía en la luna, y declamaba versos compuestos por él."

En estos establecimientos que, por lo general están montados con un lujo espléndido, no puede entrarse si no es con la recomendación o la presentación de un miembro de toda confianza. Por lo general, estos miembros de "toda confianza"... para las autoridades, son agentes de la Policía especial, que fingen ser tan viciosos como los que

en realidad lo son; pero que, con toda habilidad, se enteran de los complicados mecanismos del tráfico, del origen de las drogas, medios de introducción en Francia o de adquisición por el club, vendedores, intermediarios, etc. Jamás actúan en los clubs, y, cuando la Policía realiza una batida, como quiera que ya los conoce, extrema con ellos sus aparentes rigores, aunque libertándolos en seguida para que estos sagaces investigadores puedan proseguir su interesante labor.

Los concurrentes a estos establecimientos son, por lo general, gentes del gran mundo, altos funcionarios, prostitutas, cómicos, escritores e invertidos de los dos sexos. Los que acuden "por curiosidad" terminan yendo por necesidad morbosa; casi siempre se trata de los amigos y amantes de los habituados y también de gentes que, influenciadas por la literatura tóxica, se valen de múltiples medios para hacerse presentar en estos círculos del vicio, que son para ellos verdaderos palacios en donde se experimentan todos los placeres paradisíacos.

La droga más comúnmente usada, y la de más terribles efectos también, es la cocaína, la *cocó*, como se denomina por las personas "chics". Estas gentes, que no siempre son del gran mundo, son esa inmensa legión de mujeres de la clase media que vive en los confines de la galantería, la verdadera *demi-mondaine;* los profesionales del baile, o sea los *taxi-boys,* muchachos de porte distinguido, cuya misión en los dancings es esperar a que les soliciten las damas antañonas, a las que ningún danzarín se dirige por impulso espontáneo, a no ser que medie la indicación del *regisseur,* siempre obediente al pedido que formuló la decadente; las histéricas ricas, los chulos de profesión y, en fin, todo ese hampa elegante de cabaret y music-hall, jóvenes neuróticas y rastacueros que, por unos momentos, quieren ser tanto como los personajes de esa literatura especial que tantos adeptos tiene en todo el mundo civilizado.

Dicha literatura es por este estilo: "Me parecía encontrarme —dice un escritor cocainómano—en un planeta de donde salen todos los destinados al arte dramático. Era una gran llanura, con muchos lechos maravillosos, con mujeres de sorprendente belleza, vestidas con taparrabos de diamantes, cargadas de alhajas relucientes y evolucionando entre tocadores de cristal. Era un verdadero paraíso de colores vivos y variados, verde esmeralda y rojo. Después fuí conducido a presencia de la princesa de la comedia, Farma, quien me devolvió a la tierra por un agujero practicable. Rodé entre cientos de

mujeres que caían. Fué una caída espantosa. En la tierra nos recogió una tela que, a impulso de nuestro peso, nos volvió a despedir a la atmósfera."

Como se ve, el relato no puede ser más fantástico, y hasta es posible que el que lo hace no sea más que un farsante que, con el estómago vacío, tuvo la estúpida ocurrencia de beberse un litro de vino "peleón", que le produjo una triste borrachera. A veces también, la sugestión es tanta, que muchos neurópatas han referido sueños fantásticos y maravillosos, después de haberse rociado las encías con una mezcla de bicabornato y ácido bórico, que toman por legítima cocaína de los laboratorios Poulenc Fréres Todo, o casi todo, depende del ambiente. En una ocasión se analizó la cocaína que una pobre tanguista—tan española, que había nacido en un pueblo de Guadalajara—dejó olvidada en el bolso sobre el diván de un merendero. Esta joven tenía fama de cocainómana, lo que constituía un elemento de atracción para el círculo de sus amistades masculinas; pero se comprobó, mediante el análisis químico, que la supuesta droga eufórica no era más que bicarbonato sódico y ácido bórico finamente molidos y tamizados. Se lo había comprado a un granuja que operaba por aquel entonces en la plaza de Santa Ana, en Madrid, que es donde estos desdichados tienen establecido el mercado de estupefacientes.

La literatura, huelga decirlo, es el factor básico en la producción de las toxicomanías o, por mejor decir, *toxicopatías,* ya que es entre los individuos de constitución neuropática donde con más funesta facilidad arraigan estas sugestiones. Wernich, estudiando los efectos del opio, escribe el siguiente párrafo mucho más nocivo que la ingestión espontánea de una primera dosis de veneno: "No hace falta llegar a la satisfacción del deseo sexual; al contrario, se siente uno inclinado a no querer limitar la serie de hermosas imágenes que se presentan a nuestra imaginación. En una deliciosa sucesión desfilan ante los ojos de nuestra alma imágenes de inefables encantos de seres a los cuales sólo nos está permitido admirar de lejos; en esas figuraciones, a veces no toma parte uno mismo; hermosísimas mujeres, sabe Dios dónde vistas, en una lejana comarca o en un aristocrático teatro, se presentan a nuestras atónitas miradas con los alegres y más acabados compañeros de nuestros juveniles años. Todo lo que los recuerdos y los ensueños funden en gratísimo y placentero conjunto, surge ante nosotros, brillante en su desnudez, tierno, halagador... y para nosotros solamente; sólo para mí son esos gru-

pos artísticamente bellos, ese manantial fecundo en cuyas aguas se bañan esas mujeres de clásica belleza, esos abrazos..., esas caricias."

El elemento erótico en estos sueños producidos por el opio, el hatchis, la coca y sus alcaloides, depende absolutamente siempre de la naturaleza del individuo o, por mejor decir, de aquella ficción o preocupación más destacada en su vida. Creer que el empleo de estas drogas produce siempre sueños sexuales, es una equivocación extensamente difundida por los propagandistas, que, a lo mejor, no han sido capaces de embriargarse más que con vino. Los sueños normades suelen ser casi siempre una prolongación, más o menos amplia, de los hechos reales que se desarrollan estando despiertos. Un individuo que se aficionó a la morfina, en ocasión en que tuvo que ser curado de las graves heridas que se produjo en un accidente de automóvil, y que era muy aficionado al automovilismo, soñaba siempre con coches magníficos, con motores potentes, con velocidades fantásticas, etc. Confiesa que nunca tuvo sueños eróticos, porque la sexualidad no le interesaba tanto como el automoviiismo.

Lo mismo sucede con el opio, la cocaína y otros venenos. Lo que ocurre es que, por lo común, el ambiente en que se desarrollan estas perversiones es el mismo en que están comprendidos los hechos sexuales del libertinaje. Se sabe de algunos individuos, impotentes sexuales de muchos años, que, a fuerza de tomar drogas eufóricas, perdieron en absoluto el sentido genital; pero, en cambio, experimentaron otros placeres que nada tenían que ver con los de la erótica, relegada, forzosa o voluntariamente, al último término de su actividad psicofísica.

El consumo del opio en Asia, especialmente en China, no siempre se relaciona con la sexualidad, aunque en muchos fumaderos existen habitaciones especiales destinadas a las jóvenes y muchachos que ejercen la prostitución como un complemento del fumadero. También en Europa, sobre todo en algunos puertos franceses—Tolón, Marsella, El Havre—, los fumaderos de opio están instalados en los prostíbulos. Esta literatura de la prostitución y el opio es casi siempre completamente falsa y fantástica. La embriaguez del *shandú,* que es el nombre que recibe el opio preparado especialmente para fumar, al comienzo, produce un aumento del deseo genital; pero, al cabo de poco tiempo, sobreviene la frigidez y, sobre todo, la impotencia, que a veces acaba por ser incurable. La verdad de toda esta propaganda estúpida, no es más que el desconocimiento absoluto



FUMADOR TONKINÉS DE OPIO

Un coolí tonkinés fumando su «cayu» de opio en bruto, el cual produce una embriaguez muy enérgica al cabo de quince o veinte chupadas, en virtud de la enorme cantidad de morfina que contiene.

LAMINA III



FUMADOR DE OPIO DE HADONG

Esta pipa es más corta que la tonkinesa y la cantidad de opio, que mezclan con dhatchisa, bastante más reducida. Para obtener el ensueño es necesario fumarse cuatro o cinco pipas.

LAMINA IV

de los efectos de estas drogas, proclamado en las descripciones a todas luces falsas y convencionales de esta clase de pornógrafos.

Lo que es necesario decir, pero a grandes voces, es que los efectos de los narcóticos de la voluptuosidad son siempre repugnantes en todos los aspectos físicos y morales. Los intoxicados pierden bien pronto el dominio de sí mismos, y la voluntad desaparece. Son como desdichados autómatas insensibles a todo lo que no sea las excitaciones producidas por los eufóricos. El opiómano, que ha perdido el sentido moral, experimenta el derrumbamiento de su sensibilidad física. Recuerdo un suceso que no se me olvidará jamás. Un individuo, mediano fumador de opio, es decir, aún no intoxicado completamente, fué mordido por un conejo de Indias, en el que se ensayaban unos sueros antirrábicos. Inmediatamente se procedió a administrarle el tratamiento, sin que, naturalmente, mostrase la menor resistencia. Uno de los ayudantes tenía en la mano un recipiente con alcohol para quemar la aguja hipodérmica; cuando, al ir a prenderlo con un fósforo, como se quemara, saltó el recipiente, cuyo contenido cayó ardiendo sobre la espalda del opiómano y el lienzo de la mesa de operaciones, que empezó a arder. Rápidamente, apagamos las llamas, y no ocurrió más; pero lo sorprendente del caso fué que el opiómano no se dió cuenta de que estuvo a punto de morir abrasado, pues ni siquiera sintió los efectos de las terribles quemaduras que le produjo el alcohol incendiado, y de las que tardó en curar cerca de dos meses. Este caso revela, de una manera incuestionable, hasta qué punto puede llegar la insensibilidad producida por la acción del opio sobre el sistema nervioso. Dos años más tarde, este individuo se suicidó, asestándose una terrible cuchillada en el parietal derecho: el suicidio es el final más frecuente de la miserable vida de los opiómanos.

Los mismos narradores chinos, más morales y honrados que los occidentales en este aspecto, no disfrazan los efectos terribles que producen estas drogas en los viciosos. Reconocen los beneficios de su empleo moderado, sobre todo cuando las amarguras de la vida no pueden sobrellevarse con la resignación que recomienda Confucio; pero, en cambio, condenan al vicioso que destruye su vida y acaba con el poderío ancestral de la raza.

Un trovero cantonés del siglo pasado, escribía lo siguiente: "Nada hay puro bajo el cielo: sólo la ley de Dios es verdad y sólo Dios es verdadero. Pero los hombres, en su maldad infinita, en su anhelo de superar la obra inimitable de Dios, quisieron que en la vida no

hubiera dolores, sino sólo placeres. Del dolor de una princesa desventurada, que fué infinitamente buena, nació el placer del opio. Su corazón, tan tierno y tan frágil, se convirtió en purísimo cristal, y, al romperse en millares de pedazos, por haberlo lanzado contra las rocas una mujer celosa y dolorida, de cada partícula creció un tallo delgado, que remataba en la flor blanca e impura de la adormidera. El amante de esta princesa desgraciada aspiró el aroma de la flor, y, como era un veneno, le produjo sueños en los que siempre se le aparecía su amante que nunca más podría tornar a la tierra. Eran sus placeres irreales; pero los disfrutaba porque no quería resignarse con el dolor de la pérdida de la mujer amada. Por eso le castigó Dios haciéndole aspirar el humo divino que embriaga y mata."

Con motivo de la famosa guerra del opio, motivada por la oposición del Gobierno chino a que fuera introducida en el país el opio producido en las colonias inglesas y francesas, los patriotas chinos recurrieron a toda clase de propagandas para levantar el espíritu patriótico de todo el Imperio, "al que los extranjeros—decían—intentaban aniquilar por medio del maldito y lento veneno que brotó del corazón de una princesa infortunada". Todos los literatos y poetas escribieron contra el consumo del *shandú*, "la droga mortífera que nos envían los civilizados, porque somos tan numerosos que no bastan para exterminarnos las armas ni el fuego".

Toda esta literatura tuvo efectos maravillosos entre las gentes letradas—muy pocas—del Imperio, que nunca dejaron de comprender que, en el fondo de aquellas propagandas bélicas, existía la verdad indiscutible de que el opio era el veneno lento y seguro que acabaría con la raza, si no se ponían en práctica las medidas que quinientos años antes habían dictado los emperadores de la dinastía de los Ming.

Por las ciudades inmediatas a la costa, que es donde más pronto habían de notarse los efectos de la influencia del opio, los propagandistas llevaban en procesión a los fumadores empedernidos de *shandú*, hombres degenerados, trágicos y repugnantes peleles, para los que la vida había terminado, y existían en espera de que les dejasen libres para matarse.

Estos desdichados eran exhibidos en unas plataformas portátiles, de las cuales colgaba un cartel, de gruesos caracteres, que leía en alta voz ante el populacho cualquier ciudadano. En estos carteles se narraba la historia del fumador de opio; se decía, por ejemplo, que había nacido de padres ilustres, poderosos y ricos; que creó una

familia feliz; que tuvo criados, tierras, ganados, palacios y fortuna; que le sonreía la bendición del Cielo... Pero que un día fumó el opio que le ofrecía un extranjero, y, desde entonces, lo sacrificó todo para satisfacer su hambre de la droga: padres, hijos, esposas, palacios, poderío y fortuna, para perder la salud y convertirse en un triste guiñapo humano, mientras el extranjero se apoderó de cuanto había sido y tenido, sin más trabajo que explotar su vicio.

Durante todo el tiempo que duró la campaña, muy poco, casi todo el país recibió la visita de los emisarios del emperador Ling, opuesto en absoluto a que prosperase el vicio embrutecedor y mortal. Con este motivo, recorrieron el Imperio los opiómanos más desdichados. Algunas veces, para que el pueblo se diese cuenta perfecta del grado de degeneración a que habían llegado, les dejaban en libertad y con un cuchillo entre las manos. Sus guardianes calmaban la inquietud del populacho, que miraba a los intoxicados con temor, diciendo que nada tenían que temer de ellos. En efecto, muchos se suicidaban, tanto en virtud de los trastornos mentales producidos por la droga, como por librarse de su triste condición de trofeos del repugnante vicio. Ante estas pruebas abrumadoras, las gentes sencillas no tenían inconveniente en esgrimir un fusil o un palo contra los invasores extranjeros, que se obstinaban en fomentar y extender por el país la droga maldita.

Se habla de la maldad del chino y de su xenofobia furiosa; pero basta sólo con permanecer unos días en el país, para darse cuenta de que el odio mortal que profesan a los europeos no es, ni con mucho, injustificado: Inglaterra y Francia han hecho mucho por la destrucción de la triste y dramática raza china, valiéndose del arma insidiosa y terrible del opio, no con intención de aniquilar a los quinientos millones de chinos que pueblan el vasto territorio de la Celeste República, sino para atender a las necesidades de los trusts de productores opio y fabricantes de *shandú* de la India y las colonias francesas del Sur de Asia.

La literatura más sincera y eficaz que se ha hecho acerca de los estupefacientes, la han escrito los hombres de ciencia de Occidente y los poetas y literatos orientales. Se ha partido del punto de vista científico y social para divulgar los tremendos estragos que en el alma y en el cuerpo producen los funestos vicios orientales fomentados por los poderosos gobiernos de Occidente, atentos sólo a sus egoísmos materiales y a sus ambiciones desmedidas.

Se han aprovechado de la mentalidad del chino, que ya nace

opiómano, para obtener fabulosas ganancias del derrumbamiento de la moral y la pérdida de la salud y la vida de muchísimos millones de seres humanos dignos de mejor suerte.

En los Estados Unidos se ha hecho mucha labor en contra de la difusión de las drogas eufóricas importadas por los chinos que fueron al país al abrirse las puertas a la inmigración amarilla, tan útil para la realización de grandes obras públicas.

Bien es verdad que la mayor parte de la literatura norteamericana contra el opio se inspira más bien en el odio que se profesa a las razas de color, que en la repugnancia moral que debe producir el vicio. Por otra parte, San Francisco de California, Chicago, Nueva York, Filadelfia y otras grandes ciudades han tocado las consecuencias de la ambición de Inglaterra—causante de la difusión del opio y sus derivados en el mundo entero—, y, como el vicio es más visible, es decir, está más vulgarizado que en el resto del mundo supercivilizado, de aquí que ya resulte una modalidad social francamente condenable, tanto como lo sea entre nosotros la embriaguez alcohólica.

El proselitismo de los opiómanos es extremadamente difícil en los Estados Unidos, aparte de que las penalidades impuestas por la ley son también muy severas, ya que se considera al toxicómano como un degenerado intolerable para las sociedades cultas. Es más bien una razón etnológica que netamente moral o social: si la opiomanía la hubiese hecho célebre un pueblo superculto, es fácil que no se persiguiera a los toxicómanos con el mismo ardor; pero ha sido China, un pueblo despreciable e inculto, la cuna primitiva de estas drogas y de estos placeres groseros, que se oponen tenazmente al desarrollo saludable de las razas, y, por tanto, no se consiente que un blanco aspire el humo de una sola pipa, en tanto que se mira con la mayor indiferencia la actividad de los fumaderos de opio en que se envenenas los amarillos de los que nada bueno puede esperar la poderosa nación americana, que no olvida la doctrina de Monroe.

EL OPIO

La adormidera.—Sus propiedades medicinales. Su historia.—Cultivo.—Cómo se extrae el opio. Preparación del «shandú».—Sus características esenciales.—El opio annamita.—Cómo se prepara un pipa.—Cómo se fuma el opio.—Proceso de la intoxicación.—El «punto del opio».—Los ensueños.—Trastornos psicofísicos. Alucinaciones eróticas.—Los sentidos.—Los trastornos precursores de la muerte.—La imprudencia de los blancos.

La adormidera y sus extractos han sido conocidos desde los tiempos más remotos, especialmente por los médicos egipcios, indios y chinos. Discórides, Plinio, Hipócrates, Andrómaco el Cretense, que fué médico de Nerón; Averroes, Avicena y otros naturalistas y médicos háblan en sus libros de las propiedades de una planta que recibió distintos nombres, pero que, sin duda, es la adormidera, ya que las descripciones que de ella se hacen así lo evidencian.

Diágoras, Hipócrates y Herodoto afirman que dicha planta ejerce una influencia muy varia en las enfermedades del cerebro, puesto que lo mismo pueden producir su curación que determinar estados de demencia irremediables, que impulsan al paciente al suicidio y a otros graves trastornos mentales. Galeno estudió las plantas de diferentes procedencias; pero encontró que la que se producía en la región de Tebas reunía propiedades superiores a las otras. Fué el primero que trató las cápsulas de la adormidera para obtener su resinoso jugo, al que desde entonces se denominó *extracto tebaico*, y que se sigue empleando en farmacopea.

Se cree que Tebas fué la fuente del origen de la adormidera, denominada *papaver*, y que representaba el símbolo del dios del sueño en la mitología egipcia. No obstante, en casi todas las manifestaciones del arte antiguo, el papaver aparece simbolizando al sueño.

En todo el Asia Menor, la adormidera era un medicamento muy vulgarizado, que se aplicaba en casi todas las dolencias, siempre con

resultados satisfactorios, incluso sin necesidad de que lo prescribieran los médicos. Modernamente, en todo el Valle del Nilo, donde se cultiva esta planta, los indígenas que habitan al Sur, dedicados al pastoreo, elaboran una pasta con el jugo de la adormidera, la cual mastican cuando se encuentran fatigados. Los efectos estimulantes son iguales para sus cabalgaduras, asnos y caballos, entre cuyo pienso mezclan algunas cápsulas de adormidera que, una vez ingeridas, producen en los animales, como en los hombres, nuevas y más poderosas energías.

En Europa no se conoció el opio hasta que no fué importado de Egipto; pues, aunque no se ignoraban las propiedades medicinales de la planta, su empleo no se divulgó por considerarlo peligroso. En cambio, los médicos orientales lo usaron en todo tiempo. Fueron los árabes quienes llevaron la droga a Persia, y después los comerciantes persas la transportaron a China, donde se empezó a cultivar bien pronto. En este punto se advierten algunas contradicciones de los autores; pues mientras unos afirman que fué introducido en China en el siglo XI, ya en el siglo VIII el médico chino Cheng-Tsang describe, en una obra de Medicina, la planta de la adormidera, no muy vulgarizada aún, pero que se cultivaba en grandes cantidades como flor de adorno en los jardines de los palacios señoriales. Se cree, no obstante, que en el siglo VI la importaron los indios y, seguramente también, los piratas árabes al apoderarse de la ciudad de Cantón. Todos los datos contribuyen a demostrar que, lo mismo la adormidera que su extracto: el opio, fueron importados por los árabes, los cuales enseñaron a los chinos a cultivar la planta y a fumar y comer el opio, aunque no había llegado su preparación al grado de perfeccionamiento que se logró mucho más tarde, a principios del siglo XIV, que fué cuando la Medicina china estudió con verdadero interés las diversas propiedades de la planta y sus derivados esenciales.

Un religioso que vivió en China hacia el último tercio del siglo XVI, dice que los chinos "comían una planta preparada en pastillas que produce vértigos al principio, sueños voluptuosos y fuertes dolores de cabeza por último, sumiendo a los comedores en un letargo que les impedía darse cuenta de los actos del mundo exterior".

Ya en el siglo XVII, el vicio del opio se encontraba tan divulgado en todos los puertos de China, que el comercio que mantenían los musulmanes se sostenía a base de opio que entregaban a China a cambio de toda clase de productos valiosos. Hoy fuman opio en China más de trescientos millones de seres humanos.

Actualmente, los principales centros de cultivo de la adormidera son la India inglesa y China, y las manufacturas más importantes de la droga, es decir, de la extracción del opio, están en Saigón, en la Indochina francesa.

Los campos de cultivo indios están irrigados por el ancho curso del río Ganges, en cuya parte media los ingenieros agrónomos ingleses han realizado obras importantísimas, con todos los adelantos de la más minuciosa técnica, a fin de asegurar la producción de abundantísimas cosechas de adormidera, que representan muchos millones de libras esterlinas de beneficio para la poderosísima "The Indian Company". El cultivo no sólo lo realiza el personal de la Compañía, sino que está permitido y protegido, si bien con la obligación ineludible de entregar al Estado toda la cosecha, la cual se envía a Calcuta, en cuyos inmensos "docks" se almacenan cantidades fabulosas de la planta sometida en los campos de recolección a las operaciones previas de selección y limpieza.

El paso del opio en bruto a través de todo el territorio indio está escalonado en varias Aduanas, en las cuales el cosechero tiene que satisfacer los derechos correspondientes, que ascienden a muchos millones de libras. En Bombay es donde se efectúa el embarque para los centros de manipulación: los panes confeccionados en Benarés, por ejemplo, van a Saigón, Yunnam, Cantón y Fu-Chow. Patna y Ghazipoore, en la India, elaboran con preferencia el opio, que después sale para Inglaterra, destinado a las preparaciones medicinales, tales como el extracto tebaico, jarabe, cinoglosa, tintura, láudano y, sobre todo, sus alcaloides, de los que el más importante es la morfina.

Existe entre las gentes la creencia errónea de que los cigarrillos de tabaco rubio llamado "inglés", que realmente se cultiva en Virginia—marcas Craven, Capstan, Aristón, Lucky, etc.—, contienen opio en semillas. Este error es la causa de que muchas gentes fumen ese tabaco, indicadísimo para el cabaret y el prostíbulo en el ánimo de los juerguistas. Pero lo cierto es que estos cigarrillos no han visto el opio: son los Laurens, Melachrino, Abdullahs y, en fin, casi todo el tabaco manufacturado en Egipto, Turquía y Bulgaria el que lleva en su mezcla partículas de extractos opiáceos, de mala calidad, que producen trastornos gástricos, dolores de cabeza y mal sabor de boca: el opio sólo puede fumarse por un procedimiento

especial que requiere muchos preparativos para que la combustión de la droga se efectúe en determinadas condiciones.

El opio no es tampoco una hierba, como se cree: el opio para fumar, o sea el *shandú*—como le denominan los chinos—es una pasta resinosa de color oscuro y semifluída, que se tuesta al fuego del hornillo de la pipa especial, cuya combustión produce los vapores narcóticos característicos de la droga.

La recolección del jugo de la adormidera se efectúa cuando la semilla está bien madurada, es decir, después de que la flor pierde sus bellas hojas. La cápsula madura en China y la India entre los meses de abril y junio, adquiriendo un color amarillo claro. Cuando la cápsula está madura, lo que conocen bien los expertos, lo mismo por el color que por el olor, las plantaciones son invadidas por una muchedumbre de recolectores que, en pocas horas, practican en la cápsula una incisión muy hábil, esto es, hiriendo con una cuchilla especial de tres o cuatro hojas la cubierta del cáliz en sentido horizontal, pero cuidando de que no sea tan profundo el triple o cuádruple corte que llegue al interior, pues, en este caso, el jugo caería dentro, desperdiciándose. El instrumento empleado para esta operación se llama en la India *nusthur*, y en China, *tsai-ló*.

Hay que procurar que el tiempo sea seco, pues, de esta forma, se extrae la mayor cantidad de jugo que puede producir la planta. Al poco tiempo de efectuados los cortes transversales, empieza a gotear un líquido flúido y opalino, que se recoge en recipientes especiales de barro bien cocido. A medida que van cayendo las gotas, adquieren un tinte oscuro, formándose una pasta espesa. A la mañana siguiente, los recolectores vuelven a recoger los recipientes, que van vertiendo en otros mayores de cabida uniforme que se exponen al sol durante seis a diez horas, según la temperatura. Por la acción del calor y la luz solares, la pasta toma un tinte rojizo, y su olor es muy pronunciado. Todavía es mayor la consistencia, y entonces queda formado el llamado *pan de opio*. Los panes se envuelven seguidamente en las hojas secas y limpias de la planta y la flor de la adormidera, las cuales han sido desecadas a fuego lento hasta llegar casi a tostarse. Entonces desprenden una resina muy adherente y perfumada, que hace que la envoltura del pan sea absoluta. Esta envoltura se denomina *piel de opio*.

En estas condiciones los panes, que vienen a pesar de 1.300 a 1.400 gramos, son enviados a la manufacturas de *shandú*, en donde tienen lugar las complicadas faenas de la manipulación.

El opio en este estado, antes de su elaboración, es, naturalmente, mucho más barato que después de manipulado. Así es como lo fuman las gentes humildes, añadiéndole polvo de sándalo, menta, betel, canela, etc., y también con los resíduos de las pipas que se venden en los fumaderos de opio. Estos restos reciben el nombre de *drusi*, y son muy ricos en sustancias narcóticas.

La preparación del *shandú* por el procedimiento de Cantón, según lo describe el doctor Jeanselme, y que es el más práctico y científico, se desarrolla en once fases que requieren gran cuidado y absoluta limpieza, a fin de impedir la mezcla de agentes que pudieran provocar la adulteración o la descomposición del *shandú*.

1.ª Decorticación de los panes de opio. La masa extraída es de un color moreno-rojizo, de consistencia blanda y de fuerte olor a flores de adormidera frotadas.

2.ª Cocción de las hojas, pétalos o papel que hayan servido para envolven los panes de opio.

3.ª Reunión de los extractos obtenidos por cocción a la masa de opio.

4.ª Cocción, durante hora y media, aproximadamente, de todos estos extractos en grandes recipientes de cobre, de doble fondo, calentados por una corriente de vapor de agua a 110 grados de temperatura hasta que el opio adquiera la consistencia de la masa de pan.

5.ª La vasija se retira del fuego, y la masa de opio es removida con una espátula, a fin de enfriarla lentamente y darle una perfecta homogeneidad. El opio se coloca en seguida en capa uniforme sobre la superficie de una bandeja, dejando caer un hilo de agua entre el recipiente y el revestimiento de opio para impedir su adherencia (1).

6.ª Operación de tostado. Cada recipiente se coloca sobre un hogar de brasas recubierto de cenizas. A los pocos instantes de exposición al fuego, se desprenden de la masa de opio vapores blanquecinos muy abundantes, y se retira el disco tostado, que tiene la forma de una tortilla delgada. Esta fase requiere un operador hábil, ya que el momento preciso de quitar el disco de opio se indica

(1) He visto realizar esta operación sustituyendo el agua por manteca de coco mezclada con sándalo u otras esencias aromáticas.

por un olor especial, solamente conocido por los técnicos. La torrefacción elimina ciertas sustancias empireumáticas (1).

7.ª Los discos de opio, unos sobre otros, se maceran en agua fría durante dieciocho o veinte horas, y el líquido obtenido se decanta con la ayuda de mechas de medula de *tam-sam*, planta muy común en China.

8.ª Filtración del líquido a través de varias capas de papel no encolado. Esta solución de opio se somete a cocción, en grandes cilindros, durante unas horas, hasta que adquiere consistencia de jarabe, de 29 grados, en el aerómetro de Baumé.

9.ª La solución concentrada de opio se bate en una especie de molino a paletas (2).

10. Después de las operaciones antedichas, el opio entra en fermentación, se hincha y se cubre de espuma, y, al cabo de una semana, la masa se reduce a la mitad del volumen. En la superficie de esta masa de opio se desarrolla una capa de hongos, cuyo espesor es a veces, de algunos centímetros. Se ignora cuál es el agente de estas fermentaciones que, según Calmette, es el *aspergilus niger;* pero, generalmente, se supone que el opio es el asiento de dos fermentaciones sucesivas: una, corta y rápida, cuyo agente es el *saccaromices albicans,* y comienza del segundo al tercer día, y otra, más lenta, casi indefinida, producida por levadura, y que es la que da al *chandoo* el aroma tan apreciado por los fumadores.

11. El opio, después de estas fermentaciones, se coloca en cajas, y se somete a una temperatura de 90 grados para impedir toda fermentación. El peso del opio en bruto se pierde al través de todas las operaciones por que pasa para convertirse en *chandoo.* Cuatrocientos kilos de opio de Benarés se reducen a ciento setenta y uno. Los annamitas le llaman opio negro, en contraposición al opio blanco de Yunnam, que, por el mismo procedimiento da un producto del sesenta por ciento.

---

(1) En la actualidad esta operación se efectúa con el auxilio de instrumentos de precisión que hacen imposible cualquier fracaso. Antiguamente, en la época a que se refiere el doctor Jeanselme, la torrefacción se efectuaba en recipientes abiertos, lo que producía una pérdida importante de las propiedades aromáticas del opio. Esta cocción se efectúa hoy, al menos en Fu-Chow, en marmitas especiales de fabricación alemana que reducen al mínimun la pérdida de esos vapores.—(M. DE LUCENAY.)

(2) En el moderno procedimiento adoptado tanto en Cantón como en las manufacturas de la Indochina, la cocción y el batido se efectúan al mismo tiempo.

En la elaboración del *shandú* (1), en las manufacturas de Saigón, intervienen centenares de indígenas de ambos sexos, los cuales, al abandonar las faenas, son revistados por los capataces, registrándoseles, a fin de que no puedan llevarse escondida la droga entre las ropas. Cuando se descubren sustracciones de esta naturaleza, el ratero es castigado con penas severas. Todas las tardes, al final de la faena, se alinean los operarios de las manufacturas, recibiendo entonces el jornal del día, que apenas si llega a unos céntimos, con lo que tienen suficiente para vivir. (Lámina II.)

La droga, cuando está recién elaborada, desprende un olor desagradable, no adquiriendo su perfume característico más que al cabo de un par de meses. Dicho perfume se asemeja al de la manzana muy madura, tal vez también al del cloroformo, y muy penetrante y dulce. Al fumarse, el sandú tiene un sabor que algunos autores comparan con el de la avellana tostada, pero esta sensación sólo se experimenta al cabo de algún tiempo de haberse habituado al humo. Al principio, su sabor es amargo y poco agradable; por lo que el opio de lujo, que es el más caro, se mezcla en la pipa con serrín de maderas olorosas, como el sándalo, la menta, el *sen-sen* y el *tin-you.* El precio del kilogramo de estos perfumes, especialmente el *tin-you,* que huele a azucena y rosas, es de más de mil pesetas. Con esta cantidad hay suficiente para preparar más de cien mil pipas de opio.

Los fumadores habituados de largo tiempo, conocen en seguida la procedencia de la droga, aunque ésta se halle muy perfumada. Estos perfumes no influyen para nada en el poder narcótico, y algunos viciosos suelen aumentar aún más su poder añadiendo resíduos de opio, hatchis y hasta compuestos de morfina, que se obtienen con facilidad en los fumaderos de opio.

El fumador prudente emplea siempre el mejor opio, que es el que tiene menos cantidad de morfina; pero el intoxicado vicioso, que vive pendiente de la pipa, prefiere siempre el llamado "pequeño opio", procedente de la India, generalmente impuro, negruzco, de olor casi nauseabundo, de sabor fuerte y acre, pero de gran poder narcótico, si se emplea en pequeñas cantidades. El precio de una cajita de cuarenta gramos de opio de lujo vale unas diez piastras, que viene a ser treinta pesetas. El de Benarés es más barato y más aún el de Yunnan, que es con el que más contrabando se

---

(1) Aunque se escribe «chandoo» en chino se pronuncia «shandú», con s larga y casi líquida ligeramente aspirada.

hace, especialmente por los tripulantes de los buques que regresan a Europa. El de mejor calidad para fumar, poco conocido en Europa, es el denominado *chí*, que se expende envasado en recipientes de estaño, de lujosa presentación. Es casi líquido, de color rojo, parecido al de la sangre desecada, y perfumado a violetas, a rosas, etcétera. Este perfume no es el suyo propio, que a veces huele a celuloide frotado, sino que obedece a las esencias con que se prepara en las expendedurías. El mejor opio que yo he visto—según mi informador chino—era de Saigón, y olía a pan de higos; recuerdo que aspiré su aroma durante diez o quince segundos, lo que me produjo un ligero mareo, prueba evidente del gran poder narcótico de la droga. El shandú de Patna, el de Fu-Chow y el Yunnam no son tan fuertes ni de efectos tan inmediatos para los no iniciados.

La clase de opio más inferior es la que fuman los *coolíes* o castas inferiores de Tonkín. Suelen prepararlo ellos mismos, extrayendo de la adormidera el jugo de su cáliz, que machacan hasta reducirlo a una pasta. Esta operación la efectúan cuando la planta está verde aún. Después secan al sol el extracto y, por último, lo tuestan al fuego sobre una cazoleta de piedra.

La pipa en que lo fuman es un tubo de bambú de unos setenta centímetros, perforado en su centro por medio de un alambre que dejan dentro, pero que se mueve holgadamente por el tubo practicado a través de los nudos, de diámetro algo mayor. Esta pipa recibe el nombre de *cay*, y consta de un recipiente en su parte más inferior, que llenan de agua, con objeto de que el fuego sea lo más frío posible, de forma que el humo llegue ya casi frío a la boca. Esta mixtura produce la embriaguez al cabo de quince o veinte chupadas, y con una pipa hay bastante para que el fumador se crea transportado al séptimo cielo del paraíso. (Lámina III).

Este opio, mezclado con hatchis, se fuma mucho en la provincia de Hadong; la pipa es bastante más corta que la anterior, y la dosis de droga más reducida, si bien se necesitan de cuatro a cinco pipas para experimentar los mismos efectos. (Lámina IV.)

El shandú legítimo, mejor dicho, el que está preparado con arreglo a las fórmulas clásicas, ya que la calidad varía según la procedencia, no se fuma, como generalmente se cree, tal como se recoge de las cápsulas de la adormidera, y aun después de bien elaborado en las manufacturas dedicadas a preparar el terrible veneno. Verdaderamente, el opio es lo de menos: lo más importante es la pipa, y tal vez, más importante que todo ello, el saberla preparar.

El instrumental del fumador de opio parece el conjunto de aparatos y enseres de un pequeño laboratorio que es necesario hacer funcionar de una manera inteligente antes de llevarse la pipa a los labios. La preparación de una pipa requiere cerca de un cuarto de hora para ser preparada, y cinco segundos para ser fumada de forma que no quede en el recipiente el menor resíduo de shandú.

Todos estos chismes, si pertenecen a un personaje adinerado, son verdaderas joyas artísticamente confeccionadas con los materiales más preciosos. La pipa puede ser de bambú, marfil, carey, oro, plata, etc. Las de oro suelen tener incrustaciones de piedras preciosas, sobre todo esmeraldas y rubíes finamente tallados y procedentes de los lapidarios indios. La pipa tiene de treinta a cincuenta centímetros de longitud, suele ser desmontable, y compuesta de tres piezas: la boquilla, el cuerpo y el hornillo. La boquilla no tiene más de cinco centímetros, y penetra en el cuerpo a presión o a tornillo. El hornillo donde se verifica la combustión del shandú es un recipiente minúsculo, de forma generalmente oval, y con otro recipiente menor que comunica con el tubo directamente.

Elemento imprescindible es la lamparilla, generalmente de cristal, de forma cónica, pero forrada, en las casas y fumaderos ricos, con caprichosas envolturas de metales preciosos, esmaltes y pedrería de gran valor artístico y material. La llama se produce con aceite de camelia o de coco, aromatizado con diversas esencias. El encendedor suele ser automático y, como el resto de los artefactos, más o menos valioso, según la categoría de su dueño.

Para limpliar el tubo de la pipa, como para tomar las gotas de la droga, que también se guarda en un recipiente adecuado, utiliza el fumador unas agujas de oro, plata o acero de igual longitud que el instrumento. Por último, la bandeja en que se sirve todo esto, completa el número de enseres requeridos para envenenarse dulce y dignamente. Todo el instrumental está siempre limpio y brillante: de ello se encargan los criados, eunucos o invertidos que sirven de todo a sus dueños, ya que no hay que olvidar que el fumador de opio conoce todas las perversiones.

La preparación de la pipa es algo complicado y serio, que no todos los buenos fumadores conocen. Un invertido, que aprenda a preparar pipas de opio con arreglo a los cánones orientales, no necesita más sabiduría para vivir bien en China, en Tonkín y hasta en París y Londres.

El fumador tiene que estar preparado también, lo que consigue

mediante la degustación de un té especial, en cuya composición entran los pétalos desecados de la adormidera, la menta y hasta el polvo de cantáridas, que tiene grandes propiedades afrodisíacas.

El primer instrumento que se toma de todos los que llenan la bandeja es el encendedor para prender la mecha de la lámpara. Después, la aguja, que no tiene punta, y se introduce en el bote de shandú, de cuyo fondo se extrae una gotita del producto, de consistencia espesa. Al formarse la gota, como si fuera a desprenderse, es el momento de acercarla a la llama de la lámpara, siempre en la extremidad de la aguja, la cual se mueve en movimiento de rotación entre los dedos índice y pulgar de la mano derecha. Es necesario el mayor cuidado, primero, para que la gotita no se desprenda, sino que, en virtud de la fuerza centrífuga, adquiera una forma esférica, y, segundo, para que la llana no la queme, en cuyo caso las propiedades narcóticas del shandú quedarían notablemente atenuadas.

Si la maniobra se ejecuta con limpieza, la bolita aumenta de volumen en virtud del calor, produce un ruido de fruta puesta a asar, se torna amarillenta y exhala un olor agradable a avellana tostada. Esta operación tiene por objeto eliminar el agua contenida en la bolita, y que viene a ser, en húmedo, la cuarta parte de su volumen. La bola que estalla en la aguja o que se tuesta demasiado, ya no sirve, a no ser que se hubiera aspirado el humo por la boca; muchos preparadores de pipas acostumbran a probar el shandú antes que sus amos por este procedimiento.

Una vez seca la bolita, no por eso ha perdido sus propiedades maleables. Se ha tornado más consistente, pero sigue siendo resinosa. En seguida, se la coloca en el hornillo, y, mediante un rápido movimiento de la aguja, a la que aún sigue adherida, se le da una forma cónica, introduciéndola en el recipiente inferior del hornillo, con el vértice hacia abajo, siempre sirviéndose de la aguja, de la que se desprendió en el último movimiento que hizo el preparador para darle la forma cónica. Cuando está encajado el diminuto cono en el recipiente, se toma otra aguja más fina, que no tiene otro objeto sino perforar la pasta de shandú de forma que pueda establecerse la comunicación del aire a través de la droga. entre el hornillo y la boquilla. En este momento, es decir, después de diez minutos, ha terminado la preparación de la pipa, faena que es complicadísima, porque o se cae la gota, o se tuesta demasiado, o se

pincha al cono de forma que quede obstruído el orificio. Estos accidentes no ocurren nunca a los buenos expertos.

Cuando la pipa está en tales condiciones, el fumador se echa de costado sobre el lecho; se lleva la boquilla a los labios; aplica el hornillo a la lámpara, y aspira la llama de aceite de camelia o de coco que, al pasar por el cono de shandú, bien desecado, lo quema y produce el humo que el fumador aspira en profundas bocanadas, dos o tres a lo sumo. Ha tardado cinco segundos, y se dispone a esperar la preparación de otra pipa, operación que observa detenidamente con la mayor ansiedad reflejada en el rostro, que inmediatamente empieza a transformarse bajo los efectos deleitosos de la droga.

Y luego, otra pipa, y otra, y otra, y muchas... Y así hasta que el ensueño llega, cada día más tarde, pero más intenso; hasta que acaba por envenenarse de una manera brutalmente irremediable.

El proceso de la intoxicación, mejor dicho, de la adquisición del mortal hábito, es penoso en sus principios; pues, por lo general, no dura menos de un mes o mes y medio. Un hombre, que tenga alguna fuerza de voluntad, no cae en el abismo que abre la droga; porque, después de las primeras fumadas, acaba por mandar muy lejos a todo este instrumental y a quienes le hablan de los placeres del opio.

Desde el punto de vista clínico, el período de iniciación está lleno no de contratiempos y trastornos gástricos y nerviosos; los vómitos, el dolor de cabeza, el mal sabor de boca, el dolor de estómago y el insomnio, son las formas en que la moral de la naturaleza manifiesta su oposición al vicio de la asquerosa droga. Hay personas que resisten sin contrariedad las circunstancias desagradables de la iniciación: son los devotos de otros vicios, los que, por encima de todo, buscan la satisfacción de su ansia de placeres, y que, por estar avisados de antemano, no retroceden ante ningún obstáculo.

El doctor Pagador describe con el mayor acierto esta primera fase: "Se presenta una hiperexcitabilidad ligera, con aumento de la actividad circulatoria, sensación de calor y un estado especial de ligera embriaguez. La excitación cerebral da lugar a una serie de ideas más claras, más precisas, repletas de imágenes brillantes y acompañadas de locuacidad. El recuerdo de los hechos pasados se desarrolla con una gran rapidez. La memoria está hiperactivada. Pasada esta fase sobreviene un sueño pesado, y, al despertar, la

cabeza está atontada, el sujeto padece de malestar general, saburra lingual y dolor de estómago a la presión más ligera."

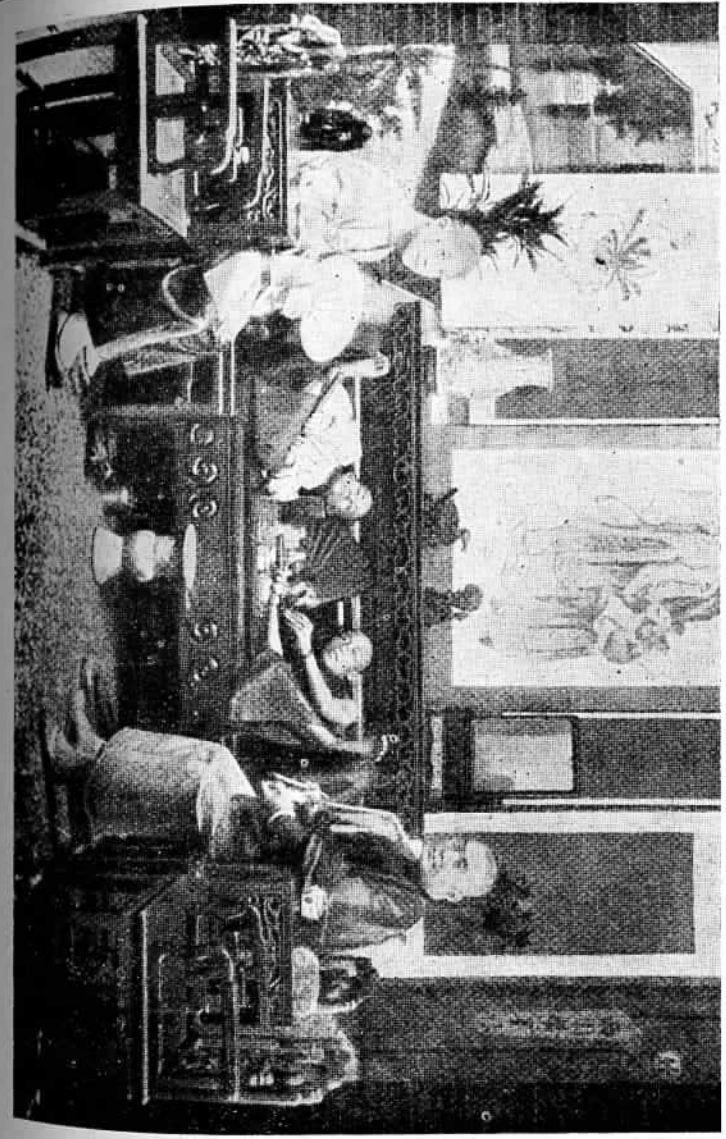
No obstante la autorizada opinión del insigne clínico, no en todos los casos se experimentan tan pronto los efectos eufóricos de la droga. Por lo general, sólo, al cabo de un par de meses de aumento progresivo de las fumadas, es cuando empiezan a notarse los efectos agradables. Mientras tanto, los trastornos gástricos y los dolores de cabeza, a veces tan fuertes que han obligado a muchos viciosos a desistir de ese placer, son las consecuencias más destacadas del período de iniciación. Los mismos chinos, inveterados fumadores de opio, que casi puede decirse que nacen opiómanos, confiesan que el entrenamiento es muy difícil y repugnante; pero que consiguen iniciarse mediante la convicción que tienen de que "no hay placer sin dolor, y que el deleite que se alcanza sin hollar antes los caminos llenos de espinas, no puede ser nunca un placer verdadero". Sólo la resistencia física del chino y su falta absoluta de moral en este sentido, son los elementos esenciales para que los obstáculos opuestos por la naturaleza no resulten invencibles.

Otro tanto ocurre con la inmensa falange de europeos fumadores de opio que se envenenan en las colonias asiáticas; hombres curtidos en todas las contrariedades y dolores de la vida, ¿qué puede importarles un sufrimiento más si, al final de la jornada, han de encontrar deleites que nunca experimentaron?... El alejamiento de la patria, de los seres queridos, la inmensa cantidad de miles de horas que parecen sobrar al día, ¿en qué puede invertirse? El juego, el otro gran vicio asiático, requiere dinero; pero ¡dos docenas de pipas de opio en un fumadero discreto cuestan tan poco!...

Después de pasado el período de iniciación, se entra en lo que clínicamente se denomina "período de estado", y que comprende, según Pagador, el punto del opio, el ensueño, el deseo y el hábito y la intoxicación crónica.

Al final de todos los trastornos enumerados antes, sobreviene una calma orgánica y un bienestar moral, tanto más grato, cuanto que, a la alegría producida por la desaparición de los trastornos fisiológicos, suceden los primeros estados eufóricos, caracterizados por una mayor agilidad imaginativa, mejor predisposición intelectual, más actividad en todos los órdenes naturales de la vida, deseos de trabajar, de acometer empresas, de comer, de divertirse y de amar...

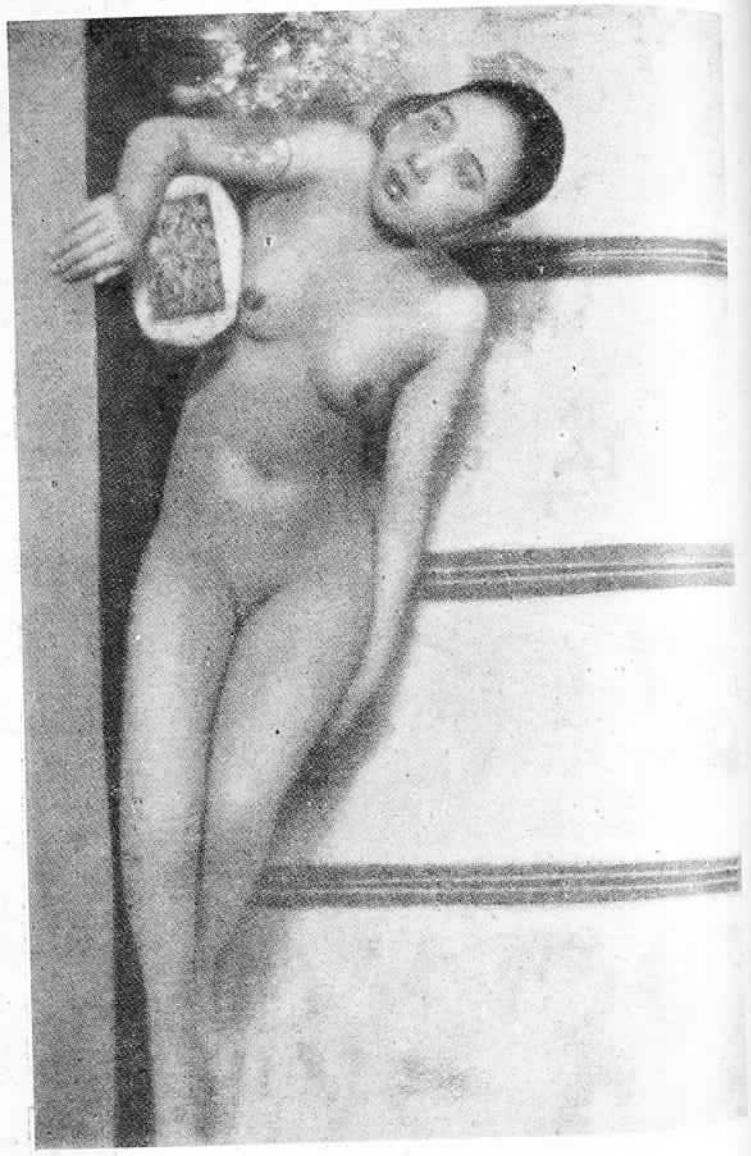
Todo el pesimismo de antes es optimismo ahora. En efecto, el



CHINOS FUMADORES DE OPIO

Es el fumadero de una casa particular. El dueño invita a varios amigos como la prueba de afecto más grande que puede darles, a cambio de lo cual los invitados deben corresponder con la mayor sinceridad en los actos.

LAMINA V



PROSTITUTA CHINA

Estas mujeres beben grandes cantidades de láudano, lo que, además de excitar el apetito sexual, produce en el rostro una característica expresión de idiotez inconfundible.

LAMINA VI

trabajo no cansa, sino que se lleva con más regularidad, y, por muy intenso que sea, nunca fatiga. La imaginación brinda recursos magníficos para todo, y no hay situación difícil ni trance amargo para el que no se encuentre solución adecuada y correcta. Entonces tiene lugar un fenómeno psicológico de enorme importancia en la determinación del desarrollo del vicio.

El opiómano termina por convencerse experimentalmente de que ni la droga es lo nociva que siempre ha oído decir, ni le resta un sólo ápice de sus energías. Al contrario, éstas han aumentado, son más positivas, más vigorosas, más ricas en sus manifestaciones. Desde entonces, el opio, que no era más que una droga mortífera, se convierte para él en un objeto de adoración, en un fetiche, en un dios. Se lamenta de no haber empezado antes. Y es tan feliz que, temeroso del fin de su dicha, procura ocultar su vicio, y, si se presenta ocasión de hablar del opio, es el primero en reconocer que produce trastornos terribles, y que debe perseguirse a muerte a los expendedores de la droga. Esta es la primera muestra de las deformaciones morales producidas por el eufórico: el egoísmo.

Este es el "punto del opio", que, si no fuese un estado artificial, diríamos que era el más perfecto para el alma y el cuerpo humano. Pero ese egoísmo, es ambición también: cada día que pasa, el opiómano siente la necesidad imperiosa de aumentar sus placeres, de multiplicar hasta el infinito sus magníficas emociones: y para ello es preciso aumentar la ración de veneno, que, si antes era bastante con seis pipas, ahora tienen que ser doce. No obstante, la euforia continúa, sin más inconvenientes que el del necesario aumento de la dosis; pero eso no le preocupa al opiómano, ya que las actividades continúan mantenidas en el mismo nivel en todos sus aspectos. El desgraciado no advierte la desproporción existente entre las sensaciones percibidas en virtud de las primeras pipas y las que ahora necesita fumarse para experimentar emociones iguales.

La intoxicación, aunque ya hace tiempo que en realidad está elaborando toda su secuela de estragos psicofísicos, empieza a advertirse en cuanto el fumador traspasa los límites del "punto del opio". Los síntomas externos se revelan en el rostro que se congestiona; la sensación de calor interior, las pupilas brillantes y el aumento de pulsaciones, constituyen un grupo de fenómenos inconfundibles. El individuo, que antes gozaba de una magnífica elasticidad muscular, y trabajaba alegre y decidido, se torna perezoso, somnoliento y de mal humor; el menor esfuerzo le produce una

fatiga insoportable, y no desea más que estar sentado o echado. Si anda cien metros al paso ordinario, aunque haga un frío intenso, empieza a sudar copiosamente. Poco a poco acorta la marcha, hasta que sus pasos se hacen inseguros y vacilantes. En muchos se presenta la sensación del "bache": van a dar un paso, y una alucinación visual les hace ver una depresión más o menos profunda en el terreno, que es completamente llano. Un esfuerzo de la voluntad, ya muy debilitada, les hace arrastrar los pies para evitar caídas...

Piensa el intoxicado que la solución está en fumarse unas pipas, y, al cabo de una par de horas de haber aspirado el humo de la última, recobra las energías perdidas; pero no puede hacer uso de ellas, porque se duerme, mejor dicho, permanece en ese estado de duermevela, tan agradable, que precede al sueño franco en las personas normales. Y este estado puede durar diez, doce, catorce o más horas, durante las cuales el enfermo no siente ninguna necesidad, ni deseo alguno, ni aun los efectos de las más vigorosas excitaciones se ha perdido incluso el instinto de conservación, porque ni siquiera el impulso sexual se manifiesta, aunque el opiómano se encuentre entre mujeres.

Las características del ensueño del opio son muy diversas, y casi siempre dependen del temperamento o la personalidad particular del vicioso. Por lo general, la embriaguez produce los fantasmas que el opiómano quiere. Este se considera un ser superior, porque, en tal estado, sabe que es capaz de conseguirlo todo con un gesto, con una mirada, mediante el poder omnímodo de su voluntad y sin necesidad de realizar el menor esfuerzo. Cuando la embriaguez se desarrolla en el fumadero donde hay otros viciosos, los envenenados no pierden la conciencia del mundo exterior ni las formas sociales más exquisitas. Para cada fumador, sus compañeros son personajes de su mismo nivel social, es decir, del nivel social que él se atribuye. Todos se creen emperadores, reyes, príncipes, grandes artistas, etc. Se inspiran tal respeto y es tan exagerada la hipocresía de esta embriaguez, que como todos se complacen mutuamente, no hay posibilidad de discusión. No se sabe de dos fumadores de opio que hayan reñido durante estos estados de imaginativo onirismo.

De este estado se pasa pronto a otro más grave que sucede cuando el hábito del fumador no se conforma con menos de veinte o veinticinco pipas diarias. En este punto, el mundo exterior ha muerto para él; su insensibilidad física, como la moral, según ya

hemos dicho, son absolutas; nada le importa el compañero, el cual, por su parte, no toma a mal el gesto o la indiferencia del gran fumador, al que llega a considerar como un ser de más categoría y digno merecedor de todo género de respetos.

Las alucinaciones eróticas dependen de la voluntad del fumador. En efecto, existen los goces, pero puramente psíquicos, y sin erección siquiera; no hay tampoco eyaculación, aunque el ensueño sea de una lubricidad terrible; la carne continúa en su insensibilidad típica, por la razón sencilla de que la intoxicación lleva consigo, no sólo la frigidez, sino la impotencia. La exaltación del impulso sexual no ocurre más que en el período de comienzo, durante el grado medio del "punto del opio".

El opiómano posee en imaginación a las mujeres más bellas, a las diosas y las vírgenes: pero no se altera un solo músculo de su organismo. Los hechos sexuales pretéritos de su vida normal desfilan por su imaginación en la forma que quiere: ha sido amante de reinas y de emperatrices que se postraban a sus pies delirantes de pasión; ha gozado de fortunas considerables, de palacios, de mando y de poderío. Pero todas estas fantasías que se acarician durante horas y horas, a veces en días enteros, no satisfacen al opiómano, porque pierde en absoluto la noción del tiempo; veinticuatro horas de inconsciencia, han sido para él nada más que unos minutos, una cosa efímera y despreciable. Todo se ha desarrollado con una velocidad vertiginosa, y, como le es necesario proseguir la fantasía, recurre a aumentar la dosis de opio y el número de pipas. Naturalmente, cuanto más fuma, más deseos tiene de seguir fumando. La voluntad no sirve para nada; mejor dicho, no existe más fuerza intelectual ni física que la necesaria para preparar las pipas, y aun ésta falta muchas veces: el borracho no puede moverse de la posición que ha adoptado al principio.

La abstinencia en este grado de intoxicación es verdaderamente terrible. Desaparecidos los últimos efectos eufóricos, toda la miseria fisiológica y moral torna al estado naturalísimo creado por la intoxicación: mareos, vómitos, dolores de cabeza y de las extremidades, trastornos gástricos, diarreas constantes, sensación de opresión en la nuca, en las sienes, en el pecho y la espalda, como si una enorme tenaza apretase fuertemente todo su cuerpo.

Un frío de muerte invade su cuerpo y su alma: el opiómano llora como un niño, babea, se orina, tiembla y se retuerce de desesperación. No puede entrar en calor, porque ni un hierro puesto al rojo

aplicado en las partes más sensibles de su cuerpo le produce la menor sensación: la anestesia es absoluta e irremediable.

Todas las visiones placenteras de la embriaguez se tornan ahora en espectros terroríficos, igualmente irreales: el enfermo se ve amenazado por monstruos que él sólo ve; pretende huir de las amenazas de un asesino, de una fiera o de una tormenta, y corre, corre sin cesar, tropezando y cayendo en todas partes. El frío, que, a pesar de todo, siente, le hace ver llamas que le envuelven y le abrasan, haciendo crepitar sus carnes con el mismo ruido que produce la bolita de shandú al ser tostada en el hornillo. El menor rumor adquiere en sus oídos la proporción desmesurada de un estruendo insoportable. Este delirio alucinatorio se extiende a todo el sistema sensorial: percibe olores que no existen, que pueden parecerle repugnantes o tan extremadamente gratos, que se siente embriagado, y, en este momento, cesan sus trastornos. Se sienta tranquilamente, y así aspira esos aromas, que no existen, pero que a él le enervan. Después torna al mismo estado, y a veces se ve acometido de furiosos impulsos de destrucción. Pierde el sentido del tacto, y extrae, nadie sabe de dónde, unas fuerzas extraordinarias; entonces se hace peligrosísimo para los seres y cosas que le rodean, y no hay más remedio que aislarle o recluirle en una habitación a propósito; llegado a la demencia intermitente, no hay salvación posible. Sí, la hay: más opio. Es preciso, para no verle sucumbir, dejarle fumar más droga. De esta forma la intoxicación se hace crónica, los ensueños siguen y el bienestar no puede conservarse más que a fuerza de pipas y pipas de la maldita droga.

El período de caquexia o de muerte es el siguiente, según un célebre clínico: "La terminación del opiómano es la muerte, pero es la muerte por el opio, si una enfermedad intercurrente no ha hecho su presentación en el campo de este organismo, preparado para que cualquier infección se desarrolle en él de un modo fulminante. Pero si ésta no se presenta, el opiómano muere por trastornos producidos por el estado de abstinencia, por coma o por suicidio, que es frecuente. Este período de caquexia es rápido, en medio de una sintomatología muy intensa de trastornos.

Físicamente, el opiómano adelgaza, se descarna y se vacía. Sus músculos se funden, su piel adquiere un color terroso, su mirada es como la de una bestia, y su cara tiene una expresión idiota. Los pómulos parece que van a romper la piel de las mejillas. Las pupilas, entreabiertas, tienen un tinte verdoso. Los ojos se adivinan,

hundidos, y su esclerótica tiene la frialdad viscosa de la de un cadáver. La piel de la frente, surcada y pegada sobre el frontal, es mate, amarilla, sucia. Los temporales, hundidos. En todo su cráneo casi se adivina las suturas óseas, y las orejas, apergaminadas, parece que van a desprenderse de aquel cráneo de escasos y ralos cabellos. La nariz está afilada, esquelética; los labios, amoratados, dejan ver los dientes negruzcos, con unas encías descarnadas, ulceradas y sanguinolentas. La voz es débil y apagada, y todo el individuo, absorto, tembloroso, sólo pide opio, y por el opio es capaz de todo, de mentiras, indignidades y actos ilícitos.

Si quiere caminar, no puede; el menor esfuerzo es una dolorosa fatiga, y el menor obstáculo, una caída inevitable. No puede llevar a sus labios ni la taza de té. Si, en este estado, se le da una pipa de opio, entonces se anima, respira mejor, su pulso aumenta y su cara adquiere un tinte más brillante. Los párpados se abren, y la palabra es fácil. Pero este período eufórico es breve, y vuelve de nuevo a su estado de sopor, de temblores, de atontamiento general, de pérdida completa de todas sus facultades físicas y psíquicas. El estado de angustia provoca delirios horribles, y el fumador, en este estado lamentable, sufre alucinaciones auditivas de cosas que no entiende, padece de vértigos, de dolores, de neuralgias. Los movimientos respiratorios bajan hasta ocho; el pulso, a sesenta, cincuenta o cuarenta y cinco; la temperatura a menos de treinta y seis grados, y esta hipotermia periférica se acompaña de manchas azuladas en la piel y de edemas en los miembros inferiores que están completamente helados.

En este estado, una causa, por pequeña que sea, un trastorno, algo más intenso, ocasiona la muerte. Y muere por miocarditis, o por asistolia, o por síncope, o por hemorragia cerebral, o por congestión pulmonar, o por tuberculosis, o por lesiones hepáticas o renales, o por infecciones purulentas. Pero si es la intoxicación la que le mata, entonces es la caquexia o la parálisis progresiva del centro bulbar circulatorio y respiratorio con coma apoplético y estertor.

El suicidio es frecuente en el fumador occidental, que se mata en un acceso de melancolía, en un momento de lucidez en que se da cuenta de su vida deshecha y degradada, de su abyección física y moral. Es un instante en que el honor perdido hace su aparición para señalar a aquel desgraciado que lo abandonó todo: salud, reputación, dinero, posición, el cariño de los suyos, el único camino que le queda: eliminarse, sea como sea, como pueda, para evitar

aún los dolores que restan, las indelicadezas que aún pueda cometer, la agonía lenta, idiota de aquel organismo que se ha fundido en el círculo vicioso del veneno." (1).

Los efectos del opio no son iguales en el asiático que en el occidental. El chino, por muy aficionado que sea a la droga, rara vez pierde el dominio de su voluntad. El ejemplo ancestral le hace saber que el abuso es la perversión, la degradación y la muerte; mientras que el empleo moderado del *shandú*, aunque, a la larga, no produce buenos resultados, es compatible con su idiosincrasia. Por lo general, tiene muy pocas ocupaciones que atender, sobre todo si es rico o tiene mujeres que trabajan para él. Pero, esto no obstante, sostiene su vicio con dosis limitadas que no aumenta sino de una manera muy prudente, al contrario de lo que hace el occidental que, en sus impulsos por experimentar las más intensas sensaciones, no repara en la cantidad de humo que aspira, ni cree en los trastornos que pueden sobrevenirle.

Por otra parte, el asiático, aunque pierde el apetito, no por eso deja de comer, que es lo que irremediablemente le sucede al occidental. El chino fumador de opio, entre pipa y pipa, ingiere una taza de té y algún *moshi*, pastelillos muy nutritivos hechos a base de miel y pasta de almendras, que sostienen sus fuerzas, ya que tampoco realizan grandes fuerzos físicos o musculares para perderlas.

El opio ha sido llamado por un autor "el dios terrible de Asia, conquistador de la raza blanca", y es verdad. El opio absorbe bien pronto las energías de los blancos, que no saben fumarlo, que no saben contenerse, que no son capaces de poner el freno que el asiático, pasivo y fatalista, sabe levantar ante sus pasiones. El chino adquiere el hábito del opio de una manera paulatina, y nunca tan violentamente como el europeo que, desde el primer momento, quiere gozar de todas las sensaciones más refinadas. El asiático empieza por masticar las hojas y pétalos de la adormidera, de la pasta del opio, por beber compuestos opiáceos, etc. Poco a poco va habituándose al veneno, de forma que su toxicidad llega a no serle peligrosa, sin experimentar otras consecuencias que las de sus propiedades eufóricas. Además, como dice un autor, con mucho acierto, "el chino viene al mundo con la herencia del veneno ancestral; el opio es para él una religión, un rito, una segunda naturaleza; la

(1) Doctor Antonio Pagador. *Los venenos sociales.*

tierra que pisa es un conglomerado de pétalos de adormidera, y el aire que respira está cruzado por nunbes espesas del humo del opio."

No obstante, en las ciudades del litoral no es raro ver a estos desdichados, como autómatas, como seres despreciables, que se someten a todos los vicios y a todos los horrores. Son los que no han sabido resistir la atracción de la droga, los que no supieron dominar sus impulsos. A poco que se escarbe en su naturaleza, se advierte en estos despojos algún rasgo degenerativo; heredosifilíticos, heredoalcohólicos, deficientes mentales, viciosos por inclinación natural. Pero el chino inteligente, no llega, sino muy rara vez, a tales extremos, porque sabe guardarse del terrible narcótico, bueno para usarle, pero espantoso en sus efectos cuando se pasa de los límites prudentes.

En Europa, los fumadores de opio provienen casi siempre de las colonias asiáticas. En los fumaderos de París y Londres se consume un shandú muy rico en morfina y de efectos casi fulminantes, si se tiene en cuenta la duración normal del período de iniciación. También las intoxicaciones son más fuertes y la destrucción del organismo más rápida.

El occidental se envenena mucho antes que el oriental, y, seguramente, no experimenta ni la cuarta parte de sensaciones que a éste le están reservadas. Hay individuos que, al cabo de dos meses de vicio, han fumado cuanto tenían que fumar; porque la última borrachera les produce la locura o la muerte, ya que el organismo del hombre de Occidente, mucho más débil, suele estar gastado por el abuso de otros placeres, que no anhela el chino.

LOS FUMADORES DE OPIO

Un fumadero en Fu-Chow.—Las características del decorado.—La fumería.—Una escena dramática.—En la ciudad flotante.—El juego y el opio.—Los fumaderos de la canalla.—Los misioneros católicos.—El fraile que merece ser santo.—La virtud y el vicio.—Los comedores de opio.—Cómo se trata a los fumadores.—Los chinos ricos.—La opiomanía en Francia.—Fumaderos londinenses.—Bebedores de láudano. Las prostitutas opiófagas.

El fumador de opio necesita en su torno cierto aparato, una decoración especial que esté a tono con el ambiente que forzosamente han de crear las humaredas de la droga en la imaginación del vicioso. Desde el que fuma shandú cantonés con envase de lujo, hasta el pobre coolí, que se contenta con aspirar el humo infecto del *dross*, o sean las cenizas de las pipas de los fumaderos, necesitan que el lecho que ha de acoger su cuerpo durante el ensueño esté rodeado de cortinas, flores, dragones y quimeras, blandas almohadas, flores de seda o papel, y, en resumen, cuantas fantasías contribuyan a dar cierto color al lujoso gabinete del palacio o la inmunda yacija del antro.

En cualquier ciudad del litoral surasiático, desde el mar de la China hasta el golfo de Omán, las casas de té tienen habitaciones especiales destinadas a la aspiración del «humo divino que apetecen los dioses».

Los más lujosos no siempre son propiedad de los chinos : los europeos y americanos de todas las banderas amasan fabulosas fortunas en poco tiempo en sus aparentemente honestas casas de té, donde si en realidad se bebe la infusión de la aromática planta de Ceylán o Kiufiú, también se fuma el buen shandú de las manufacturas de Cantón y Saigón, rindiéndose, de paso, un culto indiscreto a todas las deidades de la voluptuosidad en sus formas más varias.

Estamos, por ejemplo, en Fu-Chow. En una calle situada cerca del río, hacia la dársena de shampanes de Sin-Li, el famoso exportador chino, hay una casa de té que ofrece al extranjero, en todos los idiomas, un cúmulo de gratas voluptuosidades, desde la taza de *sakké* tibio, que es la bebida alcohólica nacional japonesa, hasta el buen shandú saigonés, pasando por el legítimo jerez de las bodegas de España. El dueño de esta estupenda universidad del vicio es un suramericano: un brasileño que, a juzgar por su siniestra catadura, no debe tener muy tranquila la conciencia. No obstante, entre la abertura de su camisa sport asoma una medalla de oro de la Virgen del Carmen.

Prescindimos de reseñar las lujosísimas habitaciones, que son como reservados de citas inconfesables, y que se abren en la planta baja del soberbio edificio de construcción indígena, y nos pasa, después de andar veinte metros por un corredor, a una amplia habitación ricamente amueblada a base de biombos de laca, porcelanas de Satzuma, vidrios de Imari, *kakemonos*, cortinas de valiosas sedas, divanes de raso... Aquella estancia parece un museo de riquísimas antigüedades asiáticas, que valdrán muchos miles de libras esterlinas.

Monteiro, que este es el apellido del dueño, nos deja en manos de un chino menudo, joven y casi redondo; nada más oírle hablar en correctísimo francés, comprendí que las mujeres no podían preocuparle. Habla también español, porque fué cocinero de un diplomático chino que estuvo destinado en Méjico.

—¿Quielen los señoles fumal una pipa no muy fuelte?...

—Primero queremos que nos hagas ver todo esto.

—Sí, pelo...

—No hay pero que valga. ¿Tú sabes cómo son cinco dólares en oro?

—¿Los tienes ahí?

Le mostré la moneda con la cara del indio recién acuñada. Con el pulgar y el índice la hice saltar al aire, pero ya no cayó en mis manos; podíamos hacer cuanto quisiéramos.

Nos interesaba, principalmente, ver uno de los salones en pleno apogeo, en el que no hiciésemos mal papel; es decir, que tuviese un lecho libre para mi compañero y para mí. Hizo memoria, y nos pasó a un salón donde había dos lechos libres y cuatro ocupados, cada uno por dos fumadores, ya que estos divanes tienen dos cabeceras.

—¿Les plepalo las pipas?—inquirió el chino.

Agradecimos tal honor, regalándole un dólar; para este menester había una chinita bastante bella vestida a la usanza del país, que nada más vernos entrar se levantó de un taburete de laca, en el que estaba sentada limpiando una aguja de plata que utilizaba para limpiar las pipas.

No hablaba más que chino. Por medio del criado, la hicimos saber que queríamos fumar un shandú, que nosotros llevábamos, y que no era más que una pasta opiácea desprovista en absoluto de sus agentes de orden soporífero, o sean, la morfina y la narcotina y otros alcaloides secundarios que pudieran ser perjudiciales.

La muchacha preparó las pipas con habilidad suma. Le dijo al criado que el opio debía ser de la mejor calidad, puesto que desprendía vapores muy tenues. Esto nos tranquilizó.

El fumadero era una estancia amplísima, cuyas paredes estaban cubiertas por grandes plafones de laca y cortinones muy gruesos de magnífica seda, bordados en azul claro, blanco, amarillo y negro. Mariposas, dragones, aves multicolores y peces de múltiples formas eran la fauna más fantástica que puede imaginarse y el motivo de adorno más grato a la vista y a la imaginación. El techo era un artesonado de madera negra, seguramente ébano de Malasia que valdría una fortuna. Cuatro grandes arañas de cristal de luz eléctrica inundaban la estancia en un tono azulenco y suave que realmente invitaba al sueño, aunque la penumbra empezaba a poco más de un metro del suelo. Toda la parte superior estaba perfectamente iluminada, pero como quiera que en la decoración predominaban los tonos obscuros, la luz era absorbida por las lacas y cortinones para devolverla convertida en extraños fulgores nacarados y metálicos.

En el centro de la habitación había una piscina circular de tres metros de diámetro, en la que nadaban muchos peces de diversos colores. El pequeño acuario se iluminaba en varios tonos en cambios constantes, lo mismo que el chorro de agua del surtidor. El efecto era magnífico y bello.

El piso del salón era de parquet encerado, pero unas gruesas alfombras de cincuenta centímetros de anchura y de dos dedos de espesor partían del acuario hacia los lechos embutidos en la pared, formando cada uno un lado del exágono, que era la forma del salón. En cada ángulo ardía una lámpara de aceite de ca-

melia que quemaba esencias vegetales de un humo casi imperceptible y de aroma muy discreto.

Los lechos tenían la misma forma, pero cada uno estaba esculpido y adornado de distinto modo. El nuestro era de nogal, tallado con incrustaciones de laca y esmaltes. Los brazos eran dos serpientes de cobre muy brillantes, que parecían oro viejo; de la lengua pendía un *gong* y de éste un martillo de cauchú semiduro.

Ante nosotros teníamos una mesita de cobre cincelado con adornos de esmalte, sobre la que estaban las dos pipas en una bandeja de laca dorada. La lámpara era de plata repujada, fingiendo dragones esmaltados en verde y rojo claro, que tenían en la boca flores de coral. Y las pipas eran dos magníficas joyas de oro y jade de un verde pálido, que parecía blanco, sobre el fondo obscuro de la bandeja.

La chinita prendió nuestras pipas, que consumimos de cuatro chupadas en menos de quince segundos. Aquello no sabía absolutamente a nada; sólo un leve picor en la lengua, que al principio quedaba pastosa, pero que en pocos segundos recobró su tonicidad. La muchacha nos sirvió una taza de té riquísimo con pastelillos poco mayores que bombones, y se dispuso a cargar de nuevo las pipas, cuyos residuos recogió con sumo cuidado. Aquello no eran más que cenizas completamente inofensivas, aunque ella lo tomaba por *dross* de la mejor calidad.

No se oía el menor ruido en toda la estancia, y eso que entre fumadores y criados nos reuníamos quince personas; nosotros hablábamos en voz tan baja, que teníamos que realizar verdaderos esfuerzos para escucharnos.

En los lechos restantes, los fumadores denunciaban su vitalidad en las bocanadas de humo que exhalaban de cuando en cuando. Los que estaban en el lecho inmediato al nuestro parecían dos cadáveres completamente inmóviles y pálidos: uno era un europeo, que entraba por la mañana y salía de madrugada, a la hora de cerrarse el establecimiento, nada más que el tiempo necesario, un par de horas, para hacer la limpieza. Nos enteramos de que era un médico francés.

Uno, en el lado del exágono frente al nuestro, se levanta del lecho y, con paso lento, como un sonámbulo, viene hacia el acuario. Mira nadar a los peces, y después, igual que un espectro, se acerca a nuestra servidora. No sé qué la dice, y a continuación

la hace una reverencia que casi le obliga a dar con el rostro en el parquet. La muchacha sonríe, y no pasa más. Vuelve al lecho después de haber hecho una inclinación reverente al pasar por la piscina. Está loco.

La muchacha nos dice por señas que es inmensamente rico, y que sus dieciséis hijos se están educando en Europa; viene al fumadero a soñar con ellos, y algunas veces le acompaña su «gran esposa», una antigua *cocotte* francesa, con la que tiene cinco hijos, entre ellos dos muchachas de extraordinaria belleza.

De pronto sonó un gong con su voz de metal muerto. No acudió nadie a la llamada, ni aun el mismo servidor de la fumería, que estaba más próximo al fumador. Este se levantó del lecho, y con andar vacilante, como un borracho, quiso aproximarse al acuario, seguramente para hacer una reverencia a los peces. Tosió de una manera siniestra, y de su boca brotó un chorro de líquido negruzco: era sangre.

Salimos de allí. La fiesta nos había costado diez dólares, mas los seis que recibió el criado para que no nos condujese al salón de los blancos, porque no estábamos por experimentar impresiones más fuertes.

Al salir nos despidió el chino que nos recibiera en el exágono. Dijo que se alegraba de no habernos hecho entrar en el fumadero de los occidentales, porque uno de ellos se había puesto tan grave, que tuvo que ser sacado por una ambulancia. Creía el chino que no llegaría vivo al hospital.

—¿Tú no fumas?—le pregunté.

—No, señol; ni ustedes tampoco, ¿veldad?

—Nosotros hemos fumado cinco pipas ahí dentro—respondí.

Y se sonrió. No es tan fácil, como se cree, engañar a un chino.

Después fuimos a la ciudad flotante de shampanes, que se mecen en las aguas del río Ming. Nos acompaña Monteiro, que conoce bien estos andurriales, bastante peligrosos para los turistas. En uno de los barcos, un viejo armatoste que seguramente navegó armado en corso por las márgenes del río, servía ahora de fumadero de opio; pero como estuviese repleto, decidimos volver a tierra para visitar cualquiera de las casas de té de la calle 39, toda ella habitada por chinos y annamitas.

Aquí, del salón que sirve de reunión para los bebedores formales de té, se pasa a una estancia en la que hay hasta diecisiete lechos. No hay ningún vacío, y, por lo tanto, tenemos que sentarnos

a una mesa, donde se juega a un juego parecido al *mah-hong*. Sobre la mesa, y delante de cada jugador, hay monedas, joyas, alicates de mecánico, gafas, cajitas de shandú, una pistola browning y otras cosas a cuál más absurdas; cada uno se juega lo que tiene o lo que puede a falta de moneda. Pero, a pesar de todo, no se escucha ruido: se respeta el nirvana de los fumadores, como si estuviesen dedicados al culto de un dios fabuloso.

Es un *opium-shop* que funciona con todas las de la ley, satisfaciendo los impuestos señalados por el Gobierno. Claro es que el impuesto lo paga el fumador, abonando unos quince céntimos por cada pipa independientemente del precio de la sesión, que forzosamente ha de abonarse en el *comptoir* a la entrada.

Hay gente de todas clases: coolíes de los muelles, campesinos que vinieron a la ciudad a comprar, por ejemplo, un rollo de cuerda que les cuesta dos o tres centavos, es decir, setenta céntimos o una peseta, para gastarse diez veces más en jugar y embriagarse después de haber hecho dos jornadas de viaje, que serán las mismas que tenga que hacer para regresar sin un céntimo en el bolsillo, pero con su paquete de shandú y de dross convenientemente preparados para que resistan un mes sin descomponerse. Hay también soldados de todos los generales—no puede decirse Gobiernos—, que tienen adeptos en los alrededores, marineros occidentales, pastores nómadas, que están de paso, sacerdotes budhistas de cara siniestra, y, sobre todo, jóvenes invertidos, niñas que ejercen la prostitución en todas sus formas y hasta misioneros católicos que aún en estos antros ejercen su nobilísimo ministerio tratando de rescatar de las garras del vicio a los desdichados que acuden a gastarse el dinero que necesitan sus hijos.

Entre estos misioneros hay dominicos y franciscanos españoles, santos y humildes varones que han hecho por China más bien que todas las potencias juntas y que incluso tienen que sufrir las consecuencias de su misión sacrosanta en nombre de un Dios que no preocupa a los occidentales de todas las castas, que sin moral alguna van a pescar en aquellos ríos revueltos. Sólo los misioneros, hombres que en todos los aspectos son devotos fidelísimos de una moral intachable, se arriesgan a meterse en aquellas guaridas de bandidos, donde se les respeta y ama mucho más que a la policía, inmoral y viciosa, que también anda a lo que cae. Ante la palabra de estos verdaderos santos, ante sus

acciones, ante todos sus sacrificios, su humildad y su limpia pobreza, se aprende a creer en Dios y a conocer los lados insuperables del **Catolicismo.**

Hemos conocido a un fraile español, que por un exceso de santa modestia me suplicó que no diera su nombre. Y no importa: es un misionero español, y basta; todos son iguales en la China, en Africa, en las selvas americanas... Son los ascetas puros que llevan su ascetismo como el más honesto de los deleites, porque en ellos la sexualidad humana se convierte en el afán constante de hacer el bien, placer supremo a que aspiran, sin pensar siquiera en las indudables recompensas que forzosamente recibirán en el cielo.

Es un hombre de unos cuarenta años, fuerte, sano, inteligente y cultísimo. Un desengaño de amor le llevó al claustro cuando tenía diecinueve años, cuando la vida del mundo es más grata y sus excitaciones más poderosas. Una mala mujer convirtió a un hombre en santo.

—Dios la perdone... todo el bien que me hizo—aseguró.

—¿Viene usted mucho por aquí, padre?

—Todos los días engaño a unos cuantos de estos desgraciados. Con las limosnas que recibimos de las personas pudientes realizamos obras de cualquier género, aunque sea de arreglo de calles. El caso es hacer que trabajen estos hombres para darles un jornal, muy poco, ni medio *tael* diario; unos siete reales nuestros, pero que son suficientes para que su mujer y sus hijos puedan comer arroz dos o tres días. Y, sobre todo, para librarles del veneno del opio, que les embrutece y los mata.

Y después, con un gesto que quería ser pícaro, agregó:

—Pero no crean ustedes que todo esto es desinteresado; ¡también el egoísmo prende en nuestros corazones!... Haciendo bueno al coolí, conseguimos que mantengan a sus hijos y no los arrojen a la calle, o los vendan, o los prostituyan, como sucede con esas pobres niñitas que ven ustedes por aquí. ¡Se sufre mucho con estas cosas, créanme ustedes!

El humilde religioso se creía un egoísta haciendo el bien a manos llenas. Todo su afán era no sufrir con el dolor ajeno: ¿cabe más santa y nobilísima bondad, más abnegación, más sacrificio, más fe en el verdadero Dios bueno?...

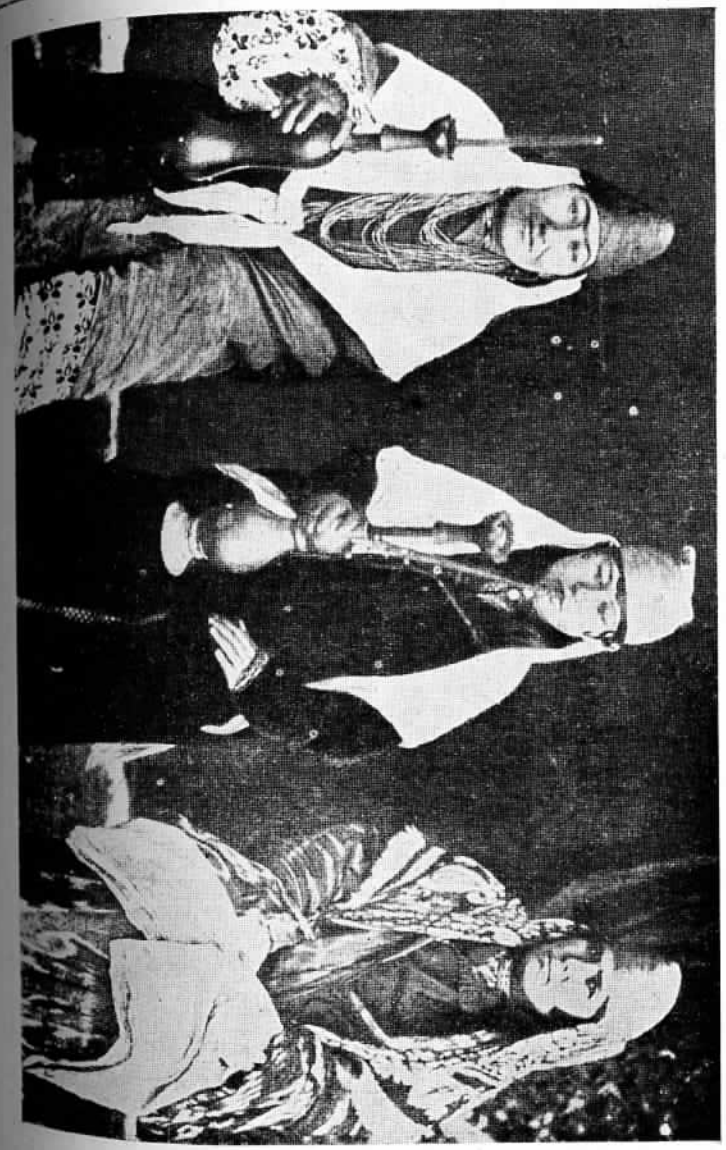
Se sentó con nosotros y pidió un té. En aquel establecimiento, como en todos los similares de Fu-Chow, los religiosos tie-

nen todo pagado. Algunas veces piden una copa de coñac, de kummel, de ginebra o de lo que sea, y con mucho disimulo lo guardan en un frasquito. Pero no es para ellos: algún enfermo lo necesitará para fricciones, para curarse un catarro o para encender una lámpara de alcohol, porque para esto son buenos los licores que mandan los países civilizados.

Nos pidió permiso para sentar a la mesa a una chiquilla que no tendría más de doce años. Aquella criatura había estado en un orfelinato todo el tiempo que su madre, una honrada trabajadora, permaneció con fiebres infecciosas en el Hospital de Liang-Ming. Ahora trabajaba en la recolección del té, a cien kilómetros de la ciudad, y tan pronto como se vió libre de la autoridad materna se echó a la calle, como hacen casi todas.

El buen fraile habló con la niña; necesitaba medio tael para comprarse unas zapatillas, y por eso vino al fumadero. El religioso se rebuscó los numerosos bolsillos del hábito, y apenas si reunió diez o doce moneditas de cobre. Nosotros completamos hasta un tael, unas 3,50 pesetas, y la niña salió del local contenta y feliz, no sin antes haber besado la mano de su bienhechor. A los cinco minutos regresaba con unas magníficas zapatillas y el medio tael sobrante, que quiso devolver al santo insistentemente, «para que ayudase a otra niña», según él nos tradujo. Preguntó a la chiquilla si tenía bastante arroz hasta que regresara su madre, y contestó afirmativamente, y la mandó a casa después de hacerla una lista para que comprase en una tienda inmediata algunos alimentos con el dinero que la había sobrado.

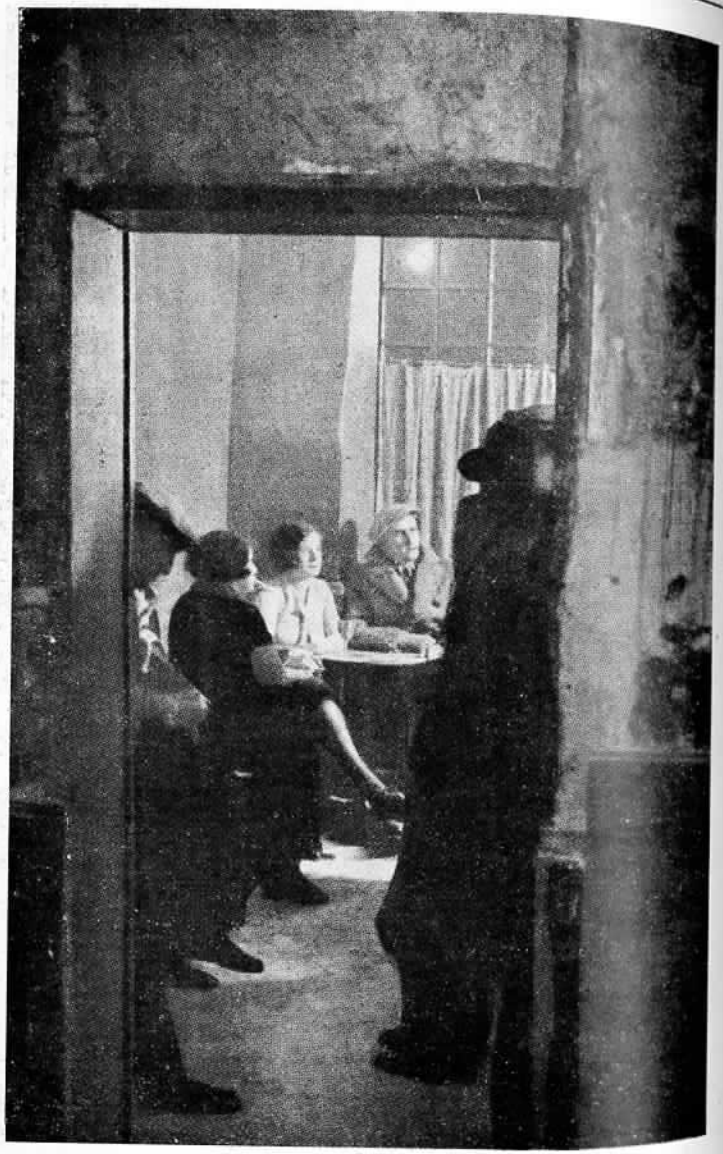
Se despidió de nosotros. Poco menos que a la fuerza le hicimos aceptar un billete de cinco libras, y Monteiro, el brasileño, con cara—y hechos, seguramente—de bandido, le entregó otro tanto. El fraile no sabía cómo darnos las gracias, mientras acariciaba los billetes entre sus manos callosas de trabajador. Creo que le vi unas lágrimas, que fueron a esconderse entre la maraña negra y espesa de la barba. Y dirigiéndose a un grupo de bebedores de té, que esperaban turno para fumarse unas pipas, debió prometerles unas monedas a cambio de su trabajo, porque siete u ocho salieron del establecimiento tras él, seguramente para coger una azada y cavar un agujero en la montaña u otro trabajo cualquiera igualmente inútil en su aspecto material, aun-



FUMADORAS DE HATCHÍS

Las mujeres del Turkestán fuman esta terrible droga en pipas especiales, con el fin de conseguir que el humo llegue frío a la boca.

LAMINA VII



LOS TRAFICANTES DE EUFÓRICOS

Interior de una taberna del «Barrio chino» de Barcelona donde fué decomisada una gran cantidad de estupefacientes que estaban dispuestos para la venta.

LAMINA VIII

que utilísimo desde el punto de vista de la moral del santo varón y de todas las morales nobles y honradas.

Al salir nos tendió la mano, que quisimos besar, pero nos ofreció un crucifijo. Yo besé la imagen con amor. Y con el mismo fervor hubiera besado la frente de aquel verdadero cristiano profesional del bien.

Cedimos el turno a dos marineros franceses de la escuadra, que se empeñaron en invitarnos a una taza de té. Los misioneros y el té son las dos únicas cosas inmejorables que hay en China. Después nos pusimos a observar a los fumadores y a la gentuza toda que invadía el antro.

Este era una pieza cuadrada, de veinte metros de lado. Las paredes eran de cal, que hacía muchos años debió ser blanca, pero que ahora negreaba por el humo de medio siglo. No había cortinas, ni lacas, ni jarrones de porcelana. Algunos trozos de pared ostentaban cuadros en marcos de bambú, que no eran más que páginas de revistas gráficas inglesas, americanas y japonesas; también vi tres escenas de la guerra europea, dibujadas por Matania y reproducidas en la revista gráfica española «La Esfera».

Del centro del techo, lo mismo que la pared, pendía una lámpara de cuatro brazos, en la que sólo lucían tres bombillas eléctricas. El piso era de piedra blanca, parecida al mármol, pero negra por la suciedad de muchos años. El mobiliario que llenaba el centro de la pieza era de todos los estilos, procedencias y épocas: butacas europeas que en sus tiempos mejores debieron pertenecer a algún rico comerciante occidental; sillones frailunos de asiento y respaldo de cuero; taburetes de taberna ennegrecidos por la suciedad y el tiempo; divanes turcos que dejaban ver los muelles y la crin vegetal de que estaban rellenos, etc. Las mesas eran también por el estilo, a excepción de la que utilizaban los jugadores de *mah-hong*, que parecía recién estrenada.

Las diecisiete camas estaban aisladas por trapos cosidos de diversos colores, que querían ser cortinas, sucias y grasientas. Delante de cada lecho estaba la fumería sobre una pequeña mesita de madera pintarrajeada con dragones, mariposas y floripondios de una flora fantástica y arbitraria. Y en todas partes mucha suciedad, mucha grasa, mucho polvo empastado por el aglutinante del sudor, la saliva roja del betel y hasta el producto de

la rebeldía de los estómagos de los fumadores llenos de alcohol, de té y de humo de opio.

Algunos de los clientes que esperaban turno para tomar la pipa, mascaban compuestos de hojas de adormidera, polvo de dross y betel. Esta pasta recibe el nombre de *barachse*, que huele mal y sabe peor. Su composición es a base de hojas de adormidera muy bien machacadas, piel de opio, residuos de té, resina, dross, asafétida, azúcar y betel, con lo que se le da un color rojizo de sangre. Los efectos de estas pastillas, semejantes al tabaco de mascar, se operan muy lentamente: son, como si dijéramos, el aperitivo del fumador más miserable, del que no dispone de la cantidad suficiente para embriagarse con el humo sutil y aristocrático del shandú cantonés o de Saigón.

Esta mezcla opiácea para comer procede comúnmente de Asia Menor, cuyo opio es muy rico en morfina y, por lo tanto, altamente nocivo, aunque no es tan bueno para fumar como lo sea el de Benarés, o Yunnam. La embriaguez producida por la pasta es muy intensa, pero su toxicidad es tan fuerte, que se han dado casos de intoxicaciones mortales.

Las glándulas productoras de saliva se excitan en tal grado, que el masticador se ve obligado a escupirla; el espectáculo no puede ser más repugnante, ya que los esputos parecen de sangre en virtud del tinte rojo del betel.

Uno de los servidores de la fumería se acercó al lecho que ocupaban dos chinos que parecían muertos. Uno de ellos despertó con facilidad y salió del local, pero el otro, perfectamente embriagado, no dió señales de vida. Entonces el servidor le cogió por las piernas y de un tirón brutal le arrojó al suelo. La cabeza rebotó en el pavimento de piedra con un ruido seco y siniestro, pero nadie le concedió importancia. Después, empujándole con los pies, le hizo rodar hasta una puerta inmediata que daba a un cuarto lleno de trastos viejos, y de un empellón le metió en la pieza; yo hubiera jurado que aquel hombre estaba muerto.

El lecho vacío se ocupó en seguida. Un marinero y un chino, tan delgado que parecía transparente, se precipitaron sobre las pipas que ya había preparado el servidor de la fumería inmediata. Ninguno de los dos hizo el menor ruido. La estancia estaba llena de silencio, de suciedad y de olores pestilentes, entre los que predominaba el aroma picante del opio malo.

De cuando en cuando, los servidores sacaban a los opiómanos

poco menos que a la rastra. Pero todo tenía lugar sin el menor ruido, como si aquella asamblea estuviese formada por cadáveres. Algunos de los expulsados, llevaban diez horas tumbados en el lecho mugriento y pegajoso donde seguramente podían encontrarse los más asquerosos insectos.

Los chinos ricos sólo acuden a los fumaderos públicos cuando no están en el lugar de su residencia. Todos tienen en sus casas habitaciones lujosísimas destinadas al consumo de la droga, y allí se reúnen con sus amistades para recitar versos, leyendas y hasta oraciones. El honor más señalado que un chino rico puede hacer a un amigo es invitarle a fumar en su casa unas pipas de buen shandú. Toda la etiqueta social, a la que tan aficionados son estos asiáticos, debe desaparecer en la intimidad del fumadero: ello es una prueba de confianza que el dueño de la casa recibe con agrado.

El decorado de estas habitaciones es siempre suntuoso y del mejor gusto: sedas, lacas, porcelanas y metales preciosos constituyen la base decorativa. Todos los enseres de la fumería son riquísimos y representan verdaderos tesoros. El mobiliario más lujoso es de bronce con incrustaciones de oro, plata y esmaltes de nácar y corales. Las paredes suelen estar adornadas con kakemonos reproduciendo paisajes o escenas mitológicas explicadas en inscripciones poéticas que firman los vates más famosos. En estas habitaciones permanecen los fumadores horas y horas, sin hablar apenas, sin mirarse siquiera, inmóviles como estatuas. Así es como el chino rico se envenena, lenta y hábilmente, soñando con los paraísos búbhicos, donde se fuma un opio que no perjudica, que no mata, que conduce a la felicidad eterna. (Lámina V.)

Pero no es sólo en Asia donde el opio hace estragos: también Europa y América conocen el vicio azul. En París, Londres, San Francisco, Nueva York, Chicago y otras ciudades norteamericanas existen fumaderos de shandú de inferior calidad que el que se consume en Asia, y, por tanto, más peligroso y de peores resultados.

Francia vió extenderse la plaga en el último tercio del siglo XIX. Los militares y funcionarios que habían estado en las colonias asiáticas importaron el vicio y la droga. El puerto por donde aún sigue entrando el opio asiático es Marsella, que cuenta con varios fumaderos, lo mismo que Brest, Tolón, El Havre, Cherburgo, etcétera. En el argot del vicio, se conoce a la droga con el nombre de *confiture*. En estos puertos sirve cualquier taberna de los barrios

extremos o de aquellos en los que pulula el hampa. Pero los fumaderos mejor instalados son los de París. Hubo uno, en el barrio de la Estrella, que es donde más hay actualmente, cuyo propietario era un rico negociante chino de Cantón, llamado Tsing-Ling Fao. Su amante, una bella prostituta, se suicidó con la droga, y el asunto dió bastante que hacer a la Policía y a la Prensa. Con este motivo se entabló una persecución contra los chinos sospechosos, clausurándose varios fumaderos; pero fué inútil: se abrieron muy pronto otros establecimientos con pretextos diversos, por lo general, con el disfraz de casas de modas.

En los barrios de la Chapelle, Neuilly, Charentón, etc., hay unas tiendecitas, regentadas por chinos, en las que se venden fruslerías orientales. Pero lo cierto es que en las *caves* se reúnen muchas personas, prostitutas y antiguos coloniales, que rinden culto al humo de Oriente.

Seguramente, el vicio del opio abunda más en Londres que en la capital francesa, lo que es debido a la mayor abundancia de la colonia asiática, especialmente chinos, que llegaron a Europa trayendo, antes que nada, la pipa y la droga. Un autor asegura que "todas las puertas de las miserables casas de Limehouse Causeway ocultan una fumería y una casa de juego, en donde los miles de coolíes que allí viven encuentran el medio de entretener las dos únicas pasiones que alimenta su alma amarilla: el opio y el juego".

En efecto, todo el barrio conocido con el nombre de Chinatown, es decir, "ciudad china", que se esconde entre las dársenas del Támesis en el East End, sirve de albergue a una multitud de amarillos, que han adoptado los usos de los occidentales, pero que no renuncian a los vicios que constituyen la más inmutable faceta de la tradición de este pueblo.

Las autoridads persiguen con saña a los mercaderes, pero la represión del contrabando de la droga es imposible. Todos los barcos que atracan a los muelles del Támesis, procedentes de Surasia y Extremo Oriente, traen opio y se llevan ampollas de morfina, que también consumen los asiáticos, especialmente los chinos y, sobre todo, las mujeres.

No son sólo los amarillos los que fuman opio en Inglaterra: también los ingleses hacen un consumo enorme de opio en píldoras y en compuestos líquidos, sobre todo el láudano, cuyo uso se halla muy extendido entre la clase obrera. Un autor dice que el láudano hace estragos entre los trabajadores de ambos sexos del Lancashire

y Liverpool, y que en Manchester hubo una época en que el uso de las píldoras de opio por las obreras de las manufacturas de algodón era tan grande y tan notable la disminución de trabajo, que el Gobierno se vió precisado a tomar serias medidas. Tomás de Quincey, del que ya hemos hablado, decía que, a principios del siglo XIX, "muchas personas tomaban píldoras de opio, en lugar de cerveza y alcohol, porque era más barato y de efectos más embriagadores". No obstante, esto me parece exagerado, ya que, entre el bebedor de cerveza y el opiófago, media un verdadero abismo psicológico: el bebedor de cerveza no piensa en la embriaguez, sino que bebe porque le gusta, como hacen la inmensa mayoría de los borrachos; en cambio, el fumador o el bebedor de opio no experimenta el menor placer en la degustación de la droga, cuyo sabor, ya sea fumada o bebida, es siempre desagradable, incluso para los paladares más groseros.

Las mujeres chinas, especialmente las prostitutas, hacen un gran consumo de láudano. Esta bebida la denominan *kuknoar*, y se obtiene por decocción de la cápsula y semillas de la adormidera cuando está más madura que lo que se requiere para la extracción del opio. La embriaguez producida por el láudano se traduce en las mujeres en una alegría estúpida y en una excitación muy fuerte del impulso sexual. La expresión de idiotez del rostro es la característica esencial de la borrachera del láudano, y se observa con gran frecuencia entre las prostitutas amarillas de Oriente. (Lámina VI.)

El barrio chino de San Francisco es también un inmenso fumadero de opio, dada la enorme población amarilla que vive en dicha ciudad. No obstante, no habrá país, como Norteamérica, donde la persecución del contrabando de opio sea más enérgica y menos eficaz.

MORFINA, COCAINA Y COMPAÑIA

Descubrimiento de la morfina.—Sus primeras aplicaciones. — Obtención. — El morfinómano. Fases de la intoxicación.—Psicología del morfinómano. — Trastornos sensoriales y orgánicos.—La cocaína.—Los masticadores de coca. La excitación sexual.—Características de la intoxicación cocaínica.—Las alucinaciones terroríficas. — Los sentidos. — La locura y la muerte. — Las fumadoras de hatchís. — El «kiff».—Los eterómanos.

El opio es un veneno oriental que se ha occidentalizado y que no ha llegado a difundirse tanto como los alcaloides de otros vegetales, como, por ejemplo, la morfina, alcaloide del opio, y la cocaína, que se extrae de las hojas de la *coca*, planta que se produce principalmente en la América del Sur.

Las propiedades narcóticas del alcaloide principal del opio se conocieron en el siglo XVII, pero hasta los años de 1803 y 1806 se empleó con los demás alcaloides opiáceos por no haberse logrado aislarla debidamente, lo que aconteció gracias a las investigaciones de Seguín y Seturner, el cual, en 1806, completó las observaciones de Seguín para que, veinte años más tarde, los químicos Dumas y Lafargue determinasen con exactitud la fórmula de la morfina.

Este alcaloide, no obstante ser bien conocido, se usó con gran prudencia, ya que aún no se había descubierto un procedimiento completamente eficaz para su aplicación; pero, en vista de que sus efectos se acusaban con mayor eficiencia por el contacto directo con las mucosas subcutáneas que mediante su administración por medio de fricciones y aun por vía digestiva, Gabriel Pravaz perfeccionó el sistema con la invención de su célebre jeringuilla, que ha servido de base a todas las demás fabricadas, ya que no podemos decir inventadas.

Puede decirse que en esta primera época no se prestó gran atención a los efectos eufóricos de la morfina, ya que se cuidaba más

de sus propiedades terapéuticas y tóxicas. Ahora bien, a mediados del siglo XIX ya se realizaron estudios acerca del morfinismo crónico, en virtud de los fenómenos observados en los manicomios y hospitales, y muy especialmente en los militares durante la guerra francoprusiana, de 1870, en los que se aplicaban las inyecciones de morfina a los heridos para calmar sus dolores. Puede decirse que la difusión de la morfinomanía tuvo su origen en los hospitales de sangre.

En cuanto a la extracción de la morfina del opio, hay varios procedimientos; pero el más usado es el denominado de Anderson. El opio más rico en morfina, y el peor para fumar, es el de Asia Menor, que contiene hasta un 17 por 100 del alcaloide. Los químicos alemanes guardan el secreto de obtención de un 25 por 100 del opio en bruto.

La obtención se verifica partiendo los panes de opio en trozos muy pequeños, que se maceran en agua destilada durante algún tiempo. El líquido así obtenido es oscuro, pero se clarifica mediante la adición de cloruro de calcio, lo que después se filtra. Al cabo de diversas operaciones, pasados algunos días, la solución se deseca en forma de diminutos cristales, que son los clorhidratos de morfina y codeína. Por último, se trata con amoníaco, alcohol y otros productos hasta que se verifica la recristalización por medio del alcohol hirviendo a 180 grados.

Los derivados principales de la morfina son: la heroína, el pantopón, la narcofina, el paverón y otros; pero los más conocidos en el mundo del vicio son: la heroína y el pantopón.

Aparte de las intoxicaciones de origen terapéutico, el vicio de la morfina se adquiere de muy diversos modos. Por lo general, el individuo que, en virtud de esa literatura nefasta, cree en las descripciones falsas de los novelistas, se decide a "probar" los efectos de una inyección. Otros, especialmente en el mundo del vicio, lo hacen por emulación, por un afán estúpido de no ser menos que el morfinómano, el cual, desgraciadamente, goza entre los que le rodean de un prestigio envidiable, que se manifiesta en su aspecto de superintelectual, de distinguido, de tipo original. Pero la mayor falange está constituída por los *detraqués*, es decir, los hastiados de todos los placeres, casi siempre neurópatas, fracasados, vencidos, enfermos de melancolía, soñadores que necesitan de vigorosos acicates para mostrar su actividad en un orden cualquiera de la existencia... Todos éstos, hombres y mujeres, acuden a la morfina para forjarse

la ilusión de una vida mejor, olvidando sus penas reales, sus agobios y sus preocupaciones.

Verdaderamente, el toxicómano es un ente que se sale de lo vulgar, destacando en cualquier orden de la actividad. Los artistas y las prostitutas constituyen casi siempre lo más selecto de los toxicómanos. Es el fracaso espiritual y material de la vida lo que les empuja al vicio; son gentes sin voluntad ninguna, que sucumben a las más débiles excitaciones de una manera irremediable.

La primera inyección produce casi siempre trastornos muy molestos, que no todos soportan, hasta el punto de que, para siempre, ese pinchazo fué el primero y el último. El período de comienzo trae como consecuencia síntomas de la intoxicación más o menos grave; en algunos lo ha sido tanto, que han llegado al colapso cardíaco y a la muerte. Detrás de los tres o cuatro primeros pinchazos, no se sabe lo que puede ocurrir, a no ser que sea el médico quien los prescriba.

Se sufren dolores de cabeza, náuseas, vómitos, sequedad en la boca, inapetencia, etc. Durante una o dos semanas, que es el tiempo que puede durar el "aprendizaje", el individuo tiene que luchar entre los desarreglos orgánicos y la euforia producida por la droga. Por lo general, para un ser perfectamente equilibrado, los inconvenientes son más molestos que agradables resultan las ventajas voluptuosas.

Las prostitutas se habitúan en seguida al uso de la droga, porque su incultura no les deja pensar demasiado en los efectos. No obstante, a pesar de su mentalidad, estas desgraciadas tienen sentimientos, dolores y penas que el ambiente ordinario no mitiga nunca. Habituadas a toda clase de padecimientos, ni el dolor del pinchazo ni el trastorno orgánico son bastantes para hacerle retroceder; otra compañera, ya morfinizada, insiste en asegurarle que no hay penas que resistan a la inyección, y, como, en efecto, esto es lo que ocurre, las consecuencias no se miden nunca. La prostituta es un animal de costumbres, que vive "al día"; las amarguras del ayer las enjuga en los placeres del hoy, sin pensar nunca en el mañana. Y esta moral se contagia rápidamente al hombre que las trata.

Después de salvados los primeros obstáculos, no cabe duda que la morfina crea un estado eufórico que dura tanto como sus efectos; después sobreviene el desaliento y, con ello, la angustia, la ansiedad de inyectarse más droga. La abstinencia es insoportable cuando el hábito se ha apoderado del individuo. El morfinómano que, por falta material de droga o porque haya puesto a contribución su volun-

tad, no se inyecta, es como una masa inerte: pierde la facultad de pensar, de razonar y hasta de hablar algunas veces. La memoria le falta casi siempre, y, para comprender una frase, para sostener cualquier conversación o dar una orden, tiene necesidad de realizar un esfuerzo inaudito. Si lee, tiene que empezar de nuevo el párrafo; si escribe, la pluma se le cae de las manos; si está comiendo, empieza por el postre o por el café... No hay espectáculo más terrible para una persona de sensibilidad normal que verse con un sujeto que hace poco tiempo era inteligente, locuaz y simpático, y que ahora se muestra torpe, reservado y adusto.

Si son dificultades materiales las que se oponen a la satisfacción de su vicio, llega a las situaciones más ridículas y extremadas. Sé del caso de un militar, muy inteligente y culto, que estuvo sirviendo de "gancho" a una vieja prostituta durante más de dos meses, porque esta mujer era la única persona que podía facilitarle la necesaria dosis de morfina. Este individuo había sido expulsado del Ejército por cometer un desfalco de alguna importancia.

Siendo la morfina un derivado del opio, las manifestaciones de la intoxicación difieren poco de las de éste. En cuanto a los trastornos psíquicos, un especialista dice lo siguiente: "La intoxicación morfínica destruye la inteligencia más sólida, convirtiéndola en un monumento de cenizas". En efecto, el individuo más inteligente pierde la memoria casi en absoluto y, a lo mejor, no se acuerda de lo que hizo cinco minutos antes: son verdaderos casos de amnesia. El sentido moral se deforma de tal manera, que el incesto, el adulterio, el robo, la mentira y todas las manifestaciones perversas tienen lugar como si se tratase del acto más natural. El egoísmo es tal que, un morfinómano, no titubea en ponerse la inyección que el médico tiene en aquel momento como único medio eficacísimo de salvarle la vida a un hijo.

Si ha experimentado antes los trastornos motivados por la falta del veneno, el miedo a quedarse sin él le impulsa a cometer toda clase de desmanes. Un desdichado asesinó a una anciana en una ciudad francesa para robarla doscientos francos que le costaba una caja de inyectables. Como se comprobase que podía haberse apoderado de mayor cantidad, le interrogó la Policía acerca de este punto, contestando el criminal que no necesitó más dinero, puesto que sólo podían venderle una caja de morfina.

Los trastornos sensoriales son menos destacados que en la intoxicación de opio. Donde más se advierten los efectos de la intoxicación es en los sentidos de la vista y el tacto; la desigualdad pupilar es uno de los principales síntomas del último período de la intoxicación aguda, así como la anemia total del aparato visual. El temblor de las manos impide al intoxicado tomar los objetos que casi siempre se les caen por no tener fuerza en los dedos.

Los trastornos orgánicos son generales: la sangre, envenenada, circula mal; el aparato respiratorio funciona lentamente; la respiración es entrecortada, irregular, con sensación de ahogo, aerofagia, etcétera; los desarreglos gástricos son muy variables, pues empieza por faltar el apetito; las digestiones son dolorosas y difíciles y la asimilación es casi nula, lo que produce tal delgadez que el enfermo llega a quedarse, como se dice vulgarmente, en los huesos. El estreñimiento es tan pertinaz, que las defecaciones llegan a hacerse imposibles; hay intoxicados que se pasan ocho y diez días sin eliminar la menor cantidad de residuos intestinales, aunque, de pronto, pueden presentarse verdaderos accesos diarréicos, de un olor característico y profundamente fétido. El aliento huele muy mal, como consecuencia de las putrefacciones intestinales, y puede percibirse a varios metros de distancia.

A consecuencia de los pinchazos de la aguja hipodérmica, se producen traumatismos vasomotores y alteraciones de la piel, tales como flemones, abcesos, granos y llagas. La causa de estos desarreglos está también en la deficiente nutrición de las células que forman los tejidos y, muy frecuentemente, en la falta de desinfección de la aguja y la jeringuilla, que el morfinómano lleva en los bolsillos, de cualquier forma, sin lavarlas nunca.

El tipo de morfinómano más frecuente, el "proletariado de la morfinomanía" como dice un especialista, lo constituyen los desdichados que ya están en el más franco período de degeneración. Estos se inyectan en cualquier parte: en el teatro, en un evacuatorio público, en un portal oscuro. Yo he visto a una elegante señora darse el pinchazo en un café de Madrid. Su distracción era tal, que no se daba cuenta de que yo la estaba viendo un muslo y todos los detalles de la maniobra. Había extraído la jeringuilla del bolso de mano, juntamente con una ampolla, que después arrojó al suelo, vacía. Esperé hasta que marchó, y recogí el recipiente, analizando después sus residuos.

Por otra parte, no hubiera sido necesario el análisis de la ampolla vacía: la mirada apagada y triste, su delgadez, sus ademanes

lentos e incluso un estado de idiocia que se advertía claramente, denunciaban el vicio de la desdichada.

El doctor Pagador refiere el caso de una dama de la aristocracia madrileña que adquirió el hábito a consecuencia de un tratamiento médico y del abandono, por parte del especialista que la asistía, en manos de la enferma, de una jeringuilla y una caja de comprimidos de morfina. "En dos o tres años—dice—vimos la caída rápida, fulminante y desconsoladora de aquella infeliz mujer que, perdido todo instinto de conservación, llevó, con su vicio, la ruina del hogar, la desmembración de la familia y su propia abyección. Murió en el hospital de la Princesa, y aquella mujer, que daba brillantes fiestas y veía su casa concurrida por la "gente bien", no tuvo a la hora de su muerte otra mano amiga que cerrara sus párpados que la de la Hermana de la Caridad que estaba de guardia."

Las condiciones en que la mayoría de los morfinómanos se inyectan el veneno son siempre las más opuestas a la higiene. La morfina que se procuran, en polvo, que es más barata que los inyectables, la disuelven en agua, a lo mejor tomada en la cascada de cualquier retrete. Algunos llevan en el bolsillo una pequeña probeta para hacer la dosificación del líquido; pero la mayoría hace la mezcla de cualquier manera, a bulto, sin medir nunca la dosis: ni de polvo ni de agua. En el mismo recipiente donde se ha hecho la mezcla, que, por lo general, es un frasquito de boca ancha, se carga la jeringuilla, y, sin desinfectar la aguja ni la parte de piel que ha de recibir el pinchazo, se ponen la inyección, a lo mejor, con una aguja despuntada, que afilan con saliva, frotándola contra cualquier superficie lisa. A veces se producen infecciones que se manifiestan en llagas purulentas de un olor fétido. Yo he visto a un morfinómano que tenía la piel de los muslos y los brazos completamente ulcerada desde hacía tres años. Afortunadamente, pudo curarse del vicio, y las úlceras que habían resistido a todos los tratamientos desaparecieron con el hábito.

Nadie puede imaginarse el grado de abyección a que llegan estos desdichados toxicómanos, ni los procedimientos de que se valen para procurarse la droga y que veremos en el capítulo próximo. La muerte del morfinómano sobreviene casi siempre por colapso, o a consecuencia de una enfermedad que, para los no intoxicados, no tendría importancia, tales como la gripe, la pneumonía u otra dolencia intercurrente, cuyo pronóstico en el morfinómano es siempre grave.

Después de la morfina y sus derivados que, sobre poco más o menos, producen trastornos idénticos, viene la cocaína, conocida por los viciosos con el diminutivo de *cocó*: es la droga preferida por las mujeres y los afeminados.

La cosa, que es el árbol de donde proviene la cocaína, era conocida hace muchos cientos de años por los indígenas del Perú y Bolivia, como lo prueba el hecho de haberse encontrado en las tumbas hojas de dicho vegetal. Para los incas peruanos, la coca tuvo un valor inmenso, ya que se creía que su origen era divino. El terreno donde se producía la planta tenía carácter sagrado, y nadie podía penetrar allí sin arrodillarse antes y rezar una plegaria al dios Sol. Además la utilizaban como moneda en las transacciones con los pueblos inmediatos que no tenían la suerte de que el árbol se produjera en sus terrenos.

El descubrimiento de las propiedades eufóricas de las hojas de la coca se debe a los españoles. Las primeras noticias se deben a las investigaciones realizadas por el religioso Tomás Ortiz en la mitad del siglo XV, que vivió entre los indígenas peruanos estudiando sus usos y costumbres.

Modernamente se utilizan diversos procedimientos para el cultivo de la coca; su multiplicación se hace por medio de una semilla que se planta en viveros de los que se sacan los pies cuando ya han adquirido cierto desarrollo. Hasta los dos años y medio no producen hojas aprovechables; pero, a partir de entonces, la recolección se efectúa en los meses de marzo, julio y octubre.

De estas hojas se extraen varios alcaloides, pero el principal es la cocaína. Los indígenas americanos acostumbran a masticar sus hojas cuando están desecadas a la acción del sol. Efectivamente, la masticación, que produce gran cantidad de saliva, proporciona al organismo mayor resistencia emanada de un estado eufórico muy duradero. El sabor de las hojas de coca es amargo y estringente; pero, cuando se adquiere el hábito de masticarlas, su sabor resulta bastante agradable.

El principal centro elaborador de la cocaína es Alemania; pero también se han descubierto fábricas clandestinas en Egipto, los Balkanes y Austria. En París funcionaron algunos establecimientos, pero la Policía acabó con ellos en pocas semanas.

La difusión de la cocainomanía tiene sus centros en los cabarets y sitios galantes, y muy especialmente en los gabinetes de masaje, que en nada se diferencian de las casas de prostitución.

La cocaína es la droga que produce mayores excitaciones sexuales, por lo que la emplean las prostitutas e individuos viciosos, generalmente los pervertidos sexuales. Es más: la intoxicación cocaínica produce tal exaltación del impulso sexual que, en muchos casos, ha sido origen de la perversión del impulso, aunque no existieran en el individuo antecedentes graves. No obstante, los neurópatas, los desequilibrados "normales", ansiosos de placeres de todo género, los que tienen su ambiente entre las gentes de vida alegre, son los más fieles devotos de la *cocó*.

Es el alcaloide más fácil de tomar y el que necesita menos preparativos, ya que el polvo se aspira por la nariz o frotándose con él las encías y algunas veces, muy raras, en inyecciones.

Las características de la intoxicación cocaínica se diferencian poco de las de los otros tóxicos eufóricos. Los primeros efectos se traducen en una sensación de frío que invade todo el cuerpo, especialmente las extremidades. A continuación, el individuo reacciona y manifiesta grandes deseos de hablar, de discutir, de divertirse. Ríe por nada, y todo le es agradable: la euforia es completa. La excitación del impulso sexual adopta formas muy variadas, según la naturaleza del individuo. Por lo general, el cocainómano cree que se enamora ciegamente de una mujer, casi siempre de aquellas que puede conseguir con más facilidad y sin ningún esfuerzo. En efecto, durante lo que pudiéramos llamar "período de conquista", no hay mujer que desdeñe la conversación del toxicómano, que se manifiesta locuaz, simpático y ocurrente: todo le parece fácil y no retrocede ante nada. En este "punto" es cuando se planean las juergas, se hacen las promesas y se ejecuta toda clase de pequeñas locuras.

A la excitación psíquica sucede bien pronto la excitación carnal. El cocainómano necesita satisfacer su impulso, porque la excitación es máxima y no puede contenerse. Se busca entonces el lugar propicio, y, cuando llega la hora de la máxima intimidad, el desdichado experimenta el orgasmo antes de tiempo, se ve impotente para repetir el acto y se queda dormido como un tronco. Este sueño suele durar una o dos horas, al cabo de las cuales sucede un estado de verdadera embriaguez, que se diferencia poco de la alcohólica. También pueden presentarse crisis de tipo epiléptico, accesos furiosos, afán de golpear, de destruir, de insultar, etc.

La angustia, la tristeza, la enorme fatiga producida por los esfuerzos más débiles impulsan al cocainómano a repetir la toma de la dosis; ya estamos en el círculo vicioso de todos los eufóricos.

Cuanta más cocaína tome, más necesitará tomar: es la eterna cadena sin fin de eslabones terribles.

Al cabo de poco tiempo, los deseos sexuales, cada vez más intensos, llegan a no poderse satisfacer. Los músculos no responden y la turgencia es imposible. El vicioso recurre a todos los artificios, a todas las perversiones: grandes sádicos, masoquistas, inventidos, etcétera, han empezado a pervertirse a consecuencia de la embriaguez cocaínica.

La mirada del toxicómano se hace borrosa; a dos metros de distancia no percibe los detalles de un objeto. El color terroso del rostro, la blandura muscular, la frialdad de la piel, la dificultad de hablar y la expresión de idiotismo, son los síntomas inconfundibles de la intoxicación. Suda copiosamente aunque esté desnudo y expuesto al frío; babea incesantemente; las secreciones nasales le corren por los labios, y no se da cuenta de ello...

Las alucinaciones son frecuentísimas y en las formas más graves. El individuo se torna desconfiado, irascible y adusto. Cuando pasa delante de un grupo de personas, cree que están hablando de él; vuelve a pasar. y entonces se persuade de que le están insultando o condenando su conducta. Esta forma de alucinación es la más peligrosa, pues el desdichado se aproxima a los que hablan para pedirles explicaciones de sus insultos, lo que no ha existido nunca más que en la imaginación del toxicómano.

En sus insomnios, frecuentísimos, está en un estado de duermevela que le fatiga y le rinde. Entonces, cualquier sombra, un detalle del decorado de la habitación, un objeto cualquiera, adquiere para el enfermo proporciones monstruosas y fantásticas: son insectos terroríficos, reptiles gigantescos que le quieren aprisionar, cadáveres putrefactos que le rodean por todas partes, hombres de expresión siniestra que tratan de asesinarle... Entonces, grita, se levanta, arremete contra esos fantasmas, destruye cuanto encuentra a su paso y parece presa de un ataque de locura. Después se duerme; pero, al final del corto sueño, vuelven las apariciones: tiene que tomar más droga.

El sentido del tacto resulta morbosamente afectado: experimenta la sensación de que le corren por el cuerpo insectos fríos y viscosos, nota pinchazos de alfileres imaginarios, golpes, arañazos, etcétera. Cree que todo el mundo se ha confabulado contra él, y, para librarse de enemigos terribles, emprende viajes o se refugia en las habitaciones más apartadas de la casa. Oye pasos y amenazas muy

cerca de él, y, si tiene un arma de fuego, dispara contra sus supuestos enemigos. En el amor son celosos, y en las protestas de fidelidad de la amada descubre frases que, a su juicio, evidencian la traición, acabando por forjar confesiones que jura haber escuchado de labios de la amada.

Tal estado se presenta al poco tiempo de haber empezado el vicio. Pierde en absoluto el sentido moral, y nada le detiene en sus deseos. El final es la demencia y su reclusión en un manicomio, si antes no tuvo un momento de lucidez en el que, dándose cuenta de la miseria moral y fisiológica de su vida, se arrebató la existencia de un tiro o de cualquier otra forma.

En cuanto al hatchís, puede decirse que es poco conocido en Europa, si bien su uso puede advertirse en algunas ciudades del Sur del Continente inmediatas al Asia Menor y Egipto, que es donde más consumo se hace de esta droga, obtenida del cáñamo indio y que ya hemos aludido anteriormente. El hatchís se cultiva mucho en Grecia; pero donde más se fuma es en Egipto, especialmente en El Cairo, donde produce bastantes víctimas.

Se fuma en casi todo el Asia. En el Turquestán lo fuman las mujeres de las clases acomodadas, especialmente las esposas de los grandes personajes. Para ello utilizan unas pipas muy originales, construídas por una calabaza especial, en la que practican un orificio por el que extraen la pulpa, y otro para aplicar la boquilla en la base del recipiente. En la parte superior colocan el hornillo, que es una cazoleta de barro muy fino, agujereada en la base, a la que se ajusta un tubo de bambú que se acopla al orificio superior de la calabaza. Un serpentín de cobre enchufa con el tubo del hornillo, y su salida se une a la boquilla por la base de la calabaza. Esta boquilla suele ser de oro, plata o marfil. El recipiente se llena de agua fría, cuyo objeto es enfriar el humo que pasa por el serpentín. (Lámina VII.)

La embriaguez producida por el hatchís en la mujer es más benigna que en el hombre, porque lo usan con más moderación. Otras veces lo mezclan con tabaco, en proporciones variables, y esta mezcla es lo que constituye el *kiff*, tan apreciado por los árabes, especialmente los de Argelia y Marruecos.

Los efectos del hatchís son parecidos a los del opio, salvo la producción de esas extrañas energías, que equivalen a la exaltación de los pensamientos o aficiones del que lo fuma. También se presentan alucinaciones parecidas a las que produce la cocaína; el

final del hatchischino es la locura; pero, si la supresión del hábito se realiza de una manera brusca, puede sobrevenir la muerte, según se ha observado en numerosos casos.

Por último, nos referiremos a la *eteromanía*, o sea el vicio de beber o aspirar éter. En dosis pequeñas, su ingestión produce excitación sensorial y una embriaguez parecida a la alcohólica. El eterómano que llega a soportar grandes dosis, se torna impulsivo, en accesos de verdadera locura. Cuando se toma en inhalaciones, que es la forma más frecuente, origina un estado de somnolencia que puede producir la anestesia, cuya es la finalidad esencial de su empleo en Medicina.

En general, la embriaguez del éter procura al eterómano un bienestar parecido al que resultaría de un anestésico total. No hay ensueños eróticos ni visiones fantásticas; no es más que una sensación de quietud, de aislamiento del mundo exterior, de todas las personas y cosas que existen alrededor. Pero esto no quiere decir que no puedan ocurrir trastornos graves, tanto como lo sean los ocasionados por otro eufórico cualquiera. El que cae en las garras de este veneno, se libra de él muy difícilmente, y no siempre prescindiendo de él en absoluto, sino por medio de los procedimientos de desintoxicación, que sólo pueden prescribir los especialistas inteligentes, en los que el enfermo debe depositar su fe y sus esperanzas.

EL TRAFICO DE ESTUPEFACIENTES

La guerra del opio.—El vicio del opio impuesto a cañonazos.—Los organismos represores. La vigilancia del tráfico en Asia.—Los piratas de Hong-Kong.—Introducción de la morfina en China.—La destrucción del país.—Los estupefacientes en Europa.—En Marsella.—Cómo se realiza el contrabando.—Procedimiento de los contrabandistas.—El truco del «brazo roto».—Los traficantes de Barcelona.—La Policía española.—Aspectos de la represión.

Se comprende fácilmente que todas estas drogas eufóricas tan codiciadas sean objeto de una persecución sistemática por parte de las autoridades de todos los países, ya que sus efectos son terribles para la Humanidad. Pero como quiera que el vicio no se detiene ante las barreras legales y morales, de ahí que las gentes sin conciencia hayan encontrado en su contrabando un riquísimo filón que produce beneficios incalculables, de los que muchas veces disfrutan los mismos elementos que tienen la misión de perseguir este tráfico perfectísimamente organizado.

Ocurre con los estupefacientes lo que con la trata de blancas a base de «paquetes de peso legal», que el toxicómano, como la prostituta, es el primer interesado en ocultar la procedencia de la droga y en rodearse de toda clase de garantías para que nunca pueda faltarle, lo que consigue protegiendo o encubriendo a la persona que facilita el tóxico, sin el cual no podría vivir. Todavía en la trata de blancas cabe la denuncia más o menos anónima, pero en los negocios de estupefacientes los «soplos» son rarísimos: no tienen más enemigos que la Policía, y la traición puede decirse que es desconocida.

La historia de la difusión del vicio del opio en casi todo el mundo, y más especialmente en China, empieza con una guerra motivada por Inglaterra, y que es una de las mayores vergüenzas de la civilización.

Desde el año 1400, todos los emperadores chinos realizaron enormes esfuerzos por impedir la exportación de opio, persiguiendo a los fumadores, a los que se castigaba con la pena de muerte. Estas medidas dieron escaso resultado, y a partir de la dominación inglesa en las Indias, las medidas de las autoridades resultaron completamente ineficaces, ya que Inglaterra obtenía ganancias considerables enviando a China el opio que se elaboraba en Benarés. El Gobierno chino protestó respetuosa y enérgicamente contra este comercio, pero la puritana Inglaterra no hizo el menor caso, y siguió enviando barcos repletos de la droga, que era introducida en todo el Celeste Imperio.

Harto ya el Gobierno del emperador Ling de protestar sin resultado, y viendo que cada día eran más terribles los estragos producidos por el opio entre sus súbditos, un buen día, allá por el año 1839, fué arrestado el intendente inglés Elliot, a la vez que se verificaba el hundimiento de dos barcos cargados de opio que esperaban para ser desembarcados en la bahía de Cantón.

Con este motivo, Inglaterra declaró la guerra a China: así empezó la «guerra del opio», todo porque un país semicivilizado se oponía a que sus súbditos se envenenasen con la droga, que a costa de tanta sangre introdujeron dos países supercultos: Inglaterra, que producía el opio, y Francia, que elaboraba el shandú en sus manufacturas de Saigón.

La soberbia Albión, naturalmente vencedora en aquella guerra inhumana y a todas luces criminal, reclamó en el tratado de Nankín que China le abriese cinco puertos para introducir libremente el opio que se producía en la India Inglesa y se elaboraba en la Cochinchina Francesa.

El Gobierno chino prosiguió su campaña contra los consumidores de la droga, pero todo fué inútil: de 1842, en que terminó la guerra, a 1878, la importación alcanzó de 40.000 cajas a 180.000, con un valor total de 130 millones de libras esterlinas.

Posteriormente se hicieron más reclamaciones, pero todo fué inútil: Francia e Inglaterra se habían propuesto sacar jugo a sus colonias, y lo han conseguido asesinando con el veneno a muchos millones de chinos. Hoy se sigue produciendo el opio, no sólo en la India, sino también en China. Aquí lo explotan los ingleses en unas partes y los franceses en otras, obteniéndose beneficios incalculables que nadie dice, pero que muchos sabemos.

En estas condiciones, un organismo internacional quiso elevar su protesta ante tantísimas quejas como se recibían de China y hasta del Japón, no por sentimentalismo en este último país, sino porque ya no había ocasión de tomar parte en el reparto del inmenso botín que representaba el cultivo de la droga más mortífera y rica que se conoce.

Se han celebrado conferencias, asambleas y reuniones de todo género con el fin de atender a la restricción de la producción del opio, de su exportación, de su consumo, etc. Todo esto no ha sido más que una comedia bufa, ridícula y absolutamente infame, ya que se pretendía, nada menos, que contrariar las determinaciones de Inglaterra y Francia, que son los países europeos que más influencia tienen en Asia.

No cabe duda que en Asia, especialmente en China, se vigila con gran cuidado el tráfico del opio. Ahora bien, los traficantes perseguidos son los desdichados que en una pequeña embarcación intentan introducir unos kilogramos de la droga para venderla más barata que Inglaterra o Francia. Es el monopolio detentado por esos países, y hasta los buques de guerra protegen los intereses de las Compañías, pero jamás para oponerse, en nombre de los Gobiernos, a la propagación del veneno. Luego es perfectamente ridículo hablar de la Sociedad de Naciones, de la Conferencia de La Haya, del Convenio del Opio y de otras zarandajas semejantes, cuando lo que es verdad, lo real y evidente, es el comercio, es decir, el envenenamiento legal de China por las potencias interesadas en el tráfico.

Con las conferencias y acuerdos internacionales se ha conseguido únicamente aumentar el precio del shandú, lo que si no ha producido una disminución en el número de fumadores, ha dado como resultado que los traficantes ingleses obtengan beneficios anuales, sólo en China de más de 500 millones de libras esterlinas al año. El gran depósito de opio de Hong-Kong, propiedad de Inglaterra, es el punto de partida de todo el opio que «legalmente» se consume en China, y, además, la alegre base donde viven lo mejor que pueden los funcionarios encargados de la represión del contrabando, que hacen los pobres coolíes para ganarse el arroz. Muchos de esos supuestos actos de piratería de que nos habla la Prensa de cuando en cuando ocurridos en las inmediaciones de Hong-Kong, no son más que asaltos a los buques del Gobierno que transportan opio, o represalias por el hundimiento de algún «junco» chino contrabandista. Lo de la piratería china

es una leyenda bastante desacreditada para justificar la desaparición de muchos cargamentos de opio...

El aumento de precio del opio dió lugar al chino a un nuevo vicio: la morfina. Pero también Inglaterra, que en estos aspectos no se descuida, empezó a exportar el alcaloide con la mayor naturalidad. Esto aconteció al principio de la Gran Guerra, con gran extrañeza de las autoridades de Hong-Kong, las cuales protestaron ante el ministro de las Colonias de una manera respetuosa, diciendo que toda la morfina que consumían los chinos procedía de las fábricas londinenses. Entonces el gobernador de la colonia se negó a transmitir la protesta por considerarla injuriosa para el Gobierno, ya que sólo dejaría de exportarse morfina tan pronto como las demás naciones hicieran lo mismo.

El Japón también sacó astilla de este nuevo negocio, pues aunque sus leyes y su moral se oponen al empleo de los estupefacientes, muchas fábricas se dedicaron a enviar a sus eternos enemigos, los chinos, millones de jeringuillas para inyectar el alcaloide. En resumen: que todas las naciones civilizadas, sin omitir a Alemania y los Estados Unidos, se dedican a envenenar al pueblo chino, cuyos 500 millones de habitantes constituyen lo que se denomina el «peligro amarillo», y que algunos sociólogos estiman que es necesario conjurar por medio del adormecimiento que en la raza produce el empleo inmoderado de los estupefacientes.

La incultura del pueblo chino, sus revoluciones políticas y militares constantes, su fanatismo religioso y el fatalismo ancestral de la raza, son el terreno abonado en que prosperan todos los vicios deprimentes que pueden afectar a la desdichada población de la Celeste República completamente degenerada. Por eso, una gran parte de las razones del tráfico de estupefacientes en el Extremo Oriente se explica por esas tendencias inhumanas que no dejan de inspirarse en el instinto de conservación de los pueblos occidentales que temen el despertar de la inmensa masa de millones de habitantes que constituyen la población de este pueblo bárbaro y prolífico.

Todas las colonias francesas e inglesas sufren las consecuencias de la difusión de las drogas eufóricas que empezaron a extenderse por Asia. Y no es lo peor que el vicio haya prendido en los indígenas, sino que muchísimos funcionarios del Estado han

sido víctimas, y lo siguen siendo, de los venenos cuya difusión autorizaron o fomentaron de una manera o de otra.

Europa no necesita del concurso de Asia para envenenarse, más que en lo que se refiere a la producción de la materia prima. Palestina produce opio suficiente y muy rico en morfina para invadir a todo el continente pálido desde las fábricas de los Balkanes y de Alemania, sin olvidar lo que sale de Inglaterra.

En Viena, Bucarest, Stambul y Atenas no es nada difícil procurarse cuanta morfina se desee, ya que su comercio es poco menos que libre. La salida a los puertos es muy fácil, aparte de que una vigilancia minuciosa sería, a más de costosísima, completamente ineficaz.

En los puertos ingleses de Londres, Dover, Cardiff, Newcastle, Hull, etc., hay gentes que se dedican a exportar al continente cantidades respetables de morfina procedentes de las fábricas del Támesis.

En los puertos franceses del Mediterráneo, especialmente Marsella, hay instalaciones dedicadas a envasar drogas eufóricas que después se reparten por los países que baña dicho mar hasta el Norte de Africa. Por esto es Barcelona una de las puertas de entrada de dichas drogas en nuestro país, ya que la comunicación con Marsella es facilísima y constante. Marsella es el gran centro exportador de estupefacientes y prostitutas, los dos paraísos más gratos a la humanidad viciosa.

Detrás de la Cannebiere, el hermoso paseo marsellés, es donde están los fumaderos de opio, cabarets y antros donde se reúnen gentes de todo el globo, porque Marsella es la primera escala importante que hacen en Europa los buques que vienen de todo el hemisferio Sur del globo. Aquí se descargan de contrabando todos los navegantes, cargando lo que les conviene. El apachismo marsellés, más terrible que el de París, absorbe casi por entero el tráfico de las drogas heroicas. La Policía no puede hacer más de lo que hace para impedir este contrabando constante perfectísimamente organizado. De nada sirve la vigilancia constante de las personas que entran y salen en los barcos, ya que los contrabandistas cuentan con medios múltiples para burlar la vigilancia de las autoridades.

En una ocasión se desembarcó un importante cargamento de opio elaborado en cuatro grandes cajas de madera que venían de Saigón consignadas a la Comisión organizadora de una exposi-

ción colonial, con la declaración de «Loza muy frágil». Todos estos productos penetraban libremente en el territorio francés, y como el remitente era una autoridad de la colonia, nadie podía sospechar el fraude. Todo se redujo a la falsificación del conocimiento de embarque, y en lugar de declarar cuatro cajas se declararon ocho.

Para el pequeño tráfico se utilizan los procedimientos más ingeniosos. Un fotógrafo ambulante desembarcó más de cincuenta kilogramos de cocaína procedente de Turquía en el cajón de su máquina fotográfica. En Marsella fué detenido un cojo que hacía años se dedicaba, aparentemente, al suministro de víveres a los barcos. Un día fué arrollado por un automóvil, que le partió una pierna de madera. Cuando se acudió en su socorro, se vió que la pierna artificial estaba hueca y llena de comprimidos de morfina.

Las mujeres que se dedican al comercio de drogas se valen de sus huecos naturales para pasar el contrabando; este procedimiento también lo emplean los hombres. Para ello se sirven unas y otros de unos recipientes especiales que se fabrican en Marsella, generalmente de cauchú, y que pueden contener hasta medio kilogramo de la droga; 500 gramos, a razón de ocho a diez pesetas gramo, que es un precio muy barato, suman de 4 a 5.000 pesetas, de las cuales la mitad por lo menos quedan libres al contrabandista si se efectúa la compra a bordo de los barcos que vienen de Turquía.

El procedimiento de pasar las drogas entre las suelas de los zapatos, en los envases de las películas de los aparatos fotográficos, en cinturones, nudos de la corbata, cigarrillos, encendedores, libros, etc., está ya muy en desuso y no lo utilizan más que los principiantes que ignoran los grandes recursos de la profesión. Cien gramos de cocaína o morfina, que pueden valer muy bien mil pesetas, atraviesan los cordones aduaneros y policíacos con la máxima sencillez, prescindiendo del gran recurso de los orificios naturales del cuerpo humano, método que no siempre produce buenos resultados, ya que hay aduaneros que cuando sospechan no se detienen ante nada. El método más sencillo, simple, a pesar de la audacia que revela en quienes lo practican, es el del «brazo roto». El contrabandista se deja registrar, rogando que se tenga cuidado para no lastimarle el brazo que lleva escayolado en cabestrillo. La mano, que es lo único que queda visible, ha sido pintarrajeada de forma que aparente las consecuencias de la

anquilosis accidental motivada por la rotura del miembro. El agente de la autoridad deja pasar al desgraciado, que tuvo la precaución de colocar en un sitio visible de su maletín una caja de cigarros puros o unos cigarrillos, lo que declara espontáneamente al vista aduanero. El decomiso del tabaco suele efectuarse casi siempre; pero de esta forma queda distraída la atención de los celosos agentes del fisco, que terminan por registrar hasta el último rincón del equipaje del herido, al que, a pesar de todo, le desean una pronta curación. Así se pasa muy a gusto cocaína o morfina por valor de 10 ó 12.000 pesetas, con los remos perfectamente sanos. Por otra parte, ante esa suma bien vale la pena romperse un brazo si ello fuese necesario para el mejor éxito de la empresa.

Casi todas las frutas sirven también para estos menesteres. En una ocasión se supo por una confidencia que en un cargamento de plátanos había un racimo en el que cada fruta llevaba cincuenta gramos de morfina en comprimidos dentro de unos tubitos de vidrio cerrados a fuego. Los tubos no tenían mayor diámetro que un lapicero, y su longitud era de nueve centímetros. Fueron introducidos estando los plátanos verdes, de forma que al llegar a su madurez ya no quedaba la menor huella en la cáscara. El peso total de la morfina decomisada fué de once kilogramos, que hubieran podido valer cerca de veinticinco mil duros.

Recientemente, la Prensa dió cuenta del descubrimiento de una banda de traficantes en drogas heroicas, a los que se ocuparon cinco kilogramos de estupefacientes, especialmente cocaína pura, que al ser mezclada con bicarbonato y ácido bórico pulverizado aumentaría en un kilo más, mezcla que hubieran vendido en la respetable suma de 75 a 100.000 pesetas. Hace años se descubrió otra banda en una taberna, en donde se encontraron varios kilogramos de diferentes drogas. El hecho fué denunciado por un agente de Policía que vivió algún tiempo entre los maleantes, hasta apoderarse de los hilos de la trama. Intervino también la Policía francesa, porque el contrabando venía de Perpiñán. La fotografía que publicamos es el interior de una taberna, en la que se practicó la detención de varios contrabandistas. El individuo que aparece en último término es un agente de Policía francés, que se fingió comprador de una partida de cocaína para descubrir una organización contrabandista. (Lámina VIII.)

En Madrid tampoco faltan elementos de esta naturaleza, pero

el tráfico no alcanza las proporciones que en Barcelona, lo que no quiere decir que sea menos el número de toxicómanos. Es digna de mencionarse la labor desarrollada por la Brigada de Estupefacientes de la Dirección de Seguridad, constituída por elementos valiosísimos y especialmente preparados para este trabajo dificilísimo. Acerca de este punto, he tenido ocasión de escuchar los más entusiastas elogios de labios de un *detective* francés, quien dice que si la Policía internacional dedicada a la persecución de los contrabandistas de drogas heroicas estuviese tan bien organizada como la de Madrid y Barcelona, estarían demás los organismos internacionales que pretenden realizar una labor represora a base de conferencias y de pactos inútiles.

El proletariado de la toxicomanía madrileño tiene su mercado en los jardinillos de la plaza de Santa Ana y en el paseo del Prado. La adquisición de la droga, casi inofensiva a fuerza de estar adulterada, se efectúa de diversas maneras. El expendedor, que nunca es toxicómano, conoce por el aspecto al vicioso que está dispuesto a comprar. Con cualquier pretexto entabla conversación con él y al cabo de unos minutos ya sabe a qué atenerse. Algunas veces el supuesto toxicómano es un hábil agente de Policía que sigue la farsa hasta el final, es decir, hasta que coge al vendedor en las redes de su supuesta toxicomanía.

Estos proletarios que disuelven la morfina en agua de un evacuatorio público y se inyectan la solución con una jeringuilla terriblemente sucia, son los degenerados incurables, que no tienen inconveniente en cantar de plano en un momento propicio. La Policía no los trata jamás como adversarios ni delincuentes, sino como amigos y enfermos a los que indica el camino a seguir para la curación. La Dirección general de Sanidad, de la que también dependen estos habilísimos funcionarios, completa la misión investigadora del agente policíaco con respecto al toxicómano.

La toxicomanía más difícil de perseguir es la del cabaret y el *music-hall* de los hoteles. Estos viciosos tienen organizado el suministro de las drogas con más meticulosidad, y la provisión se efectúa siempre cómodamente dentro del mayor secreto. En una ciudad se descubrió hace algún tiempo un medio bastante hábil para suministrar el tóxico: la mujer encargada del guardarropa de un hotel cosía bolsitas conteniendo cocaína o morfina en el forro de los abrigos de sus clientes conocidos. Un día se equivocó y lo hizo con el de un inspector de Policía que había tenido

la precaución de dejar dos duros en un bolsillo, lo cual equivalía a la contraseña de petición de un gramo. Se enteró del «truco» cuando vió que un individuo sacaba del bolsillo del pantalón dos duros dejándolos después en el del gabán. Este sujeto le había infundido sospechas, y a fuerza de seguirle logró descubrir el gran negocio que realizaban el gerente del hotel y la encargada del guardarropa.

Hace algún tiempo, la revista «Estampa» publicó una curiosa información referente a la vida de los toxicómanos de Madrid, conseguida gracias a la habilidad de un *repórter* que logró hacerse pasar por un devoto de la morfina. Este reportaje desmoralizó a los viciosos, que desde entonces se diseminaron, abandonando sus antiguos centros de reunión y provisión de las drogas.

No obstante, la guerra contra las toxicomanías está muy mal organizada. La única labor digna de mención es la que realiza la Policía y la que se lleva a cabo en los sanatorios especiales para toxicómanos, que por no ser del Estado resultan inasequibles para los intoxicados pobres. Francia y Alemania han creado estos sanatorios oficiales, a la vez que aplican las penas más severas a los traficantes de estupefacientes.

Pero esta obra no es del policía ni del médico: es de los padres, de los maestros, de los educadores de la juventud. En Inglaterra, que tanto protege el mercado de estupefacientes fuera del territorio nacional, existe una legislación rigurosísima en esta materia; el toxicómano es internado en un sanatorio, y una vez curado tiene que pagar una fuerte multa o cumplir una condena. Si se trata de un profesional de la Medicina, un farmacéutico, un mecánico conductor de vehículos terrestres, navales o aéreos y, en fin, de cualquier profesión semejante, queda inhabilitado para ejercerla hasta que no exista la certeza de que está curado.

Los expendedores de drogas son condenados a varios años de presidio en las colonias, y el dueño del establecimiento donde se expendió el tóxico encarcelado y obligado a pagar una multa tan fuerte como sea la cifra que produzca la venta de los enseres del establecimiento, que en adelante no podrá dedicarse a la industria que ejercía al ser clausurado.

El Japón, aunque también contribuye en cierta forma a la propagación de las toxicomanías en China, castiga al toxicómano con la pena de trabajos forzados, después de haberle curado por medio de la disminución lenta y racional de la droga. Los expen-

dedores de venenos son condenados a trabajos forzados a perpetuidad. El contrabando del opio se castiga con una severidad inapelable. Los barcos que escalan en sus puertos, sean de la nacionalidad que fueren, son registrados por la Policía especial, y si a bordo se encuentra la menor cantidad, la autoridad confisca el barco con todo su cargamento, imponiendo una multa cuantiosa a la Compañía propietaria. En una ocasión fué descubierta una cantidad de opio elaborado a bordo de un buque inglés. Siguiendo la ley al pie de la letra, el barco quedó atracado en los muelles de guerra de Yokohama, y el cargamento vendido en pública subasta. El Gobierno inglés entabló una reclamación diplomática, y por toda respuesta el embajador en Londres entregó al Gobierno inglés una lacónica nota en la que se copiaba el artículo del Código de comercio japonés referente al caso. Y no hubo más. Con los Estados Unidos ocurrió otro incidente, pero más grave, puesto que se comprobó que era la segunda vez que el mismo barco intentaba pasar un contrabando de opio. En adelante, la Compañía a que pertenecía el buque contrabandista fué incapacitada para que sus barcos tocasen puertos japoneses.

Sólo mediante estas medidas tan enérgicas, ha sido posible que el pueblo más hidalgo y hospitalario de la tierra sea el único que se ha visto absolutamente libre de estos vicios funestos, por la razón de que para el japonés es una cuestión de honor lo que para el resto de los pueblos civilizados no es más que una infame cuestión puramente económica...

La organización del tráfico es muy vasta y complicada; los intereses puestos en juego, muy abundantes y extensos; los procedimientos de represión, ilusorios e ineficaces, y los métodos curativos, muy deficientes en casi todo el mundo. Es una lucha encarnizada entre la Moral, la Ciencia y la Ley, por un lado, y los intereses, las ambiciones y el vicio, por otro, los tres aliados que han encendido guerras, persecuciones y crímenes en nombre de unos egoísmos siniestros que se amparan en la civilización, pero nunca en las leyes naturales de la Humanidad.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

LOS VENENOS DE LA HUMANIDAD

Los «filtros de amor».—El mago medieval y el «barman» moderno.—Los antiguos fabricantes de drogas eufóricas.—Plantas narcóticas.—El estramonio.—El «hatchis».—El origen de la palabra «asesino».—El Viejo de la Montaña.—Los bandidos armenios.—Cómo se embriaga el mundo.—La prostitución y los tóxicos.—Lo que se ha hecho en España.—Consecuencias de la guerra europea.—La espía alemana.—Cómo entra la morfina.—Toxicomanías de origen terapéutico 9

PROPAGACION DE LAS TOXICOMANIAS

El ambiente del vicio.—La literatura tóxica.—Toxicómanos y literatos.—Descripciones exageradas.—Tomás de Quincey.—La opiofagia de Coleridge.—Fumaderos en París.—El chalet de la avenida de Madrid.—La «cocó».—Una cocainómana que se intoxica con bicarbonato.—Las toxicapatías.—El elemento erótico en las toxicomanías.—Los efectos de los narcóticos.—La leyenda del opio.—Los chinos, contra la droga.—Papel criminal de la civilización..... 23

EL OPIO

La adormidera.—Sus propiedades medicinales. Su historia.—Cultivo.—Cómo se extrae el opio. Preparación del «shandú».—Sus características esenciales.—El opio annamita.—Cómo se prepara un pipa.—Cómo se fuma el opio.—Proceso de la intoxicación.—El «punto del opio».—Los ensueños.—Trastornos psicofísicos. Alucinaciones eróticas.—Los sentidos.—Los trastornos precursores de la muerte.—La imprudencia de los blancos 37

Páginas

LOS FUMADORES DE OPIO

Un fumadero en Fu-Chow.—Las características del decorado.—La fumería.—Una escena dramática.—En la ciudad flotante.—El juego y el opio.—Los fumaderos de la canalla.—Los misioneros católicos.—El fraile que merece ser santo.—La virtud y el vicio.—Los comedores de opio.—Cómo se trata a los fumadores.—Los chinos ricos.—La opiomanía en Francia.—Fumaderos londinenses.—Bebedores de láudano. Las prostitutas opiófagas 57

MORFINA, COCAINA Y COMPAÑIA

Descubrimiento de la morfina.—Sus primeras aplicaciones. — Obtención. — El morfinómano. Fases de la intoxicación.—Psicología del morfinómano. — Trastornos sensoriales y orgánicos.—La cocaína.—Los masticadores de coca. La excitación sexual.—Características de la intoxicación cocaínica.—Las alucinaciones terroríficas. — Los sentidos. — La locura y la muerte. — Las fumadoras de hatchís. — El «kiff».—Los eterómanos 71

EL TRAFICO DE ESTUPEFACIENTES

La guerra del opio.—El vicio del opio impuesto a cañonazos.—Los organismos represores. La vigilancia del tráfico en Asia.—Los piratas de Hong-Kong.—Introducción de la morfina en China.—La destrucción del país.—Los estupefacientes en Europa.—En Marsella.—Cómo se realiza el contrabando.—Procedimiento de los contrabandistas.—El truco del «brazo roto».—Los traficantes de Barcelona.—La Policía española.— Aspectos de la represión 83

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Bandidos armenios 16

LAMINA II
La fabricación del opio 17

LAMINA III
Fumador tonkinés de opio 32

LAMINA IV
Fumador de opio de Hadong 33

LAMINA V
Chinos fumadores de opio 48

LAMINA VI
Prostituta china 49

LAMINA VII
Fumadores de hatchís 64

LAMINA VIII
Los traficantes de eufóricos 65